DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

UN TROZO DE MI CORAZON

23

EL EJERCITO OLVIDADO DE AMERICA: LAS MUJERES QUE SIRVIERON EN VIETNAM, POR KEITH WALKER

PLANETA-AGOSTINI

Introducción del Editor

Durante la guerra de Vietnam, y también durante muchos años después de que terminara, Estados Unidos hizo oídos sordos a los problemas experimentados por los soldados que regresaban del conflicto. Pero aún fue menor la atención prestada a las 15.000 mujeres que habían sido también testigos de todo el horror y destrucción de la guerra. Cuando dejaron la carnicería del Sudeste asiático para regresar a las comodidades de su patria, las enfermeras, las trabajadoras de la Cruz Roja, las WAC y las artistas descubrieron que se las consideraba sencillamente como un elemento minoritario de un grupo que su país había decidido despreciar e ignorar a un tiempo.

Durante un período de tres años, Keith Walker entrevistó concienzudamente al ejército olvidado de Vietnam, compartiendo sus recuerdos y sus temores. A medida que la confianza fue creciendo, su papel cambió paulatinamente, del reportero al confidente; y sus entrevistas se convirtieron en un exorcismo y una racionalización de las experiencias de aquellas mujeres Cuando recordaban los ataques con morteros, los hospitales abarrotados de muertos y heridos, las aterradoras cabalgatas de los *choppers*, y sabían que otras mujeres estaban en su misma situación, el proceso de recuperación se aceleraba. Y al mismo tiempo, iba surgiendo una serie de anécdotas personales estremecedoras.

Para esas mujeres, Vietnam significó un peligro constante, el contacto diario con la muerte y la deformidad, la pérdida de amigos y la necesidad de superar el terror, el dolor y la revulsión de las escenas que debían afrontar.

Esas mujeres se llevaron consigo sus fantasmas al regresar a su hogar; tuvieron pesadillas, revivieron escenas dramáticas, pasaron por dificultades en su trabajo y en sus relaciones personales. Incluso hoy, las mujeres que combatieron en la guerra, no pueden superar la experiencia. Sigue formando parte de sus vidas. Pero *Un trozo de mi corazón* proporciona por fin un escape a esas mujeres ignoradas durante demasiado tiempo. Esta historia oral viene a llenar un vacío; constituye un testamento a un episodio olvidado de una guerra impopular. El poder implícito de este documento estriba en que esas mujeres ya nunca regresarán al olvido.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 23 - Un trozo de mi corazón

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Julio 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España). EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España. Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

UN TROZO DE MI CORAZON

KEITH WALKER

Introducción 2

Capítulo 1 5
Selección

Capítulo 2 29
Artistas

Capítulo 3 47
Trincheras

INTRODUCCION

Había entrado en contacto con la comunidad de veteranos de Vietnam, durante algunos meses, con el fin de localizar a una mujer que estuvo en Vietnam durante la guerra. Más tarde, en febrero de 1983, me presentaron a Rose Sandecki, directora del Centro de Superación para Veteranos, en Concord, California. Durante hora y media Rose me estuvo contando cosas que nunca habría podido imaginar: lo cerca que seguían estando de la guerra las mujeres, detalles del que había sido su trabajo diario como enfermera en una sala de urgencias de Cu Chi y Da Nang, y la profundidad con que había afectado su vida aquella experiencia.

Luego me contó sus esfuerzos por localizar a otras mujeres que tal vez estaban experimentando los mismos problemas que ella y una docena de compañeras del Área de la Bahía habían descubierto que compartían Todas tenían dificultades para readaptarse a la vida, incluso después de pasados 14 años de su regreso de Vietnam. Quedé asombrado por las cosas que Rose me contó, pero había algo más detrás de ellas, algo en sus ojos que realmente me intrigó.

Rose me preguntó por qué me interesaban los veteranos de Vietnam. Yo mismo no estaba demasiado seguro de la razón, pero en mis explicaciones recuerdo haber hablado de la necesidad de analizar mis propios sentimientos hacia la guerra y tal vez de reconciliar las emociones conflictivas que se agitaban todavía dentro de mí. Durante la guerra yo era profesor en un colegio universitario y continuamente me daba cuenta del dilema que se planteaba a los estudiantes en relación con el Vietnam. Aquellos jóvenes estaban pendientes del sorteo, y como yo fui sorteado y enviado a Corea cuando tenía su edad, mis opiniones sobre el tema eran muy tajantes. Estaba apasionadamente en contra de nuestra implicación y sentía simpatía por las personas que militaban en el movimiento contra la guerra. Pero, al haber sido un soldado, no podía abandonar a las personas que marchaban allá. Sus vidas estaban en juego, tuviera o no razón nuestro gobierno al enviarlos allí. Creo que podría decirse que establecía una separación entre la guerra y los combatientes.

Inmediatamente después de mi entrevista con Rose, dirigí todos mis esfuerzos a buscar a las mujeres que estuvieron en Vietnam. Supe que antes de 1982 las estimaciones oficiales oscilaban entre unas cifras de 5.000 y 55.000 mujeres norteamericanas que estuvieron allí; la incoherencia de los cálculos parecía absurda. La fluctuación de las cifras se debía, en parte, a la integración de los registros del servicio en aquellos años (los hombres y mujeres alistados eran simplemente personas de una lista, lo que dificultaba el conocimiento del número exacto de mujeres). Pero también contaba el hecho de que los militares siempre se resisten a dar a conocer las estadísticas de las mujeres que están implicadas en una zona bélica. En 1983. las estimaciones oficiales cifraban en 7.500 mujeres militares y otras tantas civiles el número de las que habían pasado por Vietnam durante los años de la guerra.

Me asombró que 15.000 mujeres hubieran estado en Vietnam y yo no hubiera sabido nada de ellas tras la conclusión de la guerra. Creo que mi caso era típico de la mayoría de norteamericanos: como indicaba el escaso número de fichas de archivo que fui reuniendo, en ninguno de los medios de comunicación se había dado más que una escasísima información sobre las mujeres. ¿Por qué no se habían hecho películas sobre *su* guerra, sobre *sus* regresos? ¿Era la razón nada más que habían sido muy pocas comparadas con sus compañeros varones, o realmente teníamos una especie de agujero negro en ese tema?

Según establece la política militar, se supone que las mujeres no se verán implicadas en situaciones que representen un peligro para sus vidas en una zona bélica, y en consecuencia nunca nos hemos planteado esa hipótesis en nuestras mentes. Pensamos que los hombres combaten y las mujeres están a salvo en las oficinas y los hospitales de los escalones de retaguardia.

Pero en Vietnam no había áreas seguras; de modo que, al parecer, no nos ha sido fácil reconocer la posibilidad de que las mujeres se vieran allí inmersas en situaciones peligrosas. En nuestro mecanismo mental, mientras no pensáramos que estaban allí, no corrían peligro.

Al cabo de un par de meses, dije a Rose que quería empezar a trabajar en un libro. Le expliqué que ya era hora de que se conociera la experiencia de las mujeres en Vietnam; ella accedió a ayudarme a empezar.

Aunque desde muy pronto mi trabajo adquirió un ritmo intenso, la falta de información sobre las mujeres que habían estado en Vietnam y la fragilidad de los lazos de comunicación existentes entre ellas, hacían difícil su localización. Escribí hasta 25 cartas que no fueron contestadas. Y cuando contactaba a una nueva persona, se hacía a veces muy difícil convencerla de que me hablara de sus experiencias allí.

Las mujeres empezaron a confiar en mí a medida que fui tratándolas más Unas empezaron a relacionarme con otras desde el momento en que quedó claro que yo preparaba un libro en el que sus historias figurarían tal como ellas las contaban: que yo no iba a utilizar ni a desfigurar el material para mis propios fines, que iba a ser cuidadoso.

Al cabo de muy poco tiempo, estaba totalmente comprometido con su "causa". A medida que completaba cada nueva entrevista, aprendía un nuevo matiz del poder que Vietnam ejercía sobre ellas. Nuestro trabajo era de tal naturaleza que implicaba un considerable intercambio emocional; iban creándose vínculos entre nosotros a medida que compartían sus recuerdos conmigo. Me convertí en una especie de mensajero, que pasaba información de una persona a la siguiente, y que relacionaba las reacciones respecto a Vietnam que todas ellas tenían en común. Mi comprensión fue creciendo al mismo tiempo que la conciencia que cada una tenía de las demás, a medida que iban saliendo a la luz los fragmentos y capítulos de sus historias

En esas historias, las mujeres hablan de pasada de los momentos extremos de sus experiencias en Vietnam: mujeres de la Cruz Roja tiroteadas en los helicópteros cuando se dirigían a sus bases o a un destacamento avanzado, o perdidas en un claro en la jungla, sin ningún tipo de socorro a la vista; enfermeras que hacían normalmente turnos de trabajo de 12 horas, durante seis días a la semana, y a veces muchas más horas cuando los ataques con cohetes en el exterior de los hospitales ocasionaban un número masivo de bajas; una trabajadora de los Servicios Especiales evacuada durante la Ofensiva del Tet a un área más segura, con su helicóptero despegando entre las sacudidas de las explosiones de mortero en la pista

Independientemente de la naturaleza del trabajo de cada mujer y de la dimensión del peligro al que se viera expuesta, todas ellas describen cómo tuvieron que "inhibir" su capacidad emotiva con el fin de equilibrar los niveles inusuales de stress con los que vivían constantemente. Bien fuera debido al stress por verse sometidas a un ataque con cohetes, a tener que tratar a pacientes con heridas horribles día tras día, o a la pérdida de amigos, cada una de ellas se vio obligada a construir un muro emocional en torno suyo, con el fin de poder seguir trabajando y mantener unidos la mente y el espíritu.

Muchas hablaban también de la ambigüedad de sus sentimientos hacia el pueblo vietnamita, porque el "enemigo" no podía definirse con facilidad. Y en algunas de ellas empezó a desarrollarse el negro nubarrón de la desilusión: la sensación de la posibilidad de que en definitiva todo lo que estaba ocurriendo —las vidas perdidas, los sufrimientos, la devastación de todo un país y de sus habitantes— fuera inútil

Se daba también otra clase de situación extrema, la exaltación de trabajar al límite de las propias capacidades físicas y mentales, sabiendo que, a pesar de la marcha general de la guerra, lo que cada una estaba haciendo individualmente *contaba*. En palabras de una enfermera de una sala de urgencias, era la sensación de "saber que yo podía afrontar cualquier cosa que me enviasen" Vietnam se convirtió en una existencia de una duración de un año, sobrecargada y totalmente aislada del resto del mundo. Esas mujeres vivían en un estado de tensión emocional tal, que, cuando todo acabó, sólo les dejó un camino posible Algunas hablan de sí mismas como "adictas a la adrenalina" cuando regresaron al hogar. Estaban tan acostumbradas a funcionar en unas condiciones de trabajo tan precarias y de una exigencia tan extrema, que las preocupaciones de la vida cotidiana en Estados Unidos les parecían insignificantes. Lin McClenahan lo describe muy bien: "No podía alterarme por el hecho de que el periódico de la mañana llegara con veinte minutos de retraso, por ejemplo."

Muchas mujeres pasaron de un trabajo a otro, buscando el tipo de reto que habían afrontado en Vietnam; describen sus dificultades para establecer relaciones personales duraderas; encontraban a la mayoría de los norteamericanos superficiales y egoístas, indiferentes a la guerra. Varias encontraron difícil discutir, incluso con sus familias, los sentimientos que despertaban en ellas las experiencias por las que habían pasado. Casi todas pensaron, en uno u otro momento, regresar a Vietnam

Así pues, las mujeres regresaron con sus fantasmas, de la misma forma que los hombres. Y también ellas tuvieron pesadillas, depresiones e ideas de suicidio. (He visto cicatrices en las muñecas, cuidadosamente ocultas por pulseras o correas de reloj.) De vuelta a casa, es triste confesarlo, se las dejó solas para que cada una resolviera, a su manera, todos esos conflictos Luego —10, 12, 15 años más tarde— comprendieron lo que necesitaban y, como un eco de su camaradería en Vietnam, empezaron a asumir colectivamente su situación Se trata de un proceso muy real, por el que esas mujeres han ido acercándose las unas a las otras, y costará bastantes años que algunas de ellas hagan su propia paz con la guerra de Vietnam. Tengo una impresión muy definida de que ninguna se sentirá satisfecha hasta que consigan que todo el mundo "vuelva a casa".

Estas son las historias de 11 mujeres norteamericanas que fueron a la guerra. Podréis percibir la fuerza interna que todas ellas poseen: una fuerza que he podido conocer muy bien en los dos últimos años. Quiero darles las gracias por haberme abierto sus corazones, conscientes todas ellas del dolor y el trastorno que eso iba a causar en sus vidas. Me siento orgulloso de haber conseguido que me aceptaran y, por esa razón, mi vida habrá ganado en riqueza.

ARRIBA: *La tecnología de muerte que saturó Vietnam resultó horriblemente indiscriminada.* DERECHA: *Los heridos graves y con períodos de recuperación largos eran evacuados a Japón.*

Capítulo 1

SELECCION

CAPÍTULO 1 SELECCIÓN

KEITH WALKER

ROSE SANDECKI

ENFERMERA DEL EJÉRCITO
12 º HOSPITAL DE EVACUACIÓN,
CU CHI. OCT. 1968 - MARZO 1969
95 º HOSPITAL DE EVACUACIÓN,
DA NANG. MARZO 1969 - OCT. 1969

En 1979, la Administración de Veteranos estableció 90 centros de superación a lo largo de todo el país con el fin de proporcionar asesoramiento para la readaptación y otros servicios a los veteranos de Vietnam. El lema inicial, "Ayudar sin discutir", describe perfectamente el tono de los centros: un lugar exento de toda la burocracia y las formalidades oficiales de la Administración de Veteranos, con una plantilla compuesta por profesionales, la mayoría de los cuales son, ellos también, veteranos de Vietnam. El éxito de esos centros puede apreciarse plenamente ahora (en 1984), cuando su número se eleva ya a 136. En septiembre de 1981, Rose Sandecki fue designada directora de uno de esos centros. También ha sido una vehemente abogada de las necesidades de las mujeres veteranas, tanto dentro como fuera del sistema.

Mi tío Frank sirvió en los Marines durante la II Guerra Mundial· yo sentía mucho afecto por él, era el hermano menor de mi madre Cuando volvió del servicio, a la edad de 36 años, ingresó en el Seminario Franciscano para tomar los hábitos. había vuelto de Iwo Jima convertido en otro hombre. Sufrió una depresión muy aguda y a resultas de ella no pudo acabar su preparación en el seminario. Entonces fue a vivir a casa de mi abuela, y cuando yo estaba recién ingresada en la escuela superior, mi tío cogió una pistola y se mató. Murió por los cambios que la guerra había introducido en su comportamiento. Creo que se le podría llamar el PTSD de la II Guerra Mundial, y mi tío fue un caso típico Probablemente ésa es una de las razones por las que ahora estoy haciendo esta clase de trabajo: por mis sentimientos personales respecto a lo que pasó en mi familia como resultado de la guerra.

En Buffalo me sentía algo inquieta. Había trabajado como enfermera durante siete años, después de unos estudios de tres años y de graduarme en la escuela de enfermería, y luego volví a la escuela para obtener la licenciatura. Se me presentaron un par de oportunidades para trabajar, pero ninguna me atrajo demasiado. Era la primavera del 68, y la guerra empezaba realmente a crecer. Recuerdo cómo miraba los noticiarios todas las

ABAJO. *La enfermera Rose Sandecki saluda con el signo de la época de Da Nang. Pero, mientras los activistas pedían el fin de la guerra, las enfermeras tan sólo podían intentar contener la carnicería.*

ROSE SANDECKI

noches y veía a todo color las camillas cargadas con muchachos auténticamente destrozados, surgiendo de los helicópteros. Pensé que yo tenía algunos conocimientos como enfermera licenciada, como profesional, y que probablemente estaba en condiciones de ofrecer algo a aquellos jóvenes.

Mi primera intención no era entrar en el Ejército. Yo quería ir allá como civil. Pregunté en agencias como AID y la organización médica Tom Dooley, y en todos los casos los contratos eran por dos años, y el trabajo se limitaba exclusivamente al personal vietnamita. No era esa la razón por la que yo deseaba ir a Vietnam.

Fui a la oficina de reclutamiento de la Marina y me dijeron que era demasiado vieja (tenía 26 o 27 años). En las Fuerzas Aéreas me dijeron que debería pasar al menos un año en Estados Unidos para adiestrarme como enfermera de vuelo, antes de ir a Vietnam. Les dije: "Quiero ir tan pronto como pueda, mientras sienta lo que siento ahora, mientras conservo el espíritu que me ha empujado a tomar esta decisión." Tan sólo el Ejército me garantizó que podría trasladarme allí en un plazo de tiempo determinado. Hasta el punto de que el reclutador de Buffalo llamó por teléfono a Washington, DC, y me dejó hablar directamente con personas que me garantizaron que estaría en Vietnam en un plazo de tres meses. Y en efecto, así sucedió.

> "La idea del trabajo en un hospital militar consiste en remendar al soldado con el fin de que pueda volver al frente."

Fui al 12.º Hospital de Evacuación en Cu Chi. Mi primera tarea fue la de enfermera jefe en la sala de recuperación de una unidad quirúrgica de cuidados intensivos. Me dieron el grado de capitán, porque cuando ingresé en el Ejército tenía siete años de experiencia como enfermera y el título de licenciada. Y en tiempos de guerra, los grados se reparten como caramelos. Yo tenía muy poca experiencia en recuperación, y ninguna en absoluto en unidades quirúrgicas de cuidados intensivos. Me había graduado en la escuela de enfermería en 1960, cuando aún no existían las UCIs. En aquella época estaban empezando a pensar en ellas. Cuando me comunicaron que mi cometido iba a ser el de enfermera jefe de esa sección, contesté: "No, yo no quiero eso," porque nunca había puesto los pies en una UCI. Pronto aprendí que en el Ejército nunca se dice no; ese era el trabajo que me habían asignado, me gustara o no me gustara.

Me parecía increíble el número de personas que ingresaban, el número de camas y la clase de heridas que tenía frente a mí, en realidad no estaba preparada para eso. Estábamos en octubre del 68, en lo que llamaban el "post-Test" —después de la ofensiva del Tet—, pero había muchísimo trabajo. Como enfermera jefe, mi tarea consistía básicamente en cuidar de que todos los pacientes fueran atendidos con la mayor eficacia, rapidez y comodidad posibles. El lema del Cuerpo Médico era, y sospecho que sigue siéndolo aún, "Preservar la capacidad de combate". La idea del trabajo en un hospital militar consiste en remendar al soldado con el fin de que pueda volver al frente. Ese era el único objetivo de todo lo que hacíamos allí. Mientras un individuo no perdiera una pierna, un brazo o un ojo, mientras pudiera caminar, se le devolvía a su batallón

Mirando hacia atrás, veo lo ingenua que era cuando crucé aquellas puertas. Aprendí muchas cosas y muy deprisa, al ver el tipo de heridas y el número de cada una de ellas. Eran tan jóvenes todos aquellos chicos. Al verlos constantemente, de 12 a 14 horas cada día y durante seis o incluso siete días a la semana, creo que me endurecí y me amargué. También aprendías que ser mujer representaba casi un privilegio. Después de trabajar un turno de 12 horas con toda aquella sangre y carnicería, podías cambiarte, ponerte un vestido civil e ir a uno de los clubs de oficiales locales. Subíamos a helicópteros con ametralladoras a los lados, y en cada uno nos llevaban a seis o siete personas a un club de oficiales. Ni siquiera podías sentarte allí, sino tan sólo tomar una copa y relajarte. Uno tras otro se acercaban aquellos muchachos y más o menos hacían el mismo número: "No he visto unos ojos redondos en seis meses. ¿Quieres bailar conmigo?" Tú contestabas: "No, estoy cansada. Sólo quiero sentarme y estirar bien las piernas." No lo consideraban una respuesta y trataban de que te apiadaras diciendo algo así como: "Dios, no sabes lo mal que me siento. Un baile nada más, es todo lo que te pido." Así que bailabas y bebías hasta las dos o las tres de la madrugada, y a las seis volvías de nuevo a la sangre y las tripas de la guerra. En los dos o tres meses iniciales quedé agotada por el ritmo de doce o trece horas de trabajo seguidas de tres o cuatro de baile. Y bailar resultaba una opción a la que te veías forzada, porque si no ibas al club de oficiales, había algo que no iba bien contigo. Si te quedabas bebiendo sola o charlando con una pareja de enfermeras, te acusaban de ser una lesbiana, o bien de tener un lío con alguno de los médicos. Ya sabe lo que es eso, está mal si lo haces, y también está mal si no lo haces. Al cabo de cuatro o cinco meses, decidí que en realidad no me preocupaba lo que la gente dijera de mí. Si he elegido no ir a esos clubs ni a fiestas, no voy a hacerlo: y así me convertí probablemente en una especie de reclusa. Esos son algunos de los cambios por los que pasé en Vietnam.

> "Había 24 hospitales de evacuación del Ejército en Vietnam, y él era el número 20.000 de uno de esos 24 hospitales militares."

La manera de afrontar aquella inmensa cantidad de pacientes y las largas horas en el hospital, era construir un muro a tu alrededor, la parálisis emocional de la que hablábamos. Pienso que ese muro se fue construyendo a lo largo de un proceso. Cada día empezaba mi trabajo, y cuanto más veía, más espeso se hacía el muro; era una especie de segunda piel que me protegía de todo lo que ocurría a mi alrededor. Mírelo desde el punto de vista de un paciente. ¿cómo se sentiría usted, como paciente, si tuviera una enfermera histérica que llorara e hipara porque alguien está muy malherido o va a morir? Debíamos ser eficientes para las siguientes personas que llegaran. Las enfermeras han sido adiestradas para hacerse cargo de otras personas, no para cuidar de sus propios sentimientos ni de las cosas que las afectan personalmente.

Una anécdota de Cu Chi, otro ejemplo de esa especie de rudo despertar de mi ingenuidad militar. Recibí una llamada telefónica de la enfermera jefe del hospital, diciéndome: "Uno de sus pacientes va a ser condecorado. Asegúrese de que la cama tiene las sábanas limpias, de que la zona está en orden y de que la

sección tiene buen aspecto " La noticia realmente me emocionó· adecentemos la sección. porque van a venir VIPs. Bueno, el VIP resultó ser el general de la 25 División de Infantería con su ayudante y una docena de acompañantes. Y el paciente, al llegar a la sala de recuperación el día anterior, se había acordado de mí Era su segunda visita a nuestra sección. Estuvo tres meses antes, con heridas de metralla, lo habían devuelto a la jungla, y ahora regresaba con dos piernas arrancadas: no debía tener más de 20 años de edad. Al despertarse de la anestesia, me recordó. Empezó a bromear sobre la forma en que yo le había hecho toser y respirar a fondo para evitar que atrapara una neumonía Le contesté en el mismo tono, y me dijo: "¿Se acuerda de mí, señora?" Yo contesté: "Claro que sí." Pero no era cierto, porque había tantos como él... Todo aquel cortejo venía a darle una condecoración porque era el paciente número 20.000 del 12.º Hospital de Evacuación. En 1968 había 24 hospitales de evacuación del Ejército en Vietnam, y él era el número *20.000* de *uno* de los 24 hospitales militares. No hablemos de los hospitales de las Fuerzas Aéreas, de los de la Marina. . Y por esa distinción, viene el general y le regala un reloj. Hacen una pequeña ceremonia, y le dan el Corazón Púrpura y el reloj. Yo estoy de pie en un rincón, mirándolo todo, y cuando el general le tiende el reloj —"De la 25.ª División de Infantería, como muestra de nuestro aprecio"—, el chico poco menos que le tira el reloj a la cara y dice algo así como: "No puedo aceptar esto, señor; no me ayudará a volver a andar." No pude ver la expresión del rostro del general, pero todos se marcharon después de aquel pequeño incidente. Yo me acerqué y me limité a colocar mis brazos alrededor suyo y le abracé... y si no recuerdo mal, empecé a llorar... y creo que también él lloraba Realmente le admiré por aquello. Fue una de las ocasiones en que dejé que afloraran mis sentimientos Para él aquello significó mucho, y era como decir todo lo que aquella guerra representaba para mí...

"Recuerdo haber mentido a mi familia cuando escribía a casa que los hospitales eran realmente seguros y que no debían preocuparse."

Nuestra enfermera jefe en Vietnam era una coronel del Cuerpo de Enfermeras del Ejército, muy afectuosa y solícita —no había muchas así, pero ella lo era—, y cuando llegamos allá nos recomendó que trabajáramos seis meses en un área "de mucho trabajo" y seis en un área "de no mucho trabajo", para "vuestro propio bienestar psicológico". Creo que fue una excelente sugerencia. Los seis meses de Cu Chi fueron de un tremendo trabajo, enormemente duros. Luego me trasladaron a Da Nang, en donde seguía habiendo mucho trabajo y se presentaban muchos casos críticos, pero no era tan febril como Cu Chi. Tampoco estaba situado en un área tan peligrosa como Cu Chi. . y es difícil establecer comparaciones, porque la guerra estaba en todas partes... pero cuando nos atacaban con morteros o nos bombardeaban en Da Nang, el impacto no era tan intenso como cuando nos atacaban con morteros o nos bombardeaban en Cu Chi. Recuerdo que una vez en Cu Chi nos atacaron en plena noche, y no sabían qué hacer con nosotros, porque el enemigo estaba irrumpiendo ya en nuestras líneas. Aquel ataque apareció descrito en la revista *Time*. Cu Chi estaba lleno de túneles; había vietcong debajo de toda la ciudad. Tenían hospitales; subterráneos, bases artilleras .. Nuestras tropas consiguieron pararlos, pero los tuvimos muy cerca. Habían conseguido atravesar el perímetro defensivo y llegar al complejo central de la base. Fue de locura. Nunca me he sentido tan aterrorizada. Nos reunieron a todos en la cocina de nuestras instalaciones. Nos dijeron que nos quedáramos allí y esperáramos órdenes... Recuerdo que estábamos sentadas alrededor de la cocina con los chalecos y los cascos para los ataques antiaéreos, charlando simplemente durante toda la noche. No había ninguna otra cosa que pudiéramos hacer. Y a la mañana siguiente, a las 6.30 en punto, hubimos de ponernos a trabajar otra vez.

Cuando estábamos en Da Nang, la proximidad de la muerte se me reveló de repente cuando nos enteramos de que habían matado a una enfermera en Chu Lai, a Sharon Lane Recuerdo haberlo leído en *Barras y estrellas*, y la razón de que la noticia me impactara fue que inicialmente me habían destinado a Chu Lai, de modo que la muerta podía haber sido yo. Eso pasó en agosto de 1969. Recuerdo haber mentido a mi familia cuando escribía a casa que los hospitales eran realmente seguros y que no debían preocuparse

"En Da Nang había tres o cuatro salas de operaciones, y siempre estaban funcionando."

Como llegué a Da Nang con el grado de capitán y toda mi experiencia, me asignaron el puesto de enfermera jefe de la sala de urgencias. la llamaban de urgencias, de admisión y preoperatorio Allí llevaban a los heridos tan pronto como los sacaban de los *dustoffs* (los "quitapolvos", las ambulancias aéreas). De modo que teníamos que aplicarles medidas de urgencia para salvar sus vidas, y también debíamos hacer la selección. En Da Nang había tres o cuatro salas de operaciones, y siempre estaban funcionando. Como los médicos estaban siempre ocupados en el quirófano, a las enfermeras de la sala de urgencias nos tocaba la tarea de hacer la selección. Teníamos que decidir cuáles de aquellos hombres estaban tan malheridos que no importaba el tiempo que tardaras en ocuparte de ellos, porque no vivirían. Les llamábamos "expectantes" y debíamos colocarlos en una zona situada detrás de un biombo. hasta que murieran: chicos de 19 años... En la selección. había tres categorías: los "expectantes". los "inmediatos" (los que requerían atención inmediata y quirófano), y una tercera categoría, los "heridos caminantes". A los médicos que trabajaban en la sala de urgencias les llamaban OMG, oficiales médicos generales, y normalmente se trataba de internos o residentes con muy poca experiencia. Estaban aprendiendo su oficio, igual que nosotras. Eso pasaba en un hospital de evacuación, que era distinto de otros hospitales; yo sólo puedo hablar de cómo funcionaban los que conocí.

Cuando te quedan menos de 100 días para volver a casa, vas tachando fechas del calendario, de un calendario en el que el tiempo se acelera. Y empieza a enloquecerte la idea de volver a casa. Pero también estaba la otra cara de la moneda, porque no me sentía segura de que la enfermera que vendría a ocupar mi lugar estuviera tan cualificada como yo, y porque me había llevado mucho tiempo aprender lo que estaba haciendo, y hacerlo bien. Todas nosotras nos sentimos culpables cuando dejamos detrás nuestro a los pacientes, a las enfermeras con las

que hemos trabajado, a los médicos, los ayudantes, a todos los miembros del equipo. Cuando un buen zaguero de un equipo de fútbol americano debe dejar el campo y llega su sustituto, es como si todo hubiera de empezar de nuevo. Por eso tenía la sensación de que nada funcionaría igual cuando yo me marchara. Y también había una combinación de desilusión y de "He hecho un trabajo condenadamente bueno". Sabía que los 12 meses pasados allí serían probablemente una de las experiencias como enfermera más remuneradoras de mi vida, y que nunca viviría nada parecido.

KEITH GILLETT

CRISTINE SCHNEIDER

ENFERMERA DEL EJÉRCITO.
95.° HOSPITAL DE EVACUACIÓN, DA NANG.
JUNIO 1970 - JUNIO 1971

Chris Schneider vive en una bonita casa junto a la playa, en California. Ahora está dedicada plenamente a las labores de ama de casa y de madre de una niña de 28 meses y un niño de nueve meses. Aunque ya no trabaja como enfermera a plena dedicación, ocasionalmente ayuda en el consultorio médico de su marido. Chris piensa volver a su profesión de enfermera cuando sus hijos lleguen a la edad escolar.

Tenía 21 años cuando fui allá. Había seguido un curso de enfermería de tres años en el hospital del condado de Los Angeles, y en aquellos años venían a los hospitales reclutadores que nos hablaban de la guerra y de la necesidad de enfermeras que había; de modo que la idea estaba latente en mi cabeza. Mi madre fue enfermera en la Marina durante la II Guerra Mundial, y creo que ese hecho influyó mucho en mi decisión. Además, cuando una acaba los estudios, siente de una u otra manera que desea hacer algo para salvar el mundo o para ayudar a los demás. Cuando dejé la Escuela, mi dilema no era "¿Debo o no debo ir?", realmente tenía ganas de ir, pero me parecía que no tenía suficiente experiencia como enfermera. Por eso me dije: "Seguiré en el hospital del Condado durante un año; y si para entonces sigo pensando de la misma manera, iré." Elegí trabajar en la sección de presos porque había muchos heridos de arma blanca y de bala. Trabajé allí durante un año, y como seguía deseando ir, ya no hubo más cuestión: iba a ir, definitivamente.

"Recuerdo que le corté toda la ropa, y el horror de que, al quitarle una bota, el pie seguía dentro de ella."

Pregunté en la Cruz Roja y en organizaciones civiles, y nadie enviaba enfermeras en aquella época. La Marina me dijo que debería estar 18 meses en el país antes de que consideraran mi solicitud de marchar allá. Las Fuerzas Aéreas me dijeron lo mismo, pero cuando pregunté en el Ejército, me prometieron que podría ir allá de inmediato, e incluso me lo garantizaron por escrito. De modo que ingresé en el Ejército.

GAMMA-PRESS

ARRIBA. *Los quirófanos de Vietnam llegaban a parecerse en ocasiones a grotescas cadenas de producción, que trabajaban a un ritmo infernal. El flujo de cuerpos heridos era incesante.*

Somos una familia numerosa, dos hermanas y tres hermanos. Dos hermanos míos estaban ya en la edad del sorteo, pero yo no tenía ni idea de que si yo iba allá, durante ese año al menos no se les podía enviar a Vietnam. Había muchas enfermeras descontentas de estar allí, y cuando les pregunté por qué habían ido, me dijeron que de ese modo sus hermanos se libraban de servir en el Ejército. Mi forma de pensar y de sentir era: "Si voy allá y cuido de esos chicos, puedo ayudarles, y si alguna vez sortean a mis hermanos, tal vez alguna otra persona les ayudará a ellos." Seguí un cursillo de aprendizaje básico en San Antonio, Texas, en Fort Sam, volví a casa tres o cuatro días, y luego marché directamente allá.

Cuando llegué al 95.°, la enfermera jefe me dijo que iban a asignarme a la sección de cirugía, y me sentí profundamente

desilusionada porque quería trabajar en la sala de urgencias. Le pedí que me tuviera en cuenta si había una vacante allí, y me contestó que yo era únicamente una segunda teniente, y en urgencias sólo había tenientes y capitanes. Pero las cosas fueron de otra manera: sólo estuve en la sección de cirugía unas tres semanas Una de las enfermeras se marchaba, y no tenían a nadie que pudiera reemplazarla; de modo que la enfermera jefe me dijo que podía ir allá a intentarlo, y que si las cosas no marchaban bien. me devolverían a la sección de cirugía. Yo no quería que me movieran de donde estaba; sabe, no era la clase de persona que se deshace en llanto o que escapa corriendo en un momento dado; lo guardo todo dentro, y tenía más de un motivo para guardarme para mí cómo me sentía en realidad.

No sé cómo describirlo. Había trabajado durante un año en la sala de urgencias de la sección de presos, pero no hay nada que pueda prepararte a las cosas terribles que ves allí... Sencillamente te sumerges en ellas. El primer día hubo bajas masivas, y nos enviaron a tantos médicos, enfermeras y auxiliares como pudieron encontrar. Era algo increíble; llegaban aquellos enormes helicópteros Chinook, y los auxiliares entraban y empezaban a sacar a esos chicos. Recuerdo a una de las enfermeras diciéndome: "Hazte cargo de él." Nunca le olvidaré porque era el primero. Todos estaban muy mal, pero estaban vivos... Hay un verso precioso en un poema de Thomas Hardy, que siempre me ha conmovido: "Lo bastante vivo para tener fuerzas para morir." Y exactamente así se sentía aquel chico. Era realmente guapo —se llamaba Jimmy—, de pelo rubio, y le habían volado media cara, y lo primero que me dijo la enfermera fue: "Córtale toda la ropa." Te dan una tijeras enormes para cortar la ropa, y mientras lo hacía, intentaba consolarle... Estaba totalmente consciente. por más que le faltara media cara, y estaba asustado Recuerdo que le corté toda la ropa y el horror de que, al quitarle una bota, el pie seguía dentro de ella... Recuerdo que la enfermera me dijo: "Sácale cuatro tubos de sangre, rotúlalos y envíalos en seguida al laboratorio." Recuerdo que le extraje la sangre, y me pidió que no le dejara.. Después de extraerle la sangre, me dijo: "Por favor, no se vaya." Le dije: "Sólo tengo que cruzar el vestíbulo para ir al laboratorio. Te prometo que estaré de vuelta en seguida " Volví en seguida, y había muerto en el rato en que le dejé solo... Y nunca lo he olvidado; nunca volví a dejar solo a nadie, porque te das cuenta de que, cuando dicen algo así. es como si supieran que están muriendo... Es algo horrible; nunca lo he olvidado.

Y así fue como debuté. Después. una nunca acaba de acostumbrarse... y siempre te parece más y más duro... Yo pensaba. "Cuando lleves algún tiempo trabajando. te acostumbrarás, y no te afectará tanto." Pero nunca llegabas a acostumbrarte, porque cada chico que llegaba era una persona. Sabías que tenía padre y madre, una novia y amigos, y que si no fuera por la guerra estaría en su casa, en una fiesta universitaria o en algún otro lugar en donde realmente debieran estar todos ellos. Por alguna razón nunca pude quitarme eso de la cabeza, y por eso creo que fue una experiencia muy dura para las enfermeras, porque nunca se consigue olvidar, ¿sabe usted? Además aquellos chicos llevaban recuerdos o fotografías de sus novias, y cuando los cogías, cuando cogías sus cuerpos y los metías en sacos de plástico. tenías en las manos la carta que más había significado para ellos, y era muy duro . Nunca podías distanciarte de algo así.

Una de las historias más increíbles... pero es auténtica. Fui al show de Bob Hope por Navidad, y por supuesto estaba contentísima de poder verlo en vivo; lo había visto por televisión durante tantos años. No había muchas chicas allí, claro está, y tenían que apartar por la fuerza a los soldados de las mujeres; había policías militares vigilando continuamente. Todos aquellos infantes tomaban fotografías de nosotras, y eso suponía una especie de revolución respecto a mi vida de todos los días, porque salía muy poco. Todo mi mundo se reducía al hospital, pero incluso cuando ibas a la oficina de correos, siempre había gente que te sacaba fotografías. Y lo mismo ocurrió allí. A la mayoría de los asistentes les habían traído directamente del frente, y les devolvieron directamente allá al terminar el show. No pudo pasar mucho más tiempo del que se necesita para revelar un carrete cuando trajeron a aquel chico realmente malherido; y murió, pero antes de morir me dijo que me había sacado una fotografía. La tenía en el bolsillo, y era una foto mía en el show de Bob Hope. Pensar que entre todas sus posesiones en este mundo había querido llevar mi foto... Y yo tengo esa foto. ahora Él quiso que me la quedara. . Sabía que se estaba muriendo, y me la dio... Fue lo más impresionante Son ese tipo de cosas las que me hacen pensar que el haber estado allí representó una diferencia para muchas personas, para muchos chicos que probablemente nunca llegaron a saber mi nombre, pero que siempre recordarán que alguien cuidó de ellos. En tu interior sabes que hiciste algo por ellos, y es bueno tener esa sensación.

> "En nuestro avión llevamos a casa al primer grupo de hombres que intentaban dejar la heroína."

Hacia el final, en realidad fue más duro desde el punto de vista emocional. Debía volver a casa en junio. y recuerdo que en abril pensaba que no podría seguir soportándolo; sencillamente, había demasiados muertos

Te sientes muy próxima a las personas con las que convives, nunca he vuelto a sentir la clase de lazo que me ligaba a aquella gente, las enfermeras, los auxiliares. y los médicos; es una especie de camaradería increíble. Compartís tantas experiencias; celebráis juntos las cosas: lloráis juntos: tenéis muchos buenos recuerdos en común .. Era una auténtica unión. Cuando llegó el día que debía dejar la bahía de Cam Ranh, recuerdo que no pude contenerme y me eché a llorar mientras despegaba el C-130. Y recuerdo que el piloto me miró y me preguntó qué es lo que andaba mal Era tan sólo... Nunca podré expresarlo con palabras; es un sentimiento. simplemente. Un año tan increíble de tu vida, y estar en un avión que despega, y ver cómo todo se desvanece, sabiendo que nunca volverás a ver ese lugar ni a esa gente.

Volamos desde Japón a Fort Lewis, Washington. En nuestro avión llevamos a casa el primer grupo de hombres que intentaban dejar la heroína. y en ese momento de la guerra había un problema tan tremendo con la adicción a la heroína que había convertido algunos hospitales en centros de desintoxicación. Lo malo era que no tenían medicamentos para tratarles en el avión, y algunos individuos estaban muy enfermos. Cuando el avión despegaba, uno de aquellos individuos cayó y se hirió en la ca-

IZQUIERDA: *Los auxiliares atienden a un infante, preparando su evacuación a las líneas de retaguardia, donde podrá ser objeto de una atención médica mayor.*

beza, y recuerdo que estuve a su lado. Una cabeza herida sangra mucho, de modo que me manché todos los bajos del uniforme, y cuando llegó una ambulancia para hacerse cargo de él, la mayoría de la gente se había marchado ya. Entonces salí, después de pasar la aduana, y no había taxis ni autobuses, ni dejaban que los parientes estuvieran en aquella zona militar. Nadie me dio la bienvenida al hogar, y ni siquiera había nadie que pudiera llevarme al aeropuerto SeaTac. No se me había ocurrido que me pasara algo así, ni siquiera sabía dónde estaba el SeaTac, no sabía si estaba en la siguiente puerta, si podía ir caminando o si quedaba muy lejos. Estaba allí de pie, sola con mi uniforme ensangrentado, y cuando estuvimos en Japón había ido de compras y llevaba unos relojes de pared que había comprado allá. Conque allí estábamos yo y mis maletas, los relojes, un rollo de posters de Vietnam y un sombrero cónico puesto que traía de recuerdo Me sentí muy mal, se me escapaban las lágrimas. Entonces se me acercó un hombre mayor y me ofreció llevarme al aeropuerto SeaTac, y por regla general nunca subo a un coche con un desconocido, pero en aquel momento ni pensé en ello. Recuerdo que le dije: "Muy bien, de acuerdo, ¡muchísimas gracias!" y que cargamos mis relojes y toda la impedimenta. Luego el hombre me explicó que había perdido a su hijo allá. Sabía las horas a las que llegaban los vuelos, y esperaba allí para llevar a la gente al aeropuerto. No sé su nombre ni nada de él, pero no le olvidaré nunca.

De modo que llegué al aeropuerto, y me puse a la cola. Había comprado mi billete en Japón y todo lo que tenía que hacer era esperar que me dieran la tarjeta de embarque. Recuerdo que llegué al mostrador, puse la maleta en la plataforma y el empleado se negó a dejarme embarcar en el avión. Me dijo que no podía subir al avión con esa pinta. Había esperado ese momento durante todo un año, y mi familia me esperaba en Los Angeles. Le dije: "¿No se da cuenta de que acabo de llegar de Vietnam?" Me dijo que eso no cambiaba las cosas, agarró mi maleta y la dejó en el suelo. ¡Otra vez estaba allí, desamparada, a punto de echarme a llorar! No podía creerlo, y le dije. "Pero mi avión despega dentro de 45 minutos," y él contestó que no le importaba. Por suerte, las personas que estaban detrás mío en la cola eran artistas, oyeron lo que pasaba y se pusieron furiosos. Fueron a las oficinas y pidieron ver al encargado de relaciones públicas. Yo dejé mi equipaje allá mismo y corrí a un teléfono a llamar a mamá y papá para contarles lo que estaba pasando. Papá se puso realmente furioso, y llamó a las oficinas de la compañía. Mientras, los artistas discutían con el encargado de relaciones públicas, y no sé si la solución vino de la llamada telefónica o de aquellas personas, pero alguien vino directamente a donde yo estaba y cargó mi equipaje en el avión. Y en el vuelo a casa me agasajaron con bebidas, me pasaron una nota de disculpa y me regalaron un maletín.

ABAJO. *Una procesión de camilleros era al menos preferibe a una hilera de ataúdes. El flujo de heridos era un espectáculo penoso, pero la muerte era el espectro definitivo.*

MAGNUM

ANNE SIMON AUGER

ENFERMERA DEL EJÉRCITO.
91.° HOSPITAL DE EVACUACIÓN,
CHU LAI
JULIO 1969 - JULIO 1970.

Anne vive en el noroeste del Pacífico, lleva casada 14 años (con un veterano de Vietnam) y tiene dos hijas. Es programadora de ordenadores y encargada de una sala de exposición para unos representantes de una industria. Realiza muchos trabajos voluntarios en su comunidad aprovechando sus conocimientos médicos, y comparte las actividades de su hija como exploradora.

"Sabíamos lo que había que hacer y cómo hacerlo, pero no teníamos idea de dónde nos metíamos."

Acababa de llegar a casa del trabajo, con una gran bolsa llena de comestibles, y mandó fuera a su marido y sus hijas por el resto de la velada. Nos fuimos conociendo en la cocina. mientras cenábamos. Luego nos sentamos en un sofá, frente a un amplio ventanal. Cuando empezó a hablar, se cubrió los ojos con una mano, y la mantuvo así durante los 90 minutos en que estuvo funcionando la grabadora Yo contemplaba por la ventana, sin volverme a mirarla a ella, los efectos del color de la puesta de sol en un amplio y nuboso cielo del noroeste del Pacífico.

Recuerdo el viaje en automóvil a Fort Sam Houston, con dos chicas que se habían enrolado conmigo. Todavía puedo vernos volando por aquellas autopistas en dirección sur, hacia Texas Nos sentíamos invencibles. El mundo era nuestro; éramos libres, independientes. Era algo espléndido.

Recuerdo que nos probamos las botas de combate, los ponchos y los uniformes; nunca habíamos llevado nada tan ridículo en nuestras vidas Desfilaríamos y jugaríamos dentro de esos trajes, y pensamos que íbamos a pasar mucho frío. Aprendimos a desfilar. Lo encontramos muy divertido. Recuerdo que seguimos un entrenamiento de campo. Nos dieron brújulas y teníamos que salir y encontrar el camino de vuelta, nunca nos habíamos divertido tanto. Nos perdimos 12 veces un martes, pero no importaba También seguíamos un aprendizaje médico muy somero en el campo; vendábamos a algún voluntario, le reconocíamos y decíamos qué es lo que tenía mal, y le hacíamos una cura. Era algo totalmente irreal. Era otro juego. Sabíamos lo que había que hacer y cómo hacerlo, pero no teníamos idea de dónde nos metíamos. Seguimos un entrenamiento con armamento y nos enseñaron cómo se disparaba un M16, pero no nos dejaron hacerlo. Por supuesto, tampoco me hubiera gustado disparar de verdad, era demasiado ruidoso. Nos llevaron a una imitación de poblado vietnamita. Pasamos un poco de miedo al llegar a la trampa de bastones aguzados, pero tampoco se parecía nada a la realidad Y no sé cómo podía haber hecho el Ejército algo distinto. Los odié durante años por no haberme preparado mejor para Vietnam, pero no creo que fuera posible hacerlo. No creo que se pueda entrenar a nadie ni enseñar a nadie a vivir una experiencia horrible, si no es dejando sencillamente que la viva... De ninguna forma. Lo pasamos bien en Fort Sam Fue una fiesta

Fui a Fort Devons, en Massachusetts, durante seis meses. Me destinaron a la sección de ortopedia, y el 100 por cien de mis pacientes eran heridos de Vietnam. Eran bajas de larga duración; habían pasado por Japón antes de venir con nosotros. Ni siquiera los relacionaba con Vietnam, y eso me preocupa ahora, porque podían estar sufriendo la angustia que yo sentí más tarde, y no supe reconocerla. Vi que algunos actuaban de una manera realmente salvaje y enloquecida, pero me figuraba que se debía nada más a lo jóvenes que eran. Mientras estaba allí, me visité con un psicólogo. Era capitán. Nunca olvidaré que cuando recibí mi destino, fue la primera persona a la que se lo enseñé, y me sentía feliz. "¡Me voy a Vietnam!", le dije Él se enfadó porque se quedaba y yo me iba; creía que eran los hombres los que debían ir. Nunca se me había ocurrido hasta ese momento que debía estar cualquier cosa menos feliz. No se me ocurrió preguntar qué estaba sucediendo allá, o preguntarme a mí misma dónde iba a meterme Creo que en esa época simplemente andaba en busca de nuevas experiencias.

De modo que recuerdo el vuelo desde Travis. Yo era la única mujer del avión. Debía haber por lo menos 200 hombres en aquel aeroplano. Pero todo el mundo se portó cortés y amistosamente hasta que llegamos a la vista de Vietnam, y entonces sencillamente todo el mundo calló Nadie hablaba, nadie hacía ningún comentario. Todos tenían las narices pegadas a la ventanilla. Vimos columnas de humo. El avión hizo un giro repentino, y oíamos que nos disparaban. Fue la primera vez en que me di cuenta de que mi vida podía correr peligro. Entonces empecé a pensar: "¿Por qué quieren matarme? Yo no les he hecho nada." De cualquier manera, descendimos en un picado realmente pronunciado y a toda velocidad hacia Long Binh, y aterrizamos en Vietnam. Recuerdo que hablé con la enfermera encargada de los destinos de la gente, y que me dejó elegir el lugar al que quería ir. Las demás enfermeras de mi grupo sabían exactamente dónde querían ir. Todas tenían preferencias, y yo no tenía ni idea de la diferencia entre un lugar y otro. De modo que le dije que me enviara a donde le pareciera bien, y se resistía a hacerlo. Me dijo: "¿Norte o Sur?", y yo le contesté. "No lo sé." Por fin me decidí. "Qué diablos, mándeme al norte. Ya que voy a vivir aquí, lo mejor será estar tan cerca de los norvietnamitas como sea posible." Visto en perspectiva, era algo totalmente irracional, pero en esa época yo aún no sabía lo que hacía. De modo que me asignó al 91.° Hospital de Evacuación.

"Qué jóvenes, inocentes e ingenuos eran aquellos pobres muchachos. Y alguien había tomado por ellos las decisiones que les afectaban."

Me asignaron a cuidados intensivos y recuperación, que es como saltar directamente al fuego. No estaba preparada para aquello. Había pasado seis meses en una escuela de enfermería y había trabajado en una clínica maternal antes de ingresar en el Ejército. Era horroroso. Todo ocurría a un ritmo infernal. Era deprimente. Estuve allí seis meses. Dos anécdotas pueden reflejar bien lo que fueron aquellos seis meses: una ocurrió cuando tra-

bajaba en recuperación. Yo llevaba allá algunos meses, lo bastante para haberme encallecido y construirme algunas defensas. Aquel soldado de infantería llego a mi sección de recuperación. Había pasado por el quirófano. Iba en un APC que topó con una mina, y me pareció que era el único superviviente. Era nada más un chiquillo; no creo ni que le creciera la barba todavía. Y despertó de la anestesia llamando a su madre y llorando. Me sentí desamparada. Yo era apenas un poco mayor que él, que estaba allí sollozando: "¡Mamá, mamá, mamá!" No sabía qué hacer. Le abracé, y creo que eso es todo lo que hice. Funcionó, pero para mí fue toda una experiencia, porque no era nada maternal en esa época, y no se me había pasado por la cabeza que alguna vez llegaría a serlo. Así me di cuenta de qué jóvenes, inocentes e ingenuos eran aquellos muchachos. Y alguien había tomado por ellos las decisiones que les afectaban.

Y ahora el otro incidente. Teníamos con nosotros un sargento que debía andar por los cuarenta y tantos años; era un bebedor, un alcohólico. Y ni siquiera estaba en primera línea de combate, era un sargento de intendencia o algo así Ingresó en nuestra unidad de cuidados intensivos con una úlcera que le sangraba. Recuerdo que pasé dos horas bombeando agua helada en su estómago, extrayéndola, y bombeándola de nuevo. También le hicimos transfusiones de sangre. Murió, y tenía familia y casa allá lejos, y yo pensé: "Dios mío, ya es bastante malo morir aquí legítimamente" —por herida de bala—, pero morir de esa manera parecía un terrible desperdicio.

El paciente que me hizo cambiar de sección... era un teniente. No recuerdo su apellido, el nombre era John Tenía 21 años. Se había casado justo antes de salir para Vietnam. Y estaba herido en la cara. Había perdido absolutamente toda la cara, de oreja a oreja. No tenía nariz. Estaba ciego. De todas formas, eso apenas tenía importancia porque era un auténtico vegetal. Vivía y respiraba; los tubos y las máquinas le mantenían vivo. Yo... no pude soportarlo, sencillamente. Pensar hasta qué punto un instante había afectado su vida... La vida de su mujer había cambiado totalmente, la de sus padres, la de sus amigos, la mía... También a mí me había afectado. Y todo por una fracción de segundo. Empecé a darme cuenta de lo vulnerable que era todo el mundo. De lo vulnerable que era yo. Le cuidé durante una semana. Finalmente lo embarcaron para Japón, y nunca supe nada más de él. No sé si murió o si sigue con vida.

"Tenía las dos piernas enyesadas, un brazo enyesado también y el abdomen vendado, para sujetar el paquete intestinal."

Comprobé que había construido muros a mi alrededor de una forma muy eficaz. Era paciente y tierna con los heridos No hablaba mucho con ellos por miedo a perder mi frialdad. Era muy profesional, pero distante A veces me avergüenzo de la forma como trataba a aquellos soldados de cuidados intensivos.

Tenía miedo porque me parecía que no hacía por ellos todo lo posible. Por los muros que había levantado, no les escuchaba, no atendía a lo que podían estar tratando de decirme. tal vez solamente con un gesto, o de alguna otra manera. No me abría a ellos porque estaba encerrada en mí misma

Me marché de la unidad de cuidados intensivos No podía soportarlo más. Pedí que me trasladaran a la sección vietnamita. Y allí descubrí que la guerra no alcanza únicamente a los soldados, que nadie está a salvo de la guerra. Todavía puedo ver a aquel niño no tendría más de nueve meses. Tenía las dos piernas enyesadas, un brazo enyesado también y el abdomen vendado, para sujetar el paquete intestinal. Y me hice cargo del niño de una prisionera de guerra, un niño recién nacido.

Los prisioneros de guerra. Descargué buena parte de mis frustraciones en ellos, de muchas maneras inocuas Me limité a dar una aspirina a un prisionero que quería algo que aliviara su dolor, porque pensé que no tenía derecho a quejarse cuando había tantos soldados americanos heridos en la sección vecina. Uno de los prisioneros me atacó una vez —intentó estrangularme— y le golpeé. Pero creo que ya antes de tocarle, tenía encima suyo a los dos PM de la sala. Nunca volví a verle Teníamos también a un soldado norvietnamita de doce años que había matado a cinco infantes. ¡Doce años! Y alardeaba de su hazaña delante mío. Me escupió. Nunca he visto tanto odio. Ver el aborrecimiento que se reflejaba en sus ojos resultaba aterrador. Pero casi al mismo tiempo, tuvimos en la otra ala de la sección a un chico más o menos de la misma edad. Era un explorador de la infantería, de forma que era "de los nuestros". Y los soldados le despreciaban. Le tomaban por un niño huraño, y era tan duro que llegó a asustarme.

Una de mis experiencias más traumáticas y duraderas me ocurrió cuando trabajaba en la sección de los prisioneros de guerra. Ingresó un soldado del ejército regular de Vietnam del Norte con heridas de bala recibidas en el curso de una emboscada a un pelotón de nuestra infantería. Ese prisionero era responsable personal de la muerte de seis de nuestros muchachos. Cuando le traían en camilla a nuestra sección, algo se rompió dentro de mí Me sentí inundada por una sensación incontrolable de odio y de rabia. No podía acercarme a ese tipo porque sabía, sin ningún género de duda, que si le tocaba le mataría. Tenía que contenerme para no echarle las manos al cuello. Eso me asustó mortalmente, e incluso doce años más tarde seguía temiendo volver a experimentar la misma sensación. Descubrí que era capaz de matar y de odiar violentamente a otro ser humano. Me habían educado para ser una persona cariñosa y desprendida. Como enfermera, me había dedicado a ayudar a todo el que lo necesitara. Como ser humano, debía amar a mis hermanos, quienesquiera que fuesen Me vi forzada a afrontar una parte de mí misma que antes ni siquiera había sospechado que existiera.

Después de cuatro meses en la sección vietnamita, pedí un nuevo traslado De modo que me asignaron a la sección médica de los infantes. Era más depresiva que las dos secciones en las que había estado anteriormente. Sobre todo porque la clase de personas a las que yo había etiquetado como inútiles estaban en esa sección. Los drogadictos, los alcohólicos, los enfermos de malaria (porque antes que salir a combatir, habían preferido no tomarse las píldoras contra la malaria, y por esa razón habían enfermado). No sentía ninguna simpatía por ellos. No hice ningún esfuerzo por comprenderlos. Después de tantos meses de cuidar heridas "legítimas", no podía soportar aquello. Hube de decirme a mí misma: "Claro que puedo soportarlo, maldita sea. ¿Por qué tú no vas a poder? Se supone que eres tan valiente y tan fuerte como yo misma, y de una u otra forma, yo aguanto."

DERECHA: *En aguas de Vietnam, una enfermera atiende a un paciente recién salido del quirófano, en la sección de cuidados intensivos del buque hospital USS* Repose.

ARRIBA: *Volando fuera de la zona bélica. Las enfermeras prosiguen su interminable tarea mientras los heridos son evacuados a bordo de un C-141 Starlifter.*

Todos los meses nos bombardeaban, una vez al mes como mínimo. La alarma más seria la tuvimos cuando estaba en la sección médica. Recuerdo que las granadas de mortero caían alrededor nuestro. Yo había colocado a nuestros 60 pacientes debajo de sus colchones, y me había ido a refugiar debajo de una cama. Entonces, el infante que estaba al lado mío me dijo: "Eh, ha olvidado usted a..." no importa el nombre, y en efecto —era uno de nuestros oficiales drogadictos—, estaba tendido sobre su cama, cantando. Tuve que salir. arrastrarme hasta él, empujarle fuera de la cama y colocarle encima su colchón. Recuerdo que le grité. Estaba furiosa con él por obligarme a correr un riesgo extra. Eso sucedió el mismo día en que se casó mi hermana. De hecho fue casi a la misma hora, y pensé: "Dios mío, ellos están de fiesta, y yo aquí."

Recuerdo que en el avión que me devolvía a casa retuve el aliento hasta que estuvimos probablemente a más de mil kilómetros de Vietnam, porque tenía miedo de que sucediera alguna cosa y nos viéramos obligados a regresar. Aterrizamos en SeaTac. Me acuerdo de que me metí en la habitación de un hotel y llamé a mis padres, porque ellos querían venir desde Michigan a recogerme. Acabé por volver al aeropuerto a encontrarme con ellos, en mi camino de vuelta de Vietnam. Querían quedarse un par de días en Seatle para ver la ciudad. Puedo verme aún vívidamente a mí misma sentada en aquel *tour* en autobús, mirando por la ventanilla sin ver nada. Me sentí flotando, perdida, desorientada Todavía seguía allá lejos No sonreía mucho. Ellos creyeron que estaba amargada. Bueno, la verdad es que no sabían nada Intentaban actuar como si todo siguiera igual que siempre; como si no hubiera pasado un año entero y yo no hubiera ido a ninguna parte. Lo hacían para que yo me relajara... Estoy segura de que también ellos sufrían. Yo saltaba al menor ruido. Miraba a la gente que caminaba por las

calles, y no veía miedo en sus ojos. Todo lo que pude pensar es: "Si vosotros supierais, no tendríais ese condenado aire de satisfacción." No tenía la sensación de estar de vuelta en casa. Me casé a los seis meses de mi regreso Rick y yo nos habíamos conocido en Japón. Era mi segundo permiso, y recuerdo que sólo faltaba un mes para que me licenciaran. Todo lo que deseaba era pasar un buen rato Me parecía que hacía meses que no me había reído. Y recuerdo que al entrar en el hotel en Osaka, nada más oír a la gente decir "Buenos días", me entró una risa irreprimible. Todo resultaba divertido. Me reía sencillamente por el aflojamiento de la tensión, ya lo sé. Pero en ese momento me sentía incapaz de parar de reír. Ni se me pasaba por la cabeza el empezar una relación. Y encontré a Rick. Fue una buena cosa que él fuera tan perseverante Él ha sido lo mejor que me ha ocurrido nunca

"Todavía tengo pesadillas; todavía sufro depresiones. Paso por períodos de relativa calma y serenidad, y luego vuelvo a lo mismo y empiezo a gritar a los niños."

Unos nueve años después de volver de Vietnam, leí en un periódico un artículo sobre un tipo de Oregón que enloqueció y mató a alguien. En el juicio definieron su condición como síndrome de stress aplazado. Nunca lo había oído antes Pero el artículo describía algunos de los síntomas. Y me puse a gritar: "¡Soy yo, soy yo! Es exactamente así. ¡No puedo creerlo!" De modo que aquella noche le llevé el artículo a Rick y le dije: "No te rías, pero .." Rick y yo somos muy abiertos en todos los aspectos, hablamos sobre absolutamente todo, pero nunca le había contado mis pesadillas y mis depresiones. No quería afligirle, supongo, o no deseaba hablar sobre ese asunto. No estoy segura de la razón Le pregunté: "¿Te diste cuenta alguna vez de que me pasaban esas cosas y no me dijiste nada?" Y él me contestó: "Sí, exactamente. Pensé que cuando estuvieras dispuesta a hablar de eso, hablarías." Él también estuvo en Vietnam, es cierto, pero en una zona relativamente tranquila, y nunca entró en combate. Así que, después de aquello, me pasé seis meses leyendo cosas sobre el stress aplazado. Y fue un alivio descubrir que era lo que me oprimía de aquella forma. Pero todavía tengo pesadillas; todavía tengo depresiones. Paso por períodos de relativa calma y serenidad, y luego vuelvo a lo mismo y empiezo a gritar a los niños, o a Rick, o al perro. Me desahogo de esa manera por un rato, y luego todos volvemos a la serenidad.

Estaba leyendo el periódico el domingo, y había un artículo sobre las mujeres veteranas del Vietnam. El primero que he visto. Leerlo fue como si me salvaran la vida. Mencionaba a Lynda Van Devanter y algunas de las cosas por las que ha pasado. Hablaba de las entrevistas hechas a varios psicólogos, y ellos se referían al stress aplazado de las mujeres veteranas Era como un rayo de luz. Pensé: "Tengo que hablar con Lynda." Telefoneé al centro de veteranos local. Nunca habían oído hablar de ella, ni de grupos de mujeres veteranas de Vietnam. Me dieron otro número al que podía llamar, y empecé una ronda de llamadas a distintos teléfonos, sin resultado Volví a leer el artículo, y mientras lo leía me di cuenta de que quería que me ayudaran y de que debía hacer algo, pero, por Dios, tenía miedo de seguir insistiendo. Aun así, lo hice. Hice una llamada a larga distancia al centro de veteranos de Los Angeles, y pregunte por el psicólogo cuyo nombre se mencionaba en el artículo. Le dije que estaba intentando contactar con alguna veterana con la que pudiera hablar. Y dejé muy claro que quería hablar con otra mujer veterana. El psicólogo no sabía cómo ayudarme. Me dijo que lo único que se le ocurría era que yo llamara al centro de veteranos de Vietnam en Washington, DC, a ver si allí podían localizar a Lynda Van Devanter. Recuerdo que me senté antes de perder completamente los nervios, y escribí una carta de siete u ocho páginas. Escribí todas las cosas que me había estado guardando y de las que quería hablar sin atreverme a hacerlo. No me entretuve en explicaciones previas, detalles ni justificaciones. Escribí sencillamente lo que me salía del corazón. Y ella me contestó con una carta preciosa que realmente me dió ánimos. Me envió un montón de material sobre otras mujeres veteranas a las que habían entrevistado, y recuerdo como lo releía una y otra vez, subrayando todas las cosas con las que me sentía íntimamente identificada.

Unos meses más tarde una amiga de Anchorage, Alaska, cuya hija es también amiga mía aquí, leyó un artículo en el que entrevistaban a Jan Ott, del centro de veteranos de Seattle Lo recortó y lo envió a mi amiga porque se le ocurrió que me interesaría. En el recorte se mencionaba que estaba formándose allí un grupo de apoyo. Yo pensé: "No me pasa nada raro. Estoy funcionando estupendamente " Llamé a Jan de todos modos para decirle que creía que estaba haciendo un buen trabajo. Me convenció de que sólo se trataba de charlar en grupo, sin ninguna clase de terapia ni tratamiento, y que ir allí no significaba que nos pasara nada extraño. Así que le dije: "Muy bien, de acuerdo." Me figuré que necesitaban gente para poner en marcha el grupo. Me senté allí, con las piernas cruzadas y los brazos sobre el pecho, y no pensaba hablar; sólo había ido a escuchar. Pero todas decían las mismas cosas que pensaba yo. Era duro estar allí sentada porque dentro de mi cabeza estaba diciéndome continuamente· "¡Oh, sí! ¡Es verdad!" Y poco a poco fui entrando. Me costó mucho tiempo. Algunas de las mujeres —quizá porque tenían más práctica, no lo sé, quizá porque eran de natural más abiertas— participaban realmente bien. Yo también hablé, pero de forma más superficial. No es que no quisiera participar con una profundidad mayor, pero creo que en aquella época no podía Fue una evolución lenta a lo largo de doce semanas de asistencia al grupo. Fueron saliendo cosas nuevas que hasta entonces ni siquiera se me habían ocurrido.

"Finalmente me di cuenta de que mi angustia y mi hostilidad tenían una dirección. Me di cuenta de lo triste que estaba, y de que esa tristeza no iba a desaparecer."

Creo que el punto de inflexión, en el grupo, sobrevino cuando vi una determinada película por TV, *Fuego amigo*. Recuerdo que me sentí abrumada por el hecho de que el actor que representaba al soldado de infantería en la película era exactamente igual que el de mis pesadillas. Era rubio; era joven; era tan inocente e ingenuo. Llegaba a Vietnam exactamente como lo hi-

cimos cualquiera de nosotros, pensando que hacía lo que debía hacer .. y luego podías ver cómo evolucionaba. De ingenuo e inocente, se transformaba en un ser asustado y confuso, y luego en un egoísta y cínico. Exactamente lo que me había pasado a mí. La película estaba hecha desde ese punto de vista, realmente, sabían de lo que hablaban. Recuerdo que estaba sentada con mi cuaderno de notas y que tomaba apuntes sobre lo que ocurría en la película. ¡Suerte de los anuncios!

Analicé la película, y a través de ella entendí muchas cosas en las que antes no había pensado. Finalmente me di cuenta de que mi angustia y mi hostilidad tenían una dirección. Me di cuenta de lo triste que estaba, y de que esa tristeza no iba a desparecer. Durante doce años había deseado que se desvaneciera, volver a la vida, y no tener esa cosa colgando alrededor de mi cuello. Me di cuenta de lo mal que me sentía por la forma en que me vi a mí misma tratando a aquellos soldados en cuidados intensivos. No había sido para ellos todo lo perfecta que probablemente deseaban que fuera, y esa experiencia me había afectado mucho. Me di cuenta de toda la parte de mí misma que se habían llevado consigo aquellos infantes. De todo lo que yo misma los añoraba. Las cosas se me aclararon de repente. Lo escribí todo, y fue a compartirlo con el grupo.

Recuerdo que leí lo que había escrito porque no me parecía que pudiera decirlo bien sin esa ayuda. Una mano me sangraba porque me clavé las uñas en la palma, hasta ese punto estaba angustiada. Creo que la mayor parte de la tensión, la frustración y el stress desaparecieron aquella noche. Realmente lo saqué todo fuera. Luego, una o dos semanas más tarde, tuvimos de visita en nuestro grupo a los varones de la infantería. Fue una gran sensación para mí el ver a aquellos soldados enteros. Pero más importante aún es el recuerdo que conservo de Dan, aquel enorme pedazo de hombre. Era gigantesco pero amable, simpático y considerado. Empezó a contarnos que había intentado autolesionarse en Vietnam para no tener que participar en otra batalla, y mi primera reacción fue ponerme en tensión y decir: "¡Maldita sea! Tenías que ser uno de esos, ¿verdad?" Pero Dan se sentó y siguió explicando lo mal que se sentía, hasta el punto de enfermar físicamente sólo a la idea de que tendría que salir fuera de allí. De preguntarse de dónde vendría el próximo disparo, si le alcanzaría a él, si iba a vivir o a morir, si tendría que matar a alguien. Dijo que había llegado a un punto en el que era incapaz de resistir más Honestamente creía haber estado un poco loco por algún tiempo. Tenía un amigo al que pidió que le rompiera la clavícula con la culata del fusil para imposibilitarle de llevar un arma. Su amigo le golpeó tan fuerte como pudo, pero sólo produjo magulladuras a Dan. Y decía: "Probablemente ese hombre me salvó la vida, porque no sé cómo iba a haber vivido conmigo mismo si el truco hubiera funcionado. Tuve que caminar encorvado y me dolía a cada paso que daba, pero lo aceptaba como una especie de castigo." Y ese hombrón afable estaba ahí sentado, llorando, hablando de su experiencia traumática. Eso me dio un punto de vista nuevo sobre las personas que yo había calificado de inútiles. Vi que todos teníamos nuestra propia forma de inutilidad. Nunca debía juzgar a nadie, cualquiera que fuera su manera de actuar.

Desde la vez en que lo saqué todo fuera y lo conté al grupo a mi manera, las cosas han empezado a ir realmente mejor. Las pesadillas han desaparecido totalmente. Las depresiones van desvaneciéndose también. Pero Lynda Van Devanter lo ha expresado mejor de lo que podría hacerlo yo: "La guerra ya no ejerce ningún control sobre mí. Soy yo quien la controlo a ella."

KEITH MILLER

CHARLOTTE CAPOZOLI MILLER

ENFERMERA DEL EJÉRCITO
95.º HOSPITAL DE EVACUACIÓN, DA NANG
FEBRERO 1970 - FEBRERO 1971

Charlotte vive en Baltimore, Maryland, y trabaja como enfermera psiquiátrica en una institución para casos agudos. Está criando a dos hijos y sigue sus estudios a tiempo parcial "Me siento profesionalmente identificada con el concepto de que, antes de dedicarse a administrar las necesidades de la salud de otras personas, una debe reconocer la *dignidad* de la vida humana."

Nos encontramos en la estación Penn de Baltimore. Era primera hora de la mañana, y ella vino casi directamentte de su trabajo en el turno de noche. Me acompañó en una visita a Baltimore con la agencia Cook. Luego, tras obsequiarme con una copiosa comida, Charlotte empezó a hablar de Vietnam.

Fuimos a un bar vacío de la parte baja de la ciudad, buscando un sitio en el que charlar relajadamente; y luego encontramos un lugar más agradable y ruidoso, frente al río Perdí todos los enlaces de los trenes para regresar a Washington, y finalmente cogí en marcha el de las 8:05; el hijo de Charlotte, Byron, tuvo que conformarse con un bocadillo en vez de una cena.

"Esto es un montón de mierda. No soy una dama de categoría para acompañar de noche a unos hombres que son lo bastante viejos para ser mis abuelos."

Estaba oscuro en el tren, y fui pensando en el error que había cometido al intentar meter en un tiempo muy corto demasiadas cosas, descubriendo de paso lo difícil que resulta decir adiós a alguien que en este período tan breve ha llegado a hacérsete entrañable; exactamente del mismo modo en que se hacían las amistades durante la guerra. Y en cierto modo, es la guerra la que sigue haciendo ese trabajo para nosotros.

Un enfermero varón compañero mío en la escuela de enfermería y yo decidimos enrolarnos en el Ejército con el propósito de ir a Vietnam por ese sistema. Así que me planté delante de un reclutador y le dije: "¿Puede mandarme a Vietnam?" Y él me contestó: "Tome asiento, por favor." Creo que a las cuatro semanas estábamos en la escuela de oficiales de San Antonio, Texas, y de allí fuimos directamente a Vietnam. Pensando en ello, he llegado a la conclusión de que él y yo fuimos los dos únicos de toda la clase que fuimos directamente a Vietnam Después de las seis semanas del cursillo básico, viajamos a San Francisco, y en 24 horas estuvimos en Long Binh. Era el 12 de febrero de 1970.

Yo era la única mujer, aparte de las azafatas de vuelo, en el avión, entre veinte hombres que iban al país. Cuando salí del avión, estaba muy nerviosa, tenía a cada lado un hombre que

TIM PAGE

me cogía de un brazo, y mis pies no tocaban el suelo; ellos me llevaron en volandas al edificio del aeropuerto, y allí me depositaron. A Jim y a mí nos asignaron al 95.° Hospital de Evacuación, en Da Nang. Volamos en un C-130 hacia el norte hasta Da Nang, llegamos al hospital hacia las dos o las tres de la tarde, fuimos recibidos por la enfermera jefe y nos enseñaron las instalaciones. No creo que lleváramos dos horas allí, cuando escuchamos una tremenda explosión. ¡Ni que decir tiene la tiritera que me entró! Casi me muero del susto. Había una cantera en la otra punta de la península y todas las tardes dinamitaban a las cuatro en punto, nadie nos avisó. Solían llamarnos los FNG, es decir, los *fairly new guys*, los simpáticos novatos; las siglas tenían también otro sentido más explícito, pero no te lo voy a decir. Y siempre se podía saber quiénes éramos los nuevos, porque andábamos de un lado para otro tambaleándonos y sacudiéndonos las botas.

ARRIBA: *Una guerra no convencional genera también pérdidas irreparables, como muestra el llanto de esta mujer vietnamita en un funeral. Como ocurre siempre, la población nativa pasó por inmensas penalidades.*

Luego nos asignaron a nuestras áreas respectivas; yo estuve aproximadamente dos meses en una unidad neuro-quirúrgica que representaba una responsabilidad extrema y un trabajo muy pesado. Teníamos 20 pacientes neuro-quirúrgicos, y además en la otra ala, otros 20 pacientes quirúrgicos, con todo lo que eso representaba de inyecciones, vendajes, etc.

Creo que más dura todavía que las largas horas de trabajo y la pesada carga de los pacientes, era la falta absoluta de estímulos positivos; simplemente se esperaba que una estuviera siempre ahí, y todo se veía desde un punto de vista muy negativo: "Capitán, su blusa es demasiado corta. Capitán, no lleva

puesta la gorra." Yo tenía alergia a los calcetines de lana del Ejército, y mi madre me envió de Estados Unidos unos calcetines de hombre, de dibujo escocés, y como mis pantalones eran demasiado cortos, continuamente se veían mis calcetines de colores asomando por la caña de las botas. La enfermera jefe me reñía continuamente por esa causa, hasta que el coronel le dijo: "Bueno, una de mis pocas alegrías diarias es ver a Capozoli cruzando el vestíbulo con sus enormes zancadas y sus calcetines de colorines, de modo que déjela en paz."

Me parece que fue al mes de estar allí cuando dieron una comida en la residencia de los generales. En esas ocasiones envían un helicóptero Chinook que recoge a las enfermeras, vestidas de civil, y las transporta a través de la península para que acompañen a los generales y oficiales de alta graduación de las diferentes Armas que se juntan allí. Era increíble pensar que aquello ocurría en un país en guerra. Los mejores manteles, porcelanas, langostas, filetes, camareros con servilletas de lino al brazo escanciando los vinos... Y entre tanto la guerra seguía, a unos minutos de todo aquello. Estábamos allí para entretener a los generales; si no cumpliamos bien nuestro cometido, ciertamente no recibiríamos ninguna invitación más. Bien, maldito lo que me importaba. Creo que nos hicieron retrasarnos a propósito para que perdiéramos el helicóptero de vuelta, y entonces nos llevaron cruzando la ciudad de noche en jeeps abiertos, lo que era muy peligroso y me hizo pasar mucho miedo. No pudimos volver a nuestras instalaciones porque era ya pasada la medianoche y al centinela de entrada no le importaba que fueras el mismísimo presidente Y al día siguiente, me regañaron por llegar tarde. Bueno, mi lengua siempre me ha traído problemas, y en esa ocasión contesté: "Coronel, he venido voluntariamente a Vietnam. No le debo al Ejército nada de mi educación profesional. Sí, soy militar pero esto es un montón de mierda. No soy una dama de categoría para acompañar de noche a unos hombres que son lo bastante viejos para ser mis abuelos " Así que no hace falta decir que nunca volvieron a invitarme. A partir de ese momento me colocaron la etiqueta de revoltosa, y ya nunca me abandonó en los dos años que pasé en el Ejército. Los capitanes no deben decir a los coroneles lo que piensan, dónde van, y lo que hacen cuando están allí.

ABAJO. *Los médicos y las enfermeras alivian la tensión con un brote improvisado de fiebre discotequera. A pesar de los rumores, los compromisos sentimentales eran raros en Vietnam.*

Inicialmente, no recuerdo haber pasado miedo, ahora, mirando hacia atrás, pienso que al principio estuve asustada durante una semana o así, pero luego una tiñe de romanticismo todo, y niega esas cosas; se asimila una al grupo, y allí una no lleva chalecos contra los bombardeos, ni cascos, ni dice "De modo que eso es una alerta roja." Puedo recordar que, cuando apenas llevaba un mes o así, hubo una alerta roja en nuestro hospital. Los marines que estaban de guardia vigilando a los prisioneros de guerra daban vueltas, con las armas cargadas y dispuestas. Se suponía que debíamos colocar colchones encima de nuestros pacientes, colocarnos nuestro chaleco contra los bombardeos y nuestro casco, y permanecer de guardia en la puerta, y a mí todo lo que se me ocurrió fue: "¿Qué pasa si no ocurre nada, cuando todavía tengo que poner todas esas inyecciones y vendajes?" De modo que seguí trabajando, y como no podía trabajar con una cacerola de hierro en la cabeza, no me la puse, y como el chaleco me estorbaba los movimientos, tampoco lo llevé Me limité a recorrer la sala y a tranquilizar a los pacientes. Cuando pienso en ello ahora, veo que estaba aterrorizada, pero no podías admitirlo ni confesar tus propias emociones o sentimientos, porque si lo hacías no podías continuar haciendo nada que tuviera sentido para nadie.

Trabajé en la sección de neurología durante unos dos meses, y luego pedí que me trasladaran. Había una vacante en el área de admisión y preoperatorio, y allí pasé el resto del año Recogíamos a los pacientes directamente de los *choppers* y los llevábamos al área de admisión, y allí hacíamos la selección. A los que llegaban con heridas múltiples —heridas en la cabeza, metralla en los ojos, heridas faciales u orales que requerían tratamiento quirúrgico, heridas en el tórax y abdomen, heridas ortopédicas— les considerábamos chatarra. Así les llamábamos, chatarra.

Recuerdo un incidente particular sobre el que pienso ahora con bastante frecuencia; bueno, creo que nunca he dejado de pensar en él. Hubo un ataque con cohetes a un orfanato, e ingresamos a unos 200 niños en el área de admisión y preoperatorio. Eran niños en la primera infancia y adolescentes. Y bueno, venían literalmente con los ojos reventados, con los brazos

sesgados; podías ver toda la estructura de los huesos del hombro, en carne viva. Trajeron a un niño con un brazo entre las piernas, los intestinos fuera del abdomen, los sesos asomando por el cráneo roto, y sangre por todas partes. Recuerdo que le decía a mi madre, en una cinta que le envié: "Mamá, me salen niños hasta por las orejas: les hemos colocado en sillas, en mesas de despacho, en el suelo, en el vestíbulo, amontonados unos sobre otros, en todas partes." Era simplemente increíble. Y la intensidad de una situación así se prolongó durante quince larguísimas horas. Algunas de las mujeres y de las adolescentes que parecían tan inocentes, de noche se transformaban en vietcong. Cuando aterrizaba un *chopper* y bajaban de él a los infantes hechos pedazos, tal vez el *chopper* siguiente llegaba cargado de mujeres y adolescentes, y tú nunca sabías si eran vietcong, si habían hecho aquello a nuestros chicos...

"Después de Vietnam no puedo igualar aquello, no consigo encontrarlo de nuevo: no consigo recuperar aquel sentido de responsabilidad."

Un joven en particular, un oficial —he estado en el Muro un par de veces, pero no he podido buscar su nombre porque sólo recuerdo que acababa en *ski*—, era una chatarra Había perdido el bazo, tenía el hígado desgarrado, la mitad de los intestinos habían desaparecido, tenía las dos piernas rotas, un brazo roto, múltiples esquirlas en el cuerpo, la cabeza operada, le habían hecho también cirugía oral, y había perdido parte de los pulmones; y conseguimos estabilizarle. Se presentaron todas las complicaciones del mundo, desde una hepatitis hasta embolia pulmonar y un paro cardíaco. Nos dedicábamos especialmente a él en nuestro tiempo libre, turnándonos, porque requería cuidados constantes Pese a todas las complicaciones, estaba consciente y su actitud era espléndida Era un magnífico ejemplar de ser humano. Debía marchar dos semanas antes de que me licenciaran. Nos quería mucho a todas... De cualquier forma, me prometió que cuando yo estuviera de vuelta en casa, me vendría a buscar un día y me invitaría a cenar... Le enviaron a Japón. y cuando yo me fui de Vietnam nuestro avión hizo escala en Japón para repostar, de modo que corrí al aeropuerto a telefonear al hospital para decirle hola y ver qué tal le iban las cosas, y me dijeron que había muerto .. y nunca he podido olvidarle porque trabajamos tanto por él... Era sencillamente injusto.

Cuando veo las noticias sobre Beirut y Grenada —los chicos que envían allá—, pienso que ni siquiera deben saber preparar y cargar sus armas. Y cuando veo a sus familias por televisión . Está ocurriendo lo mismo que en Vietnam, y no hacemos nada al respecto. Los oficiales hacen lo mismo que entonces: nos dicen lo que quieren que sepamos. Fabrican nuevas situaciones en las que nuestros soldados van a ser hechos pedazos, y van a sufrir de stress aplazado; o le darán otro nombre y escribirán algunos síntomas adicionales... Y yo no sé si vale la pena, porque como Vietnam, el Líbano ha sido azotado por las guerras durante cientos de años, y es un país religioso por naturaleza, y esos son problemas que nuestra gente nunca conseguirá resolver. Nadie se ha enterado de la muerte de "Ski". Ni de la cantidad de hombres valientes que andan hoy por este país físicamente incapacitados o con desarreglos psíquicos; ni de las mujeres que han cuidado de ellos...

Y los médicos... cuando realizaban las operaciones, vivían sujetos a una enorme tensión, y a veces durante muchas horas; y luego pasaban por períodos en los que no tenían que operar. Hacían turnos, y se marchaban. Si te encontrabas con un problema, habías de afrontarlo. Quiero decir que te dejaban instrucciones genéricas, y debías emplear tu buen juicio y tu sentido común; si hacías lo que debías, las cosas iban realmente bien. Yo coloqué tubos pectorales, hice suturas, resequé heridas y succioné cavidades abiertas, e incluso prácticamente extirpé órganos. Ahora no puedo administrar un Tylenol si alguna otra persona no me da permiso para hacerlo. Cuando volví a la vida civil, trabajé en una sección de urgencias en Pittsburg y no me dejaban poner una inyección intravenosa sin la supervisión de la enfermera responsable de la terapia intravenosa. Probablemente yo había puesto más inyecciones en aquel año de las que ella había visto en toda su vida. Jesús, es increíble. Y realmente lo paso mal ahora, en la vida civil, cada vez que me exigen una evaluación para cualquier cosa. Tal vez sea una arrogante o tenga complejo de superioridad, pero lo paso realmente muy mal, porque me digo a mí misma: "¿Y quién demonios eres tú para evaluar mis conocimientos?"

Después de Vietnam, no puedo igualar aquello, no consigo encontrarlo de nuevo: no encuentro a aquel "Equipo A" que aparecía y hacía todo el trabajo; no consigo recuperar aquel sentimiento de responsabilidad. Pero también está la otra cara de la moneda: como era una guerra de reemplazos, parecía que cada vez que hacías amistad con alguien con el que podías sentarte un rato y hablar de tus sentimientos y tus ideas más íntimas y compartir tus secretos, siempre estaba a punto de marcharse. Siempre andabas despidiéndote de alguien Y ahora me encuentro con que no intimo con nadie, no me comprometo personalmente, porque es como estar en Vietnam: en cuanto te aproximas a una persona, por una razón u otra llega el momento en que la licencian. Cuido de mis hijos, hago trabajo voluntario en los centros de veteranos, pero desde el punto de vista social me he distanciado mucho. Realmente me resulta demasiado doloroso

Quiero hablar también de los monzones Odio la lluvia. Cuando llega en forma de chaparrón que refresca el ambiente y pone verde el paisaje es estupenda; pero cuando es oscura, monótona y triste, me recuerda los monzones. Las ropas nunca se secaban y tu habitación siempre estaba húmeda Acabé por ponerme enferma. Tenía más de 40 grados de temperatura y me ingresaron en el hospital. Querían evacuarme a Japón, pero yo me negué porque habíamos tenido un tifón la vez anterior que había estado allí. Me aterrorizaba la idea de que el avión cayera al agua, ¿y dónde estaría yo entonces? En alguna parte del Mar de la China Meridional. Prefería quedarme y correr el riesgo de morir al menos entre gente conocida.

Durante otro tifón, el agua subió hasta el nivel de los edificios más próximos a la playa. Nuestro comandante quería trasladar el puesto a la Montaña de los Monos. Los marines habían evacuado la Montaña de los Monos porque los vientos eran tan fuertes que arrancaban las techumbres de los barracones. Quería llevarnos allí, y yo dije: "Si los marines se han ido, yo no voy." Y no fui. Preparé una pizza en mi hornillo, compré un par de botellas de vino y fui de un sitio a otro ofreciendo pizza y vino. Y me senté bien arrellanada y con los pies en alto a ver cómo los militares profesionales evacuaban sus equipos de estéreo y sus refrigeradores, colocándolos en jeeps y en ambulancias y llevándolos a terreno seco. Era algo histérico. Ellos se

ARRIBA: *Las mujeres norteamericanas en Vietnam se vieron forzadas a una actividad constante. Para las mujeres nativas, la norma fue más bien la resignación estoica.*

marcharon y yo me quedé esperando la tormenta. Oímos cantidad de buena música, y algunos de mis mejores amigos se quedaron también. Y con un caballero en particular con el que tenía una relación sentimental, hicimos maravillosamente el amor bajo la lluvia, mientras todo el mundo corría alrededor.

Cuando uno estaba a punto de partir, era costumbre dar una fiesta de licenciamiento. Como la mayor parte de las personas con las que había hecho amistad eran los chicos voluntarios, se me ocurrió celebrar una fiesta en el club de oficiales de complemento. Allí, con permiso del comandante, también podrían ir los oficiales profesionales. Tenía que pagar el alquiler del club de oficiales para conseguir el permiso del comandante, y él lo concedió. Pagué el dinero y lo dispuse todo, de modo que no faltara de nada Quiero decir que tuvimos filetes, perritos calientes, hamburguesas, barra libre, cerveza, vino y hasta una banda de música.

Al día siguiente, que era la víspera de marcharme del país, el comandante me envió recado a mi cuarto de que me presentara de inmediato en su despacho, y me preguntó por qué había dado la fiesta en el club de oficiales de complemento, y quién me había dado el permiso. Le contesté "Usted", y él dijo: "¡Nunca he hecho tal cosa!" Bueno, tenía que haber sabido que más vale no irritarme cuando estoy con resaca; el caso es que le dije: "Le pido perdón, *señor*, pero eso es mentira." Fui a buscar al oficial responsable del club, le llevé delante del coronel y le dije: "Ahora, dígale delante mío que usted no dio ese

permiso." Y él contestó: "Capozoli, le formaría un consejo de guerra, pero en ese caso tendría que quedarse aquí más tiempo, y Dios sabe en qué líos nos metería." Sacó un vale de la policía militar por cinco dólares, se lo dió al oficial encargado del club y le dijo: "Colóquela en un avión mañana, y me importa un bledo adónde vaya." Y esa fue mi despedida de Vietnam.

Nos fuimos y estuvimos tres días en la bahía de Cam Ranh, esperando ser incluidos en la lista de pasajeros de algún vuelo La última noche que pasamos allí, atacaron el lugar con cohetes. Se cortaron la electricidad y el agua, y yo estaba en la ducha lavándome el pelo, nada menos. Tenía todo el cabello enjabonado, y al salir corriendo descubrí un depósito de agua lleno, y lo utilicé para quitarme el jabón. El centinela me decía: "¡Capitán, capitán, estamos en alerta roja! ¡Nos están bombardeando!" Y le contesté: "¡Maldita sea! ¡Si he de morir, moriré con el cabello limpio!" No creí que nos marcháramos nunca de aquel lugar.

Cuando llegamos a Fort Lewis, Washington, vimos las arcadas doradas de McDonald's, y todo el mundo en el avión se puso de rodillas y besó el suelo: era la tradición. Al cruzar el aeropuerto había montones de manifestantes contra la guerra que nos tiraban fruta y nos gritaban obscenidades y nos llamaban toda clase de cosas. Y, lo que es más interesante, los dos chicos que me habían llevado en volandas desde el avión al llegar a Vietnam, volvían a casa en mi mismo avión. Uno de ellos era un Boina Verde, aerotransportado, y había participado en muchas acciones en la jungla: era algo milagroso. Celebramos nuestra pequeña fiesta de bienvenida y no dejamos la costa Oeste hasta el siguiente día. Nos quedamos allí, juntos. Quiero decir que estuvimos así, cogidos de la mano y contándonos historias y bebiendo, y que lloramos... y nos despedimos... y volvimos a casa.

Creo que, si tuviera que resumirlo, diría que Vietnam ha sido una de las experiencias más positivas de mi vida. La única otra experiencia que puede comparársele ha sido tener a mis dos hijos. Y creo que Vietnam sigue teniendo un impacto en mi vida de muchas maneras distintas, porque es una experiencia que forma parte de una misma. Te ayuda a formular tu actitud actual, tu filosofía, tu propio método para afrontar los problemas y tu habilidad para resolverlos. Me veo a mí misma como una persona fuerte, pero esa experiencia es algo que sólo en los últimos años, al hablar sobre ella y situarla en la perspectiva adecuada, me ha permitido llegar a una mayor serenidad

PENNI EVANS

CRUZ ROJA AMERICANA. SRAO.
BAHÍA DE CAM RANH.
MARZO 1970 - AGOSTO 1970.
LONG BINH.
AGOSTO 1970 - OCTUBRE 1970
CU CHI - OCT. 1970 - DIC. 1970
QUANG TRI - DIC. 1970 - MAR. 1971

Penni reside en Santa Rosa, California, donde trabaja como empleada de relaciones y especialista en acción afirmativa "Me gusta la vida al aire libre, las excursiones, la fotografía y compartir mi hogar con dos individuos de persuasión felina." Trabaja como voluntaria en la organización local de veteranos de Vietnam, y a través de esa actividad comparte sus preocupaciones con otras mujeres que sirvieron en Vietnam, "la minoría invisible".

A lo largo de los años, ha habido muy pocas personas con las que pudiera hablar sobre Vietnam, porque cuando lo hacía, los comentarios eran: "¿Mujeres en la zona militar? ¿De qué me está hablando?", o bien "¿Y tú estabas allí, ayudando a esos asesinos de niños?", o incluso "Eras una puta": esa clase de comentarios. . y sólo para empezar

Tengo una amiga, Mary, que es una de las pocas personas con la que he podido compartir mis experiencias. Un día me presentó a un hombre que era un veterano de Vietnam. En el curso de la conversación, dijo: "Penni estuvo en Vietnam." Y él me preguntó "¿Estuviste en Vietnam" "Sí," contesté con mucha tranqui-

lidad, como si realmente no deseara hablar de ello. Él me preguntó: "¿Qué hacías allí?" Mary contestó: "Estaba en la Cruz Roja." Él me miró y dijo: "¿Eras una Doughnut Dolly?"... Se levantó, cruzó la habitación, me levantó de la silla y me dio un gran abrazo de oso. "¡Gracias, Dios mío!" dijo. "No sabía cómo agradecéroslo allí; y los colegas tampoco sabían cómo daros las gracias... ¡Sois fantásticas!"

Oí hablar del programa a finales de los sesenta, cuanto estaba en la universidad estudiando ciencias políticas. Una amiga mía trabajaba en la oficina de empleos e intentamos buscar un trabajo que me resultara interesante. Yo quería viajar, y me gusta trabajar con la gente. Oímos hablar del programa de la Cruz Roja, fui a una oficina de reclutamiento a informarme, y lo que me dijeron me interesó de verdad. Pensé: "Eso es lo que yo quiero hacer." Forcé el programa de clases hasta las 22 unidades para poder graduarme un semestre antes, y luego me encontré con que no tenían ninguna vacante en el programa hasta el mes de junio. Me gradué en diciembre de 1969 y volví a Indianápolis a vivir con mis padres. Nací en el norte de California, donde no nieva como en Indianápolis, y me sentía muy desgraciada.

"Debíamos ser símbolos asexuados de pureza y bondad... ser a un tiempo la hermana, la madre y la chica de la casa de al lado."

Entonces, a mediados de enero, recibí una llamada de ellos: "Tenemos un grupo que saldrá en marzo, ¿le interesa?" Les contesté: "Por supuesto." De modo que me citaron en Saint Louis para una entrevista. Me aceptaron y me dijeron: "Tenemos vacantes en el grupo coreano y en el grupo vietnamita. ¿Cuál de los dos prefiere?" Y contesté: "En Corea nieva, ¿no es cierto? Creo que iré a Vietnam." Lo crea o no, esa fue una de mis razones más importantes para ir allá, y también que, al ser una licenciada en ciencias políticas, pensaba: "Tal vez me enteraré de qué demonios está ocurriendo en Vietnam." También quería aprovechar todos los beneficios de los viajes: un estéreo, porcelanas, ir a Hong-Kong, comprar joyas y sedas... todas las cosas buenas. Y cuando estuve en el Colegio femenino de Colorado, en Denver, había salido con aviadores de la base de las Fuerzas Aéreas de Lowry, y había llegado a comprender algo sobre la soledad y las preocupaciones que sentían cuando estaban lejos del hogar. Pensé que tal vez podría ayudar.

Fui a Washington, DC, para un "aprendizaje" de dos semanas. Nos dieron uniformes, y todas los encontramos demasiado cortos. De hecho, cuando miro las fotografías de aquella época no puedo evitar exclamar: "¡Dios mío!" Era la época en que la minifalda estaba de moda.

Nos dieron clases sobre etiqueta militar, sobre cómo distinguir las insignias y su significado, y lo que se suponía que debíamos hacer para representar a la Cruz Roja en nuestro trabajo y fuera de él. Ser femeninas, no decir palabrotas, no salir con soldados (no de forma explícita, pero nos lo dijeron). Debíamos ser símbolos asexuados de pureza y bondad... ser a un tiempo la hermana, la madre y la chica de la casa de al lado, pero sin tener relaciones con los hombres; eso de ninguna manera. Lo que no nos dijeron es cómo afrontar los rumores, los comentarios, las proposiciones...

Luego pasamos una semana en San Francisco, a la espera de un vuelo desde Travis. Cuatro de nosotras fuimos a Menlo Park, a un cursillo en el que plegamos vendas, ¡literalmente estuvimos plegando vendas!

Después de las formalidades de Saigón, me enviaron con otra chica a la base aérea de la bahía de Cam Ranh. Llegamos en un C-130, y yo estaba muy nerviosa. Cuando aterrizamos, tuve la impresión de que aquello era un montón de arena, un gran montón de arena. Nos enseñaron nuestro dormitorio, que estaba en el pabellón de las enfermeras. Era como un edificio de estilo español, construido en forma de U, con un patio central y una verja en el extremo. Había cuatro habitaciones en nuestro dormitorio, y las chicas habían hecho de una de ellas una habitación recreo, con un estéreo, neveras, sillas y una alfombra. Había algunas enfermeras que eran auténticas damas, pero por desgracia nos aislamos nosotras mismas de ellas. Los dormitorios estaban en la calle siguiente a la pista de despegue, y oíamos los cohetes y el fuego de las armas ligeras durante los ataques nocturnos... Increíble.

Teníamos dos clubs en Cam Ranh, y yo estuve allí durante cinco meses. Al principio estábamos ocho mujeres, pero luego nuestro número se redujo a seis. En el club Westside teníamos balonvolea, piscina, un juego de shuffleboard y una biblioteca. Nos turnábamos en el trabajo en los clubs y en la presencia en las unidades, de forma regular. Menos mal, porque yo odiaba los clubs: había allí algunos tipos a los que no podía aguantar.

"Eran los chicos con los que habíamos estado bromeando, y ahora se habían ido... se habían ido."

Allí estaban los escuadrones de Caribou; la mayor parte de los reactores se habían trasladado a Phan Rang. Me hice amiga de un montón de pilotos y jefes de escuadrón. Era una de las cosas bonitas de allí: todos los que trabajaban en aquellos aviones y volaban en ellos eran como una familia; no había entre ellos una diferenciación jerárquica muy marcada. Recuerdo un día —no llevaba aún mucho tiempo en el país— en que estuve sentada junto al jefe de vuelo de un escuadrón mientras esperaba noticias de tres de sus aparatos... y esperamos... y esperamos. Estaba con él cuando supo que los tres habían sido derribados, dos de ellos en llamas... sin supervivientes en ninguno de los aviones. Ese fue mi primer descubrimiento de que se trataba de una guerra de verdad, en la que la gente moría. Recuerdo que me eché a llorar, y que una chica del centro me preguntó qué era lo que andaba mal. Cuando se lo conté, me dijo: "Bueno, ya te acostumbrarás a eso." Y así fue. Empecé a distanciarme y a decirme: "No voy a dejar que eso me domine."

El club era sencillamente un centro social para que la gente se reuniera. Los recorridos "programados" que hacíamos eran algo muy distinto. Había dos clases de recorridos: los que llamábamos el recorrido base, que consistía en las visitas a las unidades de la base (dentro o justamente al lado del perímetro de la misma), y luego los recorridos de avanzadas. En esos recorridos llegábamos muy lejos hacia el interior: Ban Me Thuot, Ban Don con los campos de las Fuerzas Especiales... los lugares donde había unidades de artillería o APC, que podían suponer pasar un día en medio de un claro en la jungla... Donde nos llamaban, allí íbamos.

UPI/BETTMANN NEWSPHOTOS

ARRIBA: *Una enfermera de un equipo pediátrico inglés se ocupa de una de las víctimas inocentes de la guerra en el hospital infantil Nhi Dong de Saigón.*

Los programas tenían 45 minutos de duración. Lo llevábamos todo en lo que llamábamos "bolsas de apoyo", que eran grandes bolsas de lona verde con un par de asas, de modo que dos chicas, una a cada lado, podían llevarlas. Trabajábamos con grupos de cinco a 70 hombres, pero lo normal es que no pasaran de 20, y formábamos equipos de dos chicas. Los programas utilizaban formatos cliché, como el de Concentración, que abarcaba todos los temas posibles bajo el sol, desde la publicidad hasta la zoología. Realizábamos nuevos programas cada seis semanas: recogíamos el material, lo ajustábamos al formato requerido, hacíamos los soportes, y luego lo entregábamos.

En el campo, desarrollábamos nuestros programas apoyándonos en un carro de combate o un árbol, en un hangar o en el vestíbulo de un cuartel, en un claro de la jungla o en un campo embarrado y lleno de APCs; en toda clase de sitios. El objetivo de todo ello era llevar mujeres americanas al frente, para que los hombres supieran que nos preocupábamos de ellos. Un toque hogareño, una realidad de su situación. Si servía de algo, es una cuestión opinable; depende de la persona con la que hables.

La característica única de nuestro programa es que veíamos más Vietnam que casi ninguna otra persona. Veíamos a más chicos, cómo vivían, lo que hacían en su propio ambiente, y tratábamos en el 95 por ciento del tiempo con personas sanas y en buen estado físico. El otro cinco por ciento era aterrador, porque no estábamos preparadas; no es que las enfermeras y las demás personas de la profesión médica estén preparadas para lo que sucede en una guerra, pero nosotras *no* habíamos realizado un aprendizaje de ninguna especie. A veces, cuando estábamos en el campo, un soldado nos decía: "Oye, a Joe le hirieron ayer. ¿Podrías llevarle este paquete?" Entonces íbamos al hospital y caminábamos por secciones repletas de cuerpos destrozados y mutilados... heridas tan grandes que no podían taparse decentemente, cuerpos desnudos, piernas arrancadas... ¿y dónde podías mirar?, ¿qué podías decir?

Estuve en cuatro unidades. Después de Cam Ranh fui a la II Field Force, en Long Binh. Allí hacíamos exclusivamente recorridos de avanzadas Sólo estuve allí seis o siete semanas, luego estuve en Cu Chi y cinco semanas más tarde terminé mi recorrido en Quang Tri. En Cu Chi casi todo fueron salidas al campo. Intentamos abrir un minicentro, pero no funcionó. Una mujer de la Cruz Roja murió asesinada en Cu Chi la noche de la víspera del día en que yo debía llegar allí. Recibimos una llamada telefónica a las 6.30 de la mañana: "¡No dejéis que Penni coja ese avión!" Sabíamos que había ocurrido algo, pero ignorábamos qué era, y todas teníamos amigos allí. Y hasta el año pasado, me sentí culpable porque, si yo hubiera ido la noche anterior, las cosas habrían sido distintas, y ella no hubiera muerto. Durante todos estos años he cargado con un sentimiento de culpabilidad totalmente irracional.

En Quang Tri, la realidad de la guerra se palpaba en toda su crudeza. Teníamos nuestra oficina en el hospital, y algunos de los médicos y auxiliares nos pedían que fuéramos allá y escribiéramos una carta para alguien... En realidad aquella pobre

PENNI EVANS

IZQUIERDA: *La enfermera de la Cruz Roja Penni Evans hundida hasta las rodillas en Vietnam. Las mujeres que estaban en la zona bélica lo afrontaban con una sonrisa, pero más tarde tropezarían con problemas psicológicos y físicos.*

gente estaba tan fuera de sí por el dolor y la medicación, y se sentían tan destrozados que no querían que fuéramos a visitarles, pero no sabían cómo decir que no. Aquello ocurrió durante la invasión de Laos, y yo perdí a muchos amigos... Ibas a una fiesta con unos amigos, y al día siguiente ya no estaban allí. O bien desarrollábamos un programa para unos muchachos en el campo por la mañana. y por la tarde íbamos a un centro de socorro y les encontrábamos allí. . O íbamos a Alpha 4 y veíamos una casamata volada junto al hangar del *chopper*... Eran los chicos con los que habíamos estado bromeando, y ahora se habían ido.. se habían ido.

Y al parecer, según la ley de Murphy, cuando una chica de la Cruz Roja se ve obligada a pasar una noche al raso por una contingencia imprevista. se le presenta la regla. Eso es lo que me ocurrió en Khe Sanh. Lo tenía más o menos previsto, pero me vino de una forma realmente repentina. Nos quedamos detenidos allí por culpa de la niebla, y no podíamos regresar. Pasamos la noche en una ambulancia, pegados a un búnker. Y oíamos toda clase de ruidos extraños, apagados por la niebla: gente que entraba y salía, el tableteo de las armas ligeras, bengalas que trazaban dibujos mágicos en la niebla. Algo absolutamente surreal. Era como la escena del río en la película *Apocalypse Now*. Pero esa ambulancia era nuestro campamento por una noche. Encontraron un par de sacos de dormir para nosotras, ¡y eso fue todo!

"No teníamos ropas contra los bombardeos, ni cascos, ni refugios... ¡Imagínate si nos sentíamos vulnerables! Y asustadas, y también impotentes."

Lo que pasó el día siguiente es otro capítulo completo. Pat Rowan y yo fuimos con un oficial ayudante que se presentó decidido a "proteger a las chicas de la Cruz Roja" Cómo pensaba protegernos, lo ignoro, pero el maldito machista consideraba que era su deber. Quería llevarnos a Lang Vei, que era un puesto en el que había habido una tremenda matanza durante la ofensiva del Tet y el bombardeo de Khe Sanh. Bueno, fuimos allí en un jeep, sin radio —me parece que llevábamos ropas de combate y cascos—, con aquel tipo y un conductor que llevaba una 45 a la cadera . Por fin encontramos Lang Vei Allí hay una unidad de caballería acorazada, y los chicos parecen deslumbrados: llevan cuatro semanas y media en el campo, y de repente se les aparecen unos ojos redondos en medio de la jungla Mientras tanto, hemos perdido al menos tres viajes de vuelta en los *chopper* y nadie sabe dónde demonios estamos.

Finalmente regresamos, y para entonces me siento horrorosamente incómoda con los pañuelos de papel que empleo como protección, y camino de una forma bastante ridícula. Voy a buscar a un médico, cuando alguien nos dice. "Oigan, tienen que marcharse inmediatamente de aquí " El general se había enterado de que aún seguíamos allí, me refiero a Khe Sanh; ¡en medio de toda la batalla que estaba desarrollándose! Así que el general dijo: "¡Sáquenme a esas muchachas de aquí, inmediatamente!" Nos metieron en un *chopper*. Había tanta niebla que era imposible ver nada. Mirabas por la ventanilla y de repente veías la ladera de una montaña justo delante tuyo Recuerdo que el piloto dijo: "Probaremos, y si no lo conseguimos, volveremos. . si podemos encontrar el camino de vuelta." No sé como, pero lo conseguimos.

Y luego estaba toda la cuestión de tener que llevar esos estúpidos uniformes azules. Cuando estábamos en los cuarteles no quedaban mal, pero eran totalmente inadecuados en el campo, con barro hasta las rodillas, o en los helicópteros. Y a los pilotos de los *chopper* les encantaba poner en marcha los rotores y ver cómo nuestras faldas volaban por encima de nuestras cabezas ¿Y crees que eso era femenino? Eso no es femenino. No teníamos ropa contra los bombardeos, ni cascos, ni refugios a los que ir ¡Imagínate si nos sentíamos vulnerables! Y asustadas, y también impotentes...

Y yo era además condenadamente ingenua. Cuando fui allí había tenido, en total, tres experiencias sexuales. Era casi virgen, aunque no del todo. Fui decidida a proteger la imagen de la Cruz Roja, porque era lo que me habían dicho que se suponía que debía hacer. De modo que no tuve ni una sola relación sexual mientras estuve en Vietnam, aunque estuve realmente enamorada en tres ocasiones. . y al menos en dos de ellas todo el mundo estaba convencido de que vivíamos un romance loco y apasionado.

"Hubo dos períodos en mi vida en que pensé seriamente en el suicidio como una opción viable."

Hubo un incidente —ocurrió la víspera de Año Nuevo, en Quang Tri— que destruyó totalmente muchas de mis ilusiones. Fue un hombre borracho pero muy sincero el que me dijo: "No nos hacéis ningún bien. Todo lo que hacéis es provocarnos: 'Se mira pero no se toca'. Sois una pandilla de calientabraguetas, y no deberíais estar aquí." Entonces empecé a preguntarme: "Dios mío, ¿sirve realmente de algo lo que hacemos? ¿O estamos haciendo daño a estos chicos?" Todavía no estoy segura; realmente no sé qué pensar sobre esa cuestión. Lo que sí sé es que lamento no haber aprovechado algunas de las oportunidades que tuve allí.

Y con todo, ahora, 14 años más tarde, me siento orgullosa de haber sido una Doughnut Dolly en Vietnam. A lo largo de estos años he pasado por momentos difíciles. No me daba cuenta del impacto que había tenido Vietnam sobre mí, sobre mis percepciones, pero reconocía un lazo común que no podía tocar ni comprender. Renegaba de uno de los acontecimientos más importantes de mi vida. No sentía ninguna emoción, me molestaban enormemente la autoridad y la rutina. y me parecía que no encajaba bien en la sociedad. He pasado por más de media docena de puestos de trabajo desde que regresé, sin llegar a los dos años en el que más tiempo estuve, y por largos períodos de desempleo. Ninguno de los trabajos me resultaba satisfactorio por mucho tiempo, aunque algunos de ellos eran divertidos, pero cada vez que me planteaba algún objetivo concreto, venía una desilusión. Finalmente, dejé de plantearme objetivos.

Tuve depresiones graves, pesadillas que se repetían, reacciones abruptas y miedo a las cosas que me recordaban Vietnam. Hubo dos períodos en mi vida en que pensé seriamente en el suicidio como una opción viable. Pienso que después de haber llegado a ese extremo tengo mucho de superviviente; hasta los pensamientos me asustaban. Seguí tres sesiones distintas de terapia que duraron entre tres y cinco meses cada una, y nunca llegué a entender realmente mis problemas ni mi dolor. No discutíamos mucho de Vietnam —yo no creía que tuviera importancia—, y me tomaba a mí misma por loca, por seguir llevando el Vietnam conmigo después de tantos años. Los hombres con los que me relacionaba eran siempre la misma clase de personas. gente incapaz de asumir un compromiso, útiles desde un determinado punto de vista; "seguros" porque con ellos no había intimidad ni, por consiguiente, vulnerabilidad. Algunas veces creí estar enamorada, pero no era la persona, sino la idea del amor. Muchas veces me pregunté: "¿Qué es lo que me sucede? ¿Por qué soy incapaz de amar?", o bien "¿Por qué elijo candidatos imposibles?", etcétera, etcétera. Aquel lazo común seguía siendo intangible, pero era muy fuerte

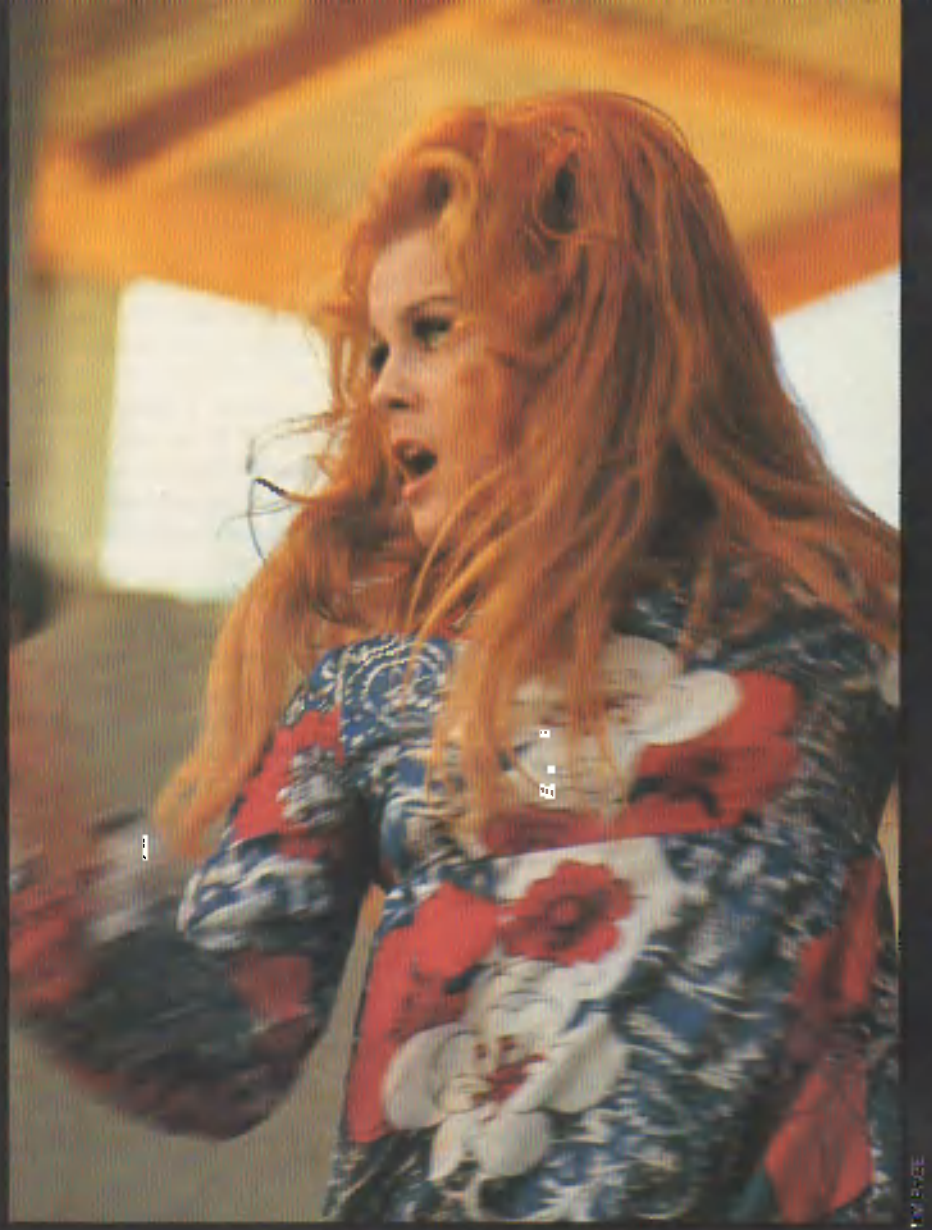
"Al reencontrar a mujeres que no había visto desde Vietnam, entré en contacto con una hermandad de amigas desinteresadas..."

En esos años ha habido mucho tiempo perdido, soledad, frustración, problemas médicos relacionados con el stress y sin que comprendiera el porqué ni el cómo. deseos de éxito, de amor y de reconocimiento, pero siempre huyendo y levantando barreras: mis propios campos de minas emocionales de Claymore.

Hasta la reunión de la SRAO de septiembre de 1983 no me di cuenta de que no estaba sola, de que no estaba loca, de que no era la única en tener pesadillas. Aquel fin de semana fue un punto de inflexión en mi vida. Encontré el lazo común que había buscado en todos aquellos años sin poder definirlo. Al reencontrar a mujeres que no había visto desde Vietnam, entré en contacto con una hermandad de amigas desinteresadas, tanto las viejas como las nuevas. Fue algo muy acogedor y emotivo. Había amor, solicitud, y lo que es más importante, aceptación: palabras que definen sentimientos en los que yo había pensado sin expresarlos, un vínculo formado por la sensación común de singularidad y de orgullo por lo que fuimos y por lo que hicimos. Es muy difícil describir los sentimientos que suscitó aquella reunión· alegría, amor, solidaridad... Fue un contacto espiritual y un descubrimiento: el que yo hice de mí misma

ABAJO: *Para los soldados inmersos en la sangre y el horror, las Donut Dollies eran el recuerdo de un ideal femenino, y despertaban una cálida admiración.*

ARRIBA: *El superespectáculo de Bob Hope visitaba Vietnam todas las Navidades, dando a los soldados una breve oportunidad de conectar con "el Mundo". Aquí aparece Bob junto a Miss Australia y un sonriente infante.* DERECHA: *La exuberante Ann Margret contorneando sus curvas.*



Capítulo 2

ARTISTAS

BOBBI JO PETTIT

CANTANTE Y GUITARRISTA
DE LAS PRETTY KITTENS
MAYO 1967 - SEPTIEMBRE 1967
CANTANTE Y GUITARRISTA
EN LA ALLAN DALE CO
DICIEMBRE 1970 - JUNIO 1971.

Bobbie vive en la actualidad en el nordeste del Pacífico, acude a la facultad y prepara su licenciatura en psicología-sociología. Canta y toca la guitarra y el bajo en "reuniones musicales casuales, lo que significa de vez en cuando en fiestas". Se casó en el verano de 1984, "por primera vez a la edad de 37 años". Esta entrevista se realizó en Topanga Canyon, California, en el verano de 1983.

Llegué a Vietnam formando parte de una banda de música compuesta exclusivamente por mujeres, las Pretty Kittens. Nos juntamos un grupo de chicas de 17 o 18 años, en Los Angeles —eso ocurría en 1966—, y en la primavera de 1967 teníamos un manager que nos convenció de lo sensacional que resultaría enviar a cuatro chicas americanas con minifaldas y botas blancas a entretener al medio millón de soldados de infantería que estaban en Vietnam Bueno, era un hombre de negocios, y lo montó todo a su estilo. Reservó nuestros billetes hasta allá sin preocuparse demasiado de lo que pasaría luego; sólo sabíamos que un agente se encargaría de concretar las etapas de nuestra gira.

Nuestra primera representación tuvo lugar en el club de oficiales norteamericanos de Saigón Debíamos dar de una a tres funciones diarias, todas en distintos lugares; una función distinta en una zona distinta del país cada día Pasábamos el tiempo viajando. normalmente en camión (casi siempre militar), y alrededor de la tercera parte del tiempo en helicóptero, si las distancias eran muy largas. Y en eso consistía todo, sencillamente en dar una función tras otra. Era ideal porque teníamos la misma edad que la mayor parte de los soldados, y cantábamos canciones americanas muy "de casa", que ellos conocían bien: *Proud Mary*, ya sabes, y todo ese material americano cien por cien. La aparición de mujeres de ojos redondos era todo un acontecimiento allí, y el hablar el inglés americano en lugar del inglés de tipo australiano nos hacía todavía más valiosas La jira duró cinco meses, y cambió de arriba abajo toda mi vida. Me explico: no tenía ni idea de lo que ocurría en Vietnam cuando fui allí; no sé muy bien por qué consentí en ir allá, pero ciertamente estoy muy contenta de haberlo hecho Ninguna de las otras chicas quería volver Fue una jira realmente muy dura, por supuesto. pero también toda una aventura. Y eso era lo importante

Desde entonces, quería volver. Fui a diferentes agencias, intentando formar un nuevo grupo de mujeres No había muchas mujeres músicas, y era difícil conseguir juntarlas. Tardé cinco años en encontrar la gente adecuada, que realmente quisiera ir, y el nuevo grupo estuvo formado por dos hombres y dos mujeres. Fue la misma clase de contrato, dos o tres funciones diarias. Volábamos en un C-130 a Da Nang, dábamos una función, bajábamos luego en un *chopper* a la Montaña de Mármol o algún otro lugar por el estilo para la función de tarde, y volvíamos a Da Nang para la de noche, y así un día tras otro. Llevaba una maleta con todo lo necesario. Una sola maleta; era todo el equipaje que podías llevar para cinco meses. Y como teníamos que llevarlo todo nosotras, abarroté de cosas los estuches de las guitarras, y nos las arreglamos con la mínima cantidad de equipo posible. Podíamos actuar en la parte trasera de un hangar, bueno, en cualquier parte. El equipo de sonido era muy malo para lo que se estila hoy en día, algo así como emplear bafles de cartón. Nos plantábamos en medio de ninguna parte, con los *choppers* volando a nuestro alrededor, pero todo era perfecto; a ellos no parecía importarles.

Recuerdo una función durante la primera jira en la que me di realmente cuenta de dónde estaba. Mientras cantábamos, vi estelas luminosas azules de proyectiles que venían hacia nosotros, y estelas rojas que partían de donde estábamos: eso pasaba mientras estaba cantando *Proud Mary*. Estuve un rato mirando ese intercambio de fogonazos que entraban y salían del perímetro de la base, y dije: "Bueno, esperen un minuto, ¿qué es eso?" Mi cerebro no asimilaba... Empezaba justamente a entender todo lo que estaba viendo, un espectáculo habitual para todos aquellos soldados de infantería que estaban pasando un buen rato con la función mientras todos los demás permanecían en sus puestos, cumpliendo con su trabajo. Cuando me di cuenta de lo que significaban todas aquellas cosas, es decir, de la importancia de lo que estaba ocurriendo, comprendí que estaba en juego mi propia vida... casi tanto como la de los propios soldados. Ellos realmente arriesgaban sus vidas, pero nosotras hacíamos las cosas sin darnos del todo cuenta de su significado... Era emocionante no saber a ciencia cierta si llegarías a la siguiente cita, o. . pasaría cualquier otra cosa. Resultaba increíble esa sensación intensa de estar viviendo el momento puro.

"Siempre se comportaron con la mayor corrección. Era increíble; eran tan respetuosos... Resultaba simplemente maravilloso."

Pero la mayor parte del tiempo era fantástico. Nos trataron a todas realmente bien, y los soldados eran increíbles. El tema sobre el que aprendí más cosas y más deprisa fue el sexo. Ya sabes, recuerdo que no había pensado mucho sobre eso antes de ir allá. Y en Vietnam el tema, por supuesto, estaba siempre presente de una u otra manera Era lo que más echaban de menos, y había un montón de americanos allí. Así que tuve que empezar a entender un montón de cosas muy deprisa —debía hacerlo simplemente por una mera cuestión de supervivencia—, pero ellos nunca, por más que para muchos era prácticamente una necesidad urgente. . quiero decir que nunca me sentí amenazada por nadie, allí. Siempre se comportaron con la mayor corrección. Era increíble; eran tan respetuosos . Resultaba simplemente maravilloso. Desde entonces he estudiado con mucha amplitud en psicología, y en ocasiones incluso en mi propia vida. la proyección de nuestra personalidad en otras personas, ya sabes, la estrella de cine para los adolescentes o algo por el estilo. Si uno tiene una mujer en casa que recordar, uno piensa en ella, y eso es ya alguna cosa. Comprendí que ellos querían pensar en cosas, nos preguntaban cómo éramos desde el punto de vista sexual y querían que se lo explicáramos de forma muy gráfica... pero a mí no me molestaba contestar esas preguntas porque les daba algo que necesitaban; si podían utilizarlo des-

pués, cerebralmente, y llevarlo consigo de alguna forma, para mí estaba bien.

Nuestro agente era quien decidía casi siempre nuestra forma de viajar fuera de Saigón: él vivía en una mansión en Saigón. Y se enfadaba con los militares porque nos hacían quedar en las bases a pasar la noche. Chico, recuerdo aquella carretera de vuelta de Bien Hoa a Saigón. Una noche regresábamos en un camión, y un *chopper* americano se acercó a mirarnos: se suponía que no podíamos ser americanos a aquellas horas de la noche, de modo que nos enfocó con un reflector enorme, y los chicos del camión me decían: "¡Bobbi. asómate! ¡Asómate!", porque con mi pelo rubio claro se darían en seguida cuenta de quiénes éramos. "¡Asómate y deja que te vean!"

Debo admitir que tuve mucho más trato social con los oficiales que con los soldados, pero se debía a razones prácticas. Los oficiales podían proporcionarnos un jeep y llevarnos a cenar. Podían pagar un hotel y conseguir los permisos necesarios para pernoctar fuera de la base. Eso era una realidad. y no se podía llevar a una mujer a un barracón; me refiero a que hubiera sido imposible. Así que las cosas fueron como fueron

"En la segunda jira, parecía que ya nadie quería estar allí. Era una auténtica estampida."

Hubo un montón de diferencias entre las dos jiras, de 1967 a 1971. La primera vez que fuimos no dependíamos del Departamento de Defensa. Éramos civiles, y todo tenía un aire improvisado y romántico. Un oficial podía coger su *chopper* —diciendo sencillamente que se iba— y llevarte con él a alguna parte. Todo resultaba más flexible, más abierto. Y también podíamos hacer muchas más cosas. Podíamos hablar con la gente y decirles: "Necesitamos tal cosa y tal otra. ¿Podéis conseguírnoslas?", y en general sí que podían; o podíamos ir caminando hasta una pista de helicópteros con nuestras minifaldas y dar una representación por el camino Y también había mucha más energía. Todo el mundo creía aún en aquello; todavía estaba vivo el espíritu de "Hagamos bien el trabajo". En la segunda jira, parecía que nadie quería ya estar allí. Nadie pensaba que estábamos haciendo algo positivo, ¿entiendes? Era una auténtica estampida.

Uno de mis recuerdos más increíbles: estábamos en algún lugar junto a Bien Hoa, más allá de Bien Hoa, y ellos tenían piezas de 100 mm, las grandes, y nos disparaban todas las noches. Ellos lo sabían, estoy segura de que todo el mundo allí lo sabía, pero nosotras no. no sabíamos nada. Estábamos dando una función para los oficiales; serían tan sólo una treintena, y parecían bastante aburridos. Cuanto más cerca estábamos de las grandes ciudades, menos entusiastas eran los auditorios. De manera que estaban viendo la función, y de repente dispara uno de esos enormes cañones. No debió caer muy lejos, y todo el edificio... ¡BOOM!... ¡todo el edificio temblaba! Y la chica que tocaba el contrabajo cae de rodillas, ¡aterrorizada! Se agarra a mi pierna izquierda, en mitad de la función, y así se queda, delante de todo el mundo· ¡convencida de que todos vamor a morir de un momento a otro! Y los oficiales se reían a carcajadas; pasaron un rato estupendo a costa nuestra.

En otra ocasión, me acuerdo de que estábamos sentadas en un aeropuerto y apareció un infante. Llevaba un sombrero con

ARRIBA: *La cantante Bobbi Jo Pettit (en el centro) y las Pretty Kittens dispuestas a actuar en Vietnam. Tanto si se trataba de cantar el rock al estilo USA, como de seguir el ritmo con los cohetes del Vietcong, estas chicas eran las mejores*

un montón de rayas. Yo no sabía entonces lo que eso significaba. Lo que me atrajo de él es que resultaba muy singular; tenía un aire muy marcado de independencia, y llevaba un *over-and-under*, un M16 con un lanzagranadas. Bueno, hacía que John Wayne pareciera... John Waine no parecía duro comparado con aquel tipo Charlé un rato con él, y me dijo que llevaba tres años allí, y no quería volver a su casa. Habían matado a su hermano allí. Me explicó que las rayas eran los hombres a los que había matado. Y de alguna manera era una persona. . educada, amable Me recitó poesía allí mismo, en el aeropuerto. Era increíble. Recibí una carta suya cuando los dos habíamos ya regresado —es el único contacto que tuve con él—, y era una carta poética sobre espadas hundidas en las rejas de los arados, esa clase de cosas. Pero las percepciones de la gente estaban entonces en un nivel parecido al de aquel hombre. Yo crecí en América, en Los Angeles. Ya sabes, minifaldas y descapotables que pasan por delante de las tiendas de helados... esa era la mentalidad de todos los que fuimos allí.. Y así pasó lo que

pasó... bueno, como en la película *El cazador*, que yo creo que es la historia de mucha gente.

Lo primero que hice al volver fue tomarme cinco cucuruchos de helado hechos con auténtico helado, no con imitaciones: eso era lo más importante para mí. Y después, cuando estaba en un lugar, me preguntaba cómo era posible que la gente siguiera siendo igual a como la había conocido yo antes; "¿Por qué no hacen algo más? ¿Por qué no hay más gente que vaya allí?" Descubrí que muchas personas no querían saber nada sobre Vietnam, ni tenían una idea formada sobre aquello. Cuando me di cuenta de que no iba a tener mucha audiencia entre ellos. es cuando decidí volver allá, de inmediato.

"Estás en la playa en medio de la guerra, y tan sólo tienes una hora de tiempo, y ¡bang!, todo el mundo desfila ante tus ojos."

Habría muchas más cosas de las que hablar. La primera vez que fuimos todo era mucho más abierto y por tanto mucho más divertido, si quieres. Nuestro agente era un sinvergüenza; nos dijo que nos pagaría al final de la jira. Cada una de nosotras debía recibir 1000 dólares por mes —más las dietas—, pero al final no nos pagó. Teníamos el billete de vuelta que nos había comprado nuestro manager en Estados Unidos. Tuvimos un pequeño choque, tipo pistolero, al estilo "Os vais con ese billete o no os vais de ninguna manera". Y nosotras: "Muchas gracias, lo hemos pasado muy bien. Esperamos volver a verle," ya sabes, y nos fuimos... Puedes pensar que nos estafaron, pero depende de cómo lo mires. Yo lo creía así, pero luego lo he pensado mejor y me he dicho: "No, no me han estafado." No. si se tiene en cuenta lo que salí ganando en la experiencia. . Fue algo... quiero decir, allí estaba mucho más viva; era muy duro, pero yo estaba enormemente viva.

En la segunda banda con la que fui allá, todos pensábamos más o menos de la misma manera. Y se nos ocurrían cosas que hacer, sabes, improvisábamos cuando estábamos delante de un auditorio informal o cuando teníamos que esperar sentados en un aeropuerto durante dos o tres días. Renegábamos y gruñíamos, pero sabíamos hacer cosas que mantenían vivo nuestro interés, y cada uno de nosotros podía trabajar al margen del resto del grupo. Teníamos una relación realmente buena, los cuatro, y lo pasamos muy bien.

Cuando regresé a casa por segunda vez, mis sentimientos eran muy distintos. La guerra estaba más o menos acabada En Estados Unidos, el clima que se respiraba era la terrible experiencia que representaba el ir allá; los oficiales destrozados. y todas esas historias. Volver no significaba ya ningún aliciente Yo me limité a reconocer ese hecho. No pensé que si antes había ido es porque representaba algo para mí. Haber podido tener esa clase de experiencia a la edad en que yo la tuve fue para mí algo de un increíble valor. y nunca podré vivir de nuevo algo semejante. Incluso si fuera a Afganistán, o a cualquier otro lugar en el que exista un compromiso americano, no será ya lo mismo. Aquello dio una perspectiva a toda mi vida... Sabes, cantaba para los chicos que protagonizaban las películas. Y yo era una más entre ellos, ¿sabes? Estás en la playa en medio de la guerra, y tan sólo tienes una hora, y ¡bang! todo el mundo desfila ante tus ojos.

MAUREEN NERLI

USO.
TAN SON NHUT
JUNIO 1969 - DICIEMBRE 1970

Mauren estuvo en Vietnam como directora adjunta del Club USO de Tan Son Nhut. Estuvo en Thailandia durante 18 meses, en 1971 y 1972, como directora adjunta del Club USO de la base aérea de Utapao. Luego, en 1972, fue a Corea con los Servicios Especiales del Ejército para otra jira de 18 meses· en conjunto, una larga estancia de cinco años en el Lejano Oriente que resulta todavía más impresionante si se tiene en cuenta lo modesto de su petición al director de los shows de USO en 1968· "¿Podría ir allí y ayudar de alguna manera, ya sabes, visitar el frente y cantar una canción o hacer algo por el estilo?"

Mauren reside actualmente en el área de la bahía de San Francisco. Trabaja como productora independiente de TV y de cine, y está escribiendo un libro sobre su vida en Vietnam con la USO.

Cuando se me ocurrió por primera vez ir a Vietnam, era directora musical de la emisora de radio KFRC de San Francisco. También trabajé como azafata voluntaria en las dependencias del aeropuerto USO, y allí traté con veteranos que iban o que regresaban de Vietnam. Siempre deseé tomar parte en la guerra. Quería ayudar. Me interesaba simplemente poder demostrar, a los hombres a los que veía entrando y saliendo diariamente de la USO, que alguien se preocupaba realmente por ellos.

"Te van a matar, te garantizo que no llegarás a estar un día entero en el país."

En esa época conocí al director de los shows de USO, Jimmy Sheldon, y le pedí: "Jimmy, ¿podría ir allí y ayudar de alguna manera, ya sabes, visitar el frente y cantar una canción o hacer algo por el estilo?" Y él me contestó "No, no puede hacerse gran cosa en esta fase de la guerra. Me gustaría mandarte allá. pero realmente no puedo hacerlo." Me quedé muy desilusionada, pero trabajaba con una compañera que llevaba las relaciones públicas en las dependencias de USO, y ella me dijo: "Escribe a las oficinas centrales, y yo les llamaré por teléfono y les diré un par de palabritas en favor tuyo." De modo que lo hice así, y me dijeron· "Espléndido, le mandamos por correo un billete de avión y véngase a la costa Este para una entrevista." Volé allá, y me entrevistaron. El hombre con el que hablé me dijo: "Bien, sí, pero por supuesto usted sabe que el único puesto vacante es Vietnam." Y yo contesté: "¿Ah, sí? ¡Magnífico!" El me dijo: "¿Cuándo?" Y yo: "¿Cuándo?" "¿Cuándo qué?" "¿Cuándo quiere usted ir a Vietnam?" Entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo. Quedé como paralizada y le dije: "¡Oh, Dios mío! ¿Puedo pensármelo un poco?" Y pensé para mí misma: "No, es mejor que hagas ahora todas las cosas

que siempre has querido hacer, porque si cruzas el océano tal vez nunca puedas volver a casa." Así que canté con una banda local, hice de modelo fotográfica y me dediqué a toda clase de cosas

Finalmente llegó el día, y llamé al cuartel general, como solían llamarlo. Me presenté yo misma en la USO. hice mis maletas y, antes de darme cuenta, estaba en Camp Lejeune, Carolina del Norte, siguiendo un aprendizaje en el club USO de Jacksonville Los marines de la base venían al club y yo les preparaba batidos y *sundaes*, y me enamoraba de cada uno de ellos. Ya sabes, con esos enormes ojos y las cabezas rapadas y los gruesos uniformes de faena verdes, estaban preciosos Llevaba allí unas dos semanas, cuando el director del club me dijo: "Mo, ¿estás lista? Ya ha llegado el momento de partir." Antes me habían acribillado a inyecciones: cólera, plagas, ¡válgame Dios! Estaba hecha un alfiletero con tantos pinchazos. Volví a casa, y allí la primera cosa que hice fue intentar aclarar lo que realmente deseaba. Ahora para mí esa era una cuestión realmente trascendental. Me quedaba mirando por la ventana, y me decía: "Esas colinas de mi maravilloso lugar natal, ¿conseguiré verlas otra vez?" Y luego, de repente me encontré allí; ¡estaba en Vietnam! Llegamos a la base aérea de Tan Son Nhut el 9 de junio de 1969. Era un día caluroso y pesado, que nunca olvidaré. Creí que mi cuerpo iba a explotar. A mi alrededor todo el mundo gritaba Entonces me di cuenta de que estaban hablando en su propia lengua. ¿Eso era el vietnamita? Me sentía como una oveja totalmente perdida. Finalmente se me acercó un americano, un individuo bastante alto y rechoncho, y me dijo: "Hola, yo soy Dick, de la USO. ¿Has tenido un buen vuelo?" Le dije que en realidad me sentía bastante cansada porque en el avión se había sentado a mi lado un hombre que volvía de un permiso, y no paraba de decirme: "Bueno, muchacha, nunca lo conseguirás. Te digo que ese aeródromo está lleno de vietcong, y cuando el avión aterrice te van a matar, te garantizo que no llegarás a pasar un día entero en el país." Y aquí estaba, después de bajar del avión, recordando sus palabras y oyendo gritar a toda aquella gente.

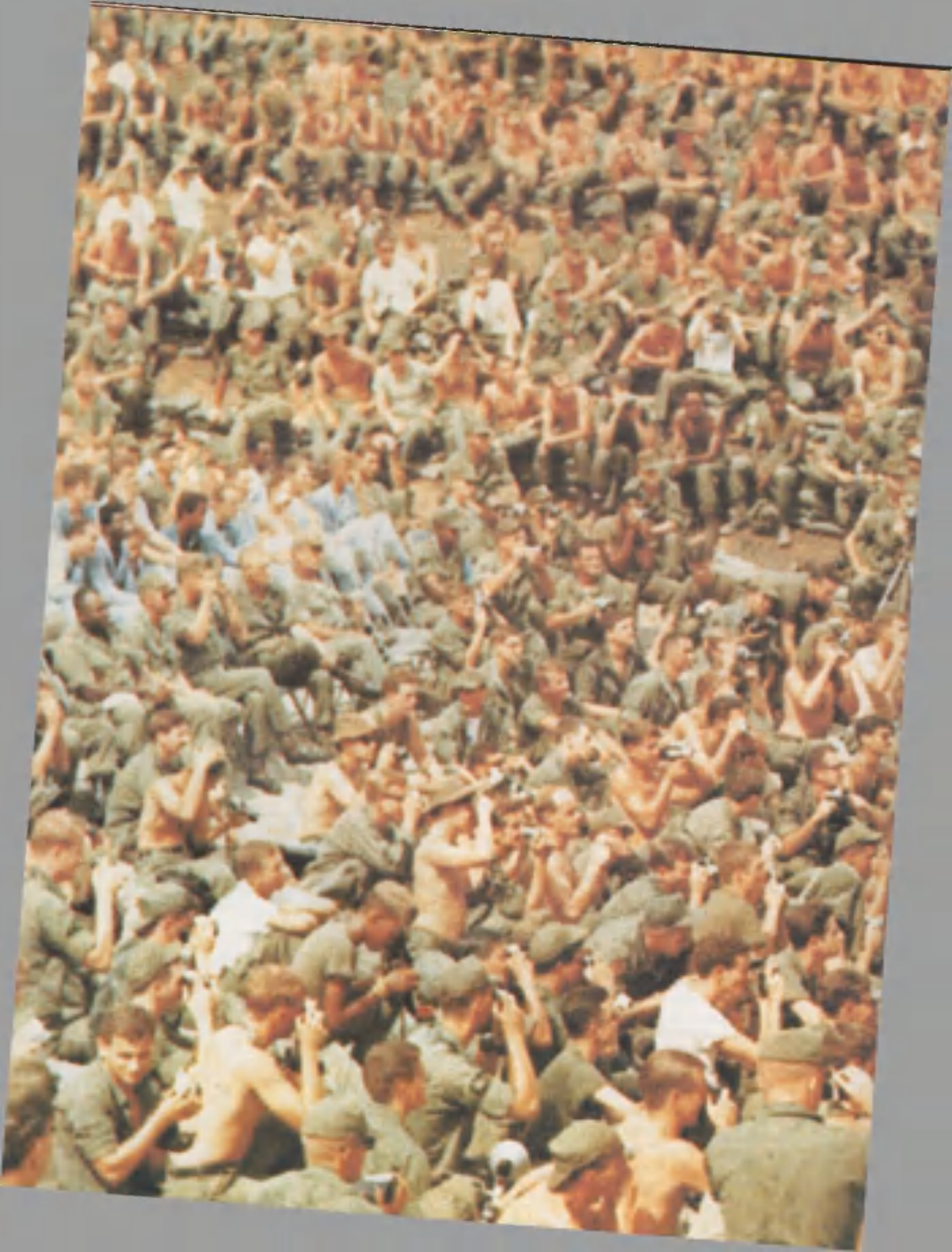
"Pensé: '¿Dónde me estoy metiendo?' Es algo básico, Señor, ¡es humanidad básica!"

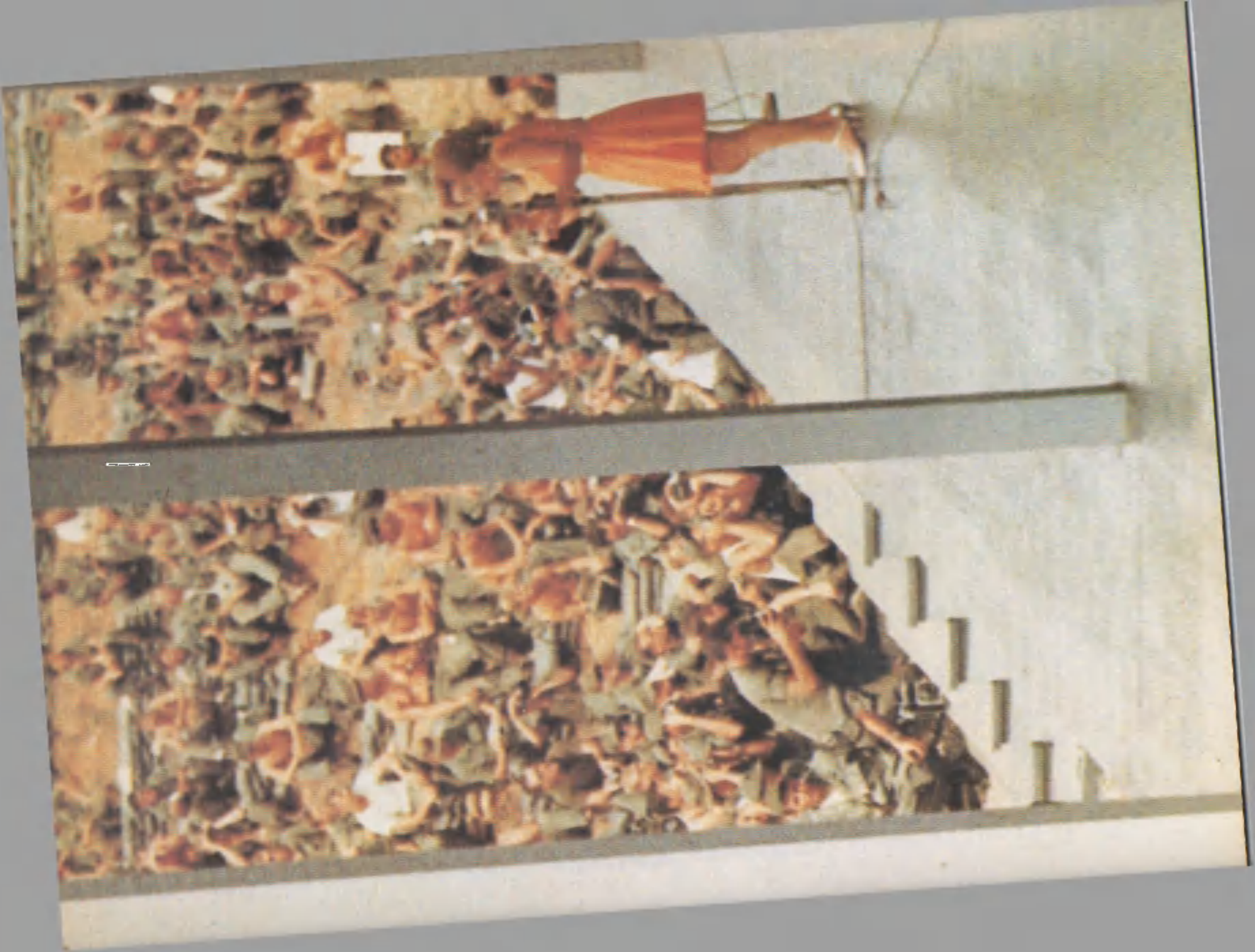
El primer día me sentía trastornada y muy cansada, la diferencia horaria y todo eso. La USO tenía una suite en un ático de Nguyen Hue, y todos los recién llegados al país vivían allí durante uno o dos días, hasta que los destinaban a un club. Era asombroso: nadie me había dicho nada de disparos de armas de fuego por las noches, de toques de queda... Así era Saigón. A la mañana siguiente me desperté muy descansada y decidí dar una vuelta Almorcé en un restaurante vasco en Nguyen Hue, paseé por la calle Tu Do, y tropecé en una esquina con un hombre que orinaba sobre el lado izquierdo de un jeep del Ejército. Y pensé: "¿Dónde me estoy metiendo?" Es algo básico, Señor, ¡es humanidad básica!

La USO cuenta con 25 clubs en Vietnam. Me destinaron como directora adjunta al USO de Tan Son Nhut, cerca de la base aérea Se trataba de un club grande, un edificio de cuatro plantas. Contábamos con piscina y mesas de ping-pong, teléfonos interoceánicos, una barbería y una tienda de objetos de regalo. Servíamos entre 500 y 800 batidos, perritos y hamburguesas al día Teníamos 50 vietnamitas en plantilla, tres soldados de infantería asignados, un chino ayudante de programación, un director y tres directores adjuntos. Venían soldados de todo Vietnam: Tan Son Nhut, Long Binh, Da Nang, de todas partes. Si un infante necesitaba dinero o un anticipo sobre su paga, llamábamos a las chicas de la oficina de la Cruz Roja americana del 3.er Hospital de Campaña. Sólo tengo alabanzas para el trabajo que hicieron aquellas chicas.

Los vietnamitas de nuestro club eran personas muy trabajadoras. Llegaban al trabajo muy temprano por la mañana, preparaban los rollos y limpiaban el club. Siempre estaban sonriendo y silbando. Les queríamos mucho a todos ellos. Trabajaban muy duro para nosotros. Cuando me marché de allí, me sentía enferma de preocupación por ellos ¿Qué iba a sucederles? Tenían niños. Tenían que comprar comida y pagar facturas. Eran como nosotros; simplemente, aquel era su país, y poco a

ABAJO: *Una go-go bailando a bordo del USS* Franklin D. Roosevelt PÁGS. SIGUIENTES: *En Vietnam los auditorios eran invariablemente entusiastas. Fíjense en el número de cámaras fotográficas.*





poco se desmoronaba. Hasta el día de hoy, he seguido pensando en ellos y echándoles de menos.

Realmente queríamos mucho a aquellos vietnamitas. Había dos chicas que trabajaban en la oficina. Una era Miss Fu; la otra, la señora Qui. Ahora bien, Miss Fu era como una americana típica: llevaba minifaldas y hablaba igual que nosotros. En cambio, la señora Qui era una damita muy delicada, que hablaba en voz muy suave, y siempre iba vestida con el *ao dai*, el vestido tradicional.

Teníamos algunos días especiales. Solíamos programar fiestas e intentábamos que cada una de ellas estuviera dedicada a un grupo en particular —el Día Mexicano, el Día Irlandés, el Día Sureño— y trabajábamos durante meses para planificar la comida y el espectáculo, poniendo en juego a nuestros relaciones públicas.

Día tras día, nos pedían que fuéramos a una base o a un campamento, en el frente. Cuando lo hacíamos, charlábamos con los muchachos y cantábamos con ellos, a veces dábamos una representación o algo parecido, y les servíamos comidas. Normalmente íbamos en un *chopper*, pero a veces también nos desplazábamos en un jeep. Una vez volamos hasta un minúsculo lugar llamado Song Mao. El capitán se las arregló para que voláramos con una tripulación australiana en uno de esos extraños aviones —creo que les llamaban Caribou— que despegan y aterrizan verticalmente. Cuando fuimos allí, les llevé una banda de rock, con una batería, un guitarrista y un vocalista, y todo el equipo. Nos pidieron que volviéramos a hacerlo de vez en cuando.

Durante las Navidades trabajábamos una semana seguida —de verdad lo hacíamos, sin descansar casi— llevando regalos a todos los chicos del frente, visitando los hospitales y llevando regalos a los hombres de cada sección, y hablando con ellos. Me acuerdo de la visita que hicimos a las instalaciones hospitalarias de la base de Tan Son Nhut. Alguna compañía estatal nos dio dinero para establecer líneas telefónicas directas con Estados Unidos, de modo que íbamos de sección en sección y preguntábamos si a algún soldado le gustaría telefonear a su casa. Era enormemente emotivo ver a aquellos chicos llamar a sus casas. Quiero decir que el diálogo solía ser algo como "Mamá, es. . Mamá, ¡soy yo, mamá!" La otra chica y yo estábamos allí delante y sentíamos corrernos las lágrimas por la cara

Hay un día que no olvidaré mientras viva: estaba en la oficina redactando el informe mensual, y me di cuenta de que había dos soldados de infantería esperando en el pasillo. Les pedí que entraran. Y aquel chico, ¡Dios mío!, era tan guapo y estaba tan avergonzado, se notaba que le avergonzaba lo que había ocurrido. Tuve la sensación de saber ya qué es lo que había pasado. El otro tipo le apremiaba, diciéndole: "Vamos, hombre, díselo. ¡Entra ahí!" De modo que entró, se plantó frente a mi mesa y me dijo: "Señora." Y yo le contesté: "Hola, ¿puedo ayudarte en algo?" El dice: "Bueno, señora...", y su compinche abre la puerta: "¡Por el amor de Dios! ¿Vas a decírselo de una vez?"

¡Era algo de locos! Por fin se sentó y acabó por decir: "Bueno, señora, ¿sabe usted? Yo estaba allá abajo, en la avenida. ." Y le dije: "No me digas que fuiste a la casita de la señora Nosé-qué " Y él me contestó: "¿Cómo lo sabe? Sí, allí fui." Y le dije: "Y te robaron, ¿no es eso?" Empezó a relajarse un poco, y confesó: "Sí, se llevó 300 dólares míos mientras estaba dormido " Bien, se suponía que en un caso así debíamos llamar a la PM y redactar un informe. Situaciones así se daban prácticamente todos los días, pero eran tabú, ya sabes. Él me dijo: "Oh no, por favor, señora, no lo haga por favor " Y yo le contesté: "Me pones en un aprieto Tengo que hacerlo porque se trata de un PSA (Procedimiento Standard de Actuación)." Así que llamé a la PM y fui a hablar con ellos fuera del edificio. Les dije: "Vamos, no se ensañen con el chico." Ellos dijeron: "Pero..." Y yo: "Denle sólo una nueva oportunidad. No le metan en la carcel por una cosa así, por el amor de Dios. El pobre chico ha estado tres meses seguidos en el frente. Éste es su primer permiso, tenía 300 pavos en el bolsillo y se los ha robado la putilla de la parte baja de la avenida." Así que me dijeron: "OK, pase por esta vez." Entonces llamé a mis amigas de la Cruz Roja del 3.er Hospital de Campaña, y ellas arreglaron las cosas para que le dieran un préstamo de 300 dólares, y pudiera disfrutar de su permiso. Nunca he vuelto a verle, pero todavía me acuerdo de cuando entró en la oficina y vi el pelo rubio de su cabeza, el uniforme verde y aquel olor a tierra vietnamita...

Cuando marché a Vietnam yo era una persona extremadamente tímida y callada. Me sonrojaba si se me caía el sombrero. Después de pasar 18 meses allí, había cambiado totalmente. Por primera vez en mi vida, cuando me enfadaba decía "maldita sea" y "al infierno". De alguna manera te relajas, y te das cuenta de que esas cosas no tienen importancia. Yo nací y me eduqué en el área de la Bahía de San Francisco, y toda la vida fui a escuelas católicas, si exceptuamos Stanford, adonde fui a seguir un curso de radio y TV para graduados. Después de una serie de años de trabajo en ese sector, podría pensarse que me había soltado un poco, pero no, tuvo que ser Vietnam. Mis 18 meses pasaron extraordinariamente deprisa, y cuando marché de allí, pensé que estaba separándome de mi mejor amigo.

"Los muchachos que venían del frente llevaban consigo ese olor húmedo de Vietnam... Incluso hoy me parece seguir oliéndolo."

Cuando volví a casa, tenía más miedo aquí del que había pasado allá. Personas a las que consideraba mis amigos más íntimos me decían: "Pero, chiquilla, ¿qué demonios estabas haciendo tú allí?" Yo me había separado de toda esa gente porque me parecía que debía servir a mi país. Fue muy doloroso, y nunca he podido superarlo, nunca. Y comprendo cómo se sentían nuestros soldados cuando regresaban a sus hogares, porque a ellos les trataron de la misma forma. Pienso que tal vez sea esa una de las razones por la que, después de estar en casa un par de meses, acepté una propuesta de la USO de ir a un club en Thailandia.

En esta ocasión trataba con las Fuerzas Aéreas. Otra vez se trataba de un club USO grande Pasábamos los días muy atareados En el club había un director, tres directores adjuntos y unos 70 civiles thais de plantilla.

Utapao era sobre todo una base de B-52, y funcionaba las 24 horas del día Era una base muy grande. No sé cuántos hombres había allí, pero en todo caso eran muchos. A unos ocho kilómetros de distancia estaba la base del Ejército americano de Samae San, y en dirección norte se encontraba otro pequeño campamento. Había más campamentos de las Fuerzas Aéreas esparcidos por los alrededores. Los bombarderos... despegaban de tres en tres. Todo el lugar trepidaba; si dormías, te despertaban Llegué al extremo de que simplemente oírlos me asus-

ARRIBA: *Bobbie Oberhansly, la chica del tiempo de la Cruz Roja en la TV de las Fuerzas Armadas, ayuda a unos soldados a desatar sus "bolsas sorpresa" de la Cruz Roja. Visitas como éstas ayudaban a mantener alta la moral.*

taba, no tanto por lo ruidosos que eran, sino ante la idea de lo que sucedía cuando soltaban sus bombas. Eso ponía en marcha algún mecanismo en mi interior; pensaba en toda la pobre gente a la que alcanzarían y destrozarían las bombas. pensaba en las muchas, muchísimas vidas segadas por ese procedimiento. Llegó un momento en que cualquier avión que despegaba me hacía estremecer. Era como si el miedo se hubiera deslizado en mi interior. No podía descansar.

Pasé más inquietud allí que en todos los 18 meses de Vietnam. No sentía que estuviera cumpliendo realmente una función, como había hecho en Vietnam. Era una experiencia, pero no era lo mismo. Los soldados que venían del frente llevaban consigo el olor húmedo del Vietnam; incluso hoy puedo seguir oliéndolo Cada infante se traía un determinado aroma cuando venía del campo Era como un olor a tierra; olor a guerra, olor a pintura, olor a verde: había todas esas cosas en el olor... y algo más. Utapao era diferente. Quiero decir que aquellos hombres no vivían en realidad ninguna guerra... Todo lo que hacían es tener los B-52 a punto para despegar. No era un trabajo tan duro para ellos. En Vietnam, cuando venían los infantes del frente, tal vez habían pasado allá dos o tres meses, y habían visto morir a su mejor amigo. Eran totalmente.. estaban... Ah, caramba, es difícil de explicar. Sé lo que es porque lo he visto, pero no puedo hablar por ellos. En cambio, para la gente que estaba en Utapao, todo se reducía a levantarse a las ocho de la mañana, empezar a trabajar a las nueve en punto, cumplir el año correspondiente y volver a casa. No experimentaban la emotividad de todo aquello. . de estar en el frente, oír el fuego de la artillería, sentirlo. oír los gritos, ver a los amigos heridos. Era distinto.

Cuando estás allá arriba y vuelas a no sé cuántos miles de metros, y todo lo que has de hacer es apretar un botón y dejar caer las bombas. . y créeme, no estoy diciendo que no tuvieran su mérito... el comandante de un B-52 me dijo en una ocasión que lo que ellos hacían era lo único que realmente importaba;

su trabajo era lo que en la práctica permitía ganar la guerra. La infantería estaba allá abajo, pero ¿para qué? Me irritó extraordinariamente. Le dije que esa manera tan egoísta de pensar me ponía enferma. Nunca volvió a dirigirme la palabra, ni yo a él. Derribaron muchos B-52, lo reconozco Sin embargo, no creo que tuvieran tantas bajas como los que combatieron en tierra. Sin embargo, quiero aclarar una cosa, y es que siento el mayor respeto por los pilotos de los U-2. No hablaban mucho, pero los pocos con los que pude charlar decían que estaban allá arriba hasta nueve horas seguidas, tomando fotografías de todo lo que sucedía alrededor de Vietnam, quién se movía y dónde, y quién

ABAJO: *La presencia de los infantes en el Sudeste asiático debía significar necesariamente que la rama vietnamita de la profesión más antigua del mundo atravesaría por un período de expansión*

les ayudaba y de qué manera. Así que era un trabajo duro e importante, y creo que la mayoría de los MIA formaban parte de ese grupo, porque fueron los únicos que tuvieron bajas. Estaban solos allá arriba; no contaban con ninguna clase de apoyo.

Sólo me queda añadir que cuando regresé a casa por segunda vez, una vocecita seguía diciéndome: "Debes volver otra vez allá." Aquí me sentía muy, muy perdida. Conocía Asia, porque al estar allá puedes viajar muy extensamente, y pensé: "Bueno, tal vez pueda volver." La USO pasaba por una etapa de reestructuración interna, de modo que ingresé en el Departamento de Servicios Especiales del Ejército. Al cabo de unos meses me enviaron al otro lado del océano, esta vez a Corea. Y de nuevo, era algo completamente distinto La guerra declinaba, y también empezaban a declinar mis sentimientos hacia Vietnam Ahora empezaba a pensar que tal vez el sitio en el que debería estar era mi propio país. Recorrí Corea de punta a punta. Estuve en Ascom, en Pyeon Tek, en Chunchon. Fue una jira de 18 meses y decidí que ya tenía bastante; si volvía a oler un pedazo de pescado puesto a secar colgado de una pared en alguna parte, o a ver otro tazón de arroz, me pondría a gritar.

"Hasta el día en que me encuentre seis pies bajo tierra, Vietnam siempre me acompañará: el paisaje, los sonidos, los olores, los momentos felices y los malos tiempos... todo sigue siendo tan real ahora como cuando estaba allí."

Después de haber estado al otro lado del océano y haber visto tantas, tantas cosas, mi vida realmente ha cambiado. Lo que parece importante a la gente de aquí, como un coche nuevo, una casa preciosa, un vestido de Ives Saint Laurent o cosas de ese estilo, sin duda es maravilloso. pero llegas a aprender que esas cosas no te hacen ser *tú misma*. ni te dan la felicidad Lo que realmente importa es ayudar. Ayudar a las personas que amas, tener buenos amigos y conseguir que esa amistad crezca, porque cuando ya se ha dicho y se ha hecho todo, apenas te queda nada entre las manos Creo que como persona he cambiado totalmente. No puedo soportar la injusticia, después de haber visto tanta al otro lado del océano. Me pongo furiosa, me rebelo, y mi cara se pone roja y el corazón me late con fuerza. No puedo soportar que se manipule o se compre a la gente Vietnam me ha dado eso. Me ha llevado a aceptar el hecho de que, si quieres hacer algo en esta vida que valga la pena. has de perseguirlo; has de luchar por ello. Creo que tal vez ese cambio ha sido para mejor; que tal vez es lo que yo andaba buscando mentalmente, la sensación de poseer algo, de crecer, que aquí no tenía. Creo que estoy en un país maravilloso, entiéndeme, no estoy diciendo que no lo sea, pero todo resulta demasido fácil... He visto en Vietnam a mujeres que acarreaban pesadas cargas de ladrillos, mientras los hombres estaban sentados a la orilla del camino y se reían. Esas mujeres trabajaban duro Era una visión sobrecogedora. . algo que mis ojos siempre seguirán viendo Nunca olvidaré Vietnam. Sigue estando allí, y hasta el día en que me encuentre seis pies bajo tierra, Vietnam siempre me acompañará· el paisaje, los sonidos, los olores, los momentos felices y los malos tiempos... todo sigue siendo tan real ahora como cuando estaba allí.

MICKI VOISARD

AZAFATA DE VUELO
EN AEROLINEAS COMERCIALES.
FEBRERO 1969 - ENERO 1971

Micki vive en un rancho del norte de California con "un marido, tres perros, dos caballos y un gato." Posee un negocio propio de cintas de vídeo, y desde el punto de vista profesional su vida está "definitivamente desestructurada" "Veo un montón de analogías entre lo que hago ahora y lo que hacía cuando era azafata de vuelo. He de ser muy flexible con mi tiempo y mis energías, y esforzarme por permanecer neutral, sin tomar partido. Algunos días todo me parece absurdo, y entonces salgo al aire libre y corro por las montañas con mi marido y los perros; y entonces las cosas se aclaran."

La primera vez que vi a Andy fue al ocupar mi posición en la pista, junto a la escalerilla trasera del avión. Faltaban pocos minutos para que embarcara el pasaje en el viaje de vuelta a casa. Estábamos en Bien Hoa, junto a la selva, y muchos de los hombres que esperaban su turno venían directamente de las colinas, por así decirlo Andy era uno de ellos. Me llamó la atención porque era el primero de la fila que se había formado al otro extremo de la puerta; iba vestido con el uniforme de camuflaje y botas altas, y saltaba y agitaba sus papeles como si no pudiera esperar más tiempo a subir al avión.

Desde donde estaba yo, a unos treinta metros, podía ver el rostro con la mayor sonrisa de toda Asia. Estaba dando un espectáculo, y todos los miembros de la tripulación se habían fijado en él. Nuestra azafata jefe nos dijo que le vigiláramos porque posiblemente había estado bebiendo. A mí no me lo pareció. Si se puede definir la alegría, nosotros la teníamos personificada ante nuestros ojos.

Cuando abrieron la puerta, Andy saltó disparado como un potro en un rodeo. Hablaba con acento de Alabama, pero tan deprisa como nunca lo he oído entre la gente del Sur. Tan deprisa que escupía en vez de hablar. Después de besarme la mano unas diez veces y de besar el último escalón de la escalerilla, subió a la cabina. Una vez dentro, Andy fue derecho a un asiento como si tuviera escrito su nombre. Eligió el asiento junto a la ventanilla de la puerta de emergencia del ala, que era el lugar que yo tenía asignado en los despegues y aterrizajes. Después de atender a todos los pasajeros, nos situamos en nuestros asientos para preparar el despegue. Yo me senté al lado de Andy Mientras esperábamos que el avión efectuase la maniobra, pude oler definitivamente a Andy. No olía a licor, sino a jungla. Yo había percibido muchas veces ese olor, y él lo exhalaba de forma inequívoca. Volví la cabeza ligeramente para mirarle El me miró, sonrió, y en la voz más baja en que probablemente podía hablar ese hombretón, me dijo: "Vuelvo a casa." Le creí. Nadie puede haber pronunciado esas palabras con mayor sinceridad que él.

A lo largo del vuelo, todos nos sentimos atraídos por ese personaje grandón y algo torpe, incluidos algunos de los miembros de la tripulación. Al llegar a Japón, cambió la tripulación pero yo seguí en el mismo vuelo. Empezaban mis vacaciones y yo también marchaba lejos de las colinas. Pensaba descansar durante el vuelo a casa, pero eso era imposible porque Andy quería charlar continuamente.

Lo que le hacía tan diferente era la ingenuidad que había conseguido conservar a pesar de haber vivido 13 meses de guerra. Hablaba de las cosas que había aprendido en Vietnam y de las cartas que recibía de casa. Su casa estaba en un pueblecito de Alabama. Un pueblo de doscientas cincuenta personas, para ser exactos, y todas ellas escribieron a Andy cuando se fue. Le decían que no intentara hacerse el héroe sino seguir vivo y regresar con todos los dientes en su lugar Dijo que a veces le había resultado difícil, pero que lo consiguió, sobre todo porque 250 personas creían que era capaz de hacerlo

Andy no se movió de su asiento durante todo el vuelo. Eso empezó a preocuparnos a todos. Un cuerpo humano tan sólo puede contener una determinada cantidad de fluidos, incluso si es uno tan grande como el de Andy. Pero él aguantó y ni siquiera se levantó una sola vez a estirar los músculos.

Cuando las ruedas del avión tocaron la pista de la base de las Fuerzas Aéreas de Travis, en Estados Unidos, se produjo el habitual alboroto. Excepto en el caso de Andy. Miré hacia su asiento y estaba con su enorme cara apretada contra la ventanilla tan fuerte como podía hacerlo sin romper el cristal. Las lágrimas le corrían por la cara y no intentaba esconderlas. Decía con su voz relativamente baja: "Estoy en casa, estoy en casa."

Acepté el trabajo de azafata de vuelo en una compañía comercial que hacía vuelos a Vietnam porque me dijeron que se ganaba mucho dinero. Así era, y en un momento dado me convencí de que sería una oportunidad perfecta para ahorrar algo y continuar mi educación. Eso pasaba en 1969. Sabía que había una guerra en marcha y que volaría entrando y saliendo continuamente de la zona bélica.

> "A los sorteados los traían como un rebaño en un gran camión de ganado abierto, conduciéndolos exactamente igual que a las ovejas al matadero."

Pasé por seis entrevistas en dos semanas, una detrás de otra, y por un proceso de eliminación. Yo no supe nada de ese proceso hasta que completamos las seis semanas de aprendizaje y algunas de las chicas desaparecieron. Era como el momento de los votos solemnes en el convento o algo así; una tenía que completar el aprendizaje, llevar las fotos y pasar los test y al final podía ser que de todas formas no la admitieran ¡Después de las pruebas me enteré de que la base de la selección era el análisis grafológico! Recuerdo haber escrito varios párrafos estúpidos sobre las razones por las que quería ser azafata, y ellos los utilizaban para descubrir los rasgos de tu personalidad, para ver si serías capaz de cumplir con ese tipo de tarea

Supongo que hice las pruebas realmente bien, en parte porque toda mi vida he destacado en los juegos. En la universidad me divertía organizando juegos, y aquello resultaba bien. en general. todavía sigo haciéndolo, en ocasiones Cuando hicimos nuestro aprendizaje, no nos dieron normas de belleza, como hacían en otras aerolíneas. Más tarde hablé con otras azafatas, y cuando tocamos el tema del aprendizaje me decían: "Oh, nos pasamos tres semanas haciéndonos cosas en el pelo." En cambio, en la compañía para la que trabajé, el hueso eran los pro-

ARRIBA: *Maureen Nerli (en el centro) sirve café en el 3.er Hospital de Campaña, en Tan Son Nhut. Las mujeres del USO eran muy conscientes de que los soldados buscaban en ellas una sonrisa.*

cedimientos en caso de emergencia; quiero decir que eso era lo esencial. Intentaban con todas sus fuerzas prepararnos para una eventualidad que ellos mismos desconocían si se llegaría a producir.

Para lo que no nos prepararon en absoluto, y sobre lo que apenas nos dijeron nada, era para el trabajo con 215 soldados a bordo del avión, y no creo que nadie pueda prepararte para algo así Hacíamos preguntas, ya sabes, "¿Cómo se comportan?" Su respuesta típica era: "Los chicos, como chicos; los hombres, como hombres." Así quedó la cosa. y al pensar ahora en ello, todo lo que la gente llama ahora abusos deshonestos ocurría continuamente en aquellos aviones. Creo que aquello te afectaba como persona. Cuando te ocurría alguna cosa, reaccionabas. La segunda vez que te ocurría lo mismo, debías optar entre actuar o reacccionar, ya hay una gran diferencia entre las dos cosas. Lo aprendí como un método de supervivencia. Tanto si alguien te agredía sexualmente como si no, comprendías que habías de adaptarte a las circunstancias. Y no siempre era agradable; yo nunca he visto mujeres que estuvieran a gusto con un montón de militares.

Nuestras oficinas centrales estaban en Los Angeles, pero el cuartel general de las azafatas estaba en San Francisco, y teníamos un contrato con la base de las Fuerzas Aéreas de Travis. Estábamos conectados al Mando Militar Aéreo (MAC) Durante la guerra, los militares utilizaban sus propios aviones para transportar equipo, más que tropas, de modo que firmaron contratos con compañías privadas como Continental, Flying Tigers, Pan Am, TIA, World, etcétera. Mi segunda base estaba en Japón. La compañía tenía un hotel allí, y además disfrutábamos de algunos privilegios en las bases de las Fuerzas Aéreas.

Desde Japón volábamos a la bahía de Cam Ranh, Bien Hoa, Da Nang, Tan Son Nhut, y generalmente el viaje de ida y vuelta nos llevaba unas 17 horas. Volabas, esperabas mientras limpiaban el avión y embarcaban nuevamente el pasaje, y despegabas de nuevo. Todo de un tirón. Era como si no ocurriera nada en todas aquellas horas. A veces, volabas allá y no podías regresar hasta un par de días después, por problemas mecánicos en el avión o por algún ataque con cohetes

En mi primer vuelo a Vietnam, me horrorizaba lo que hacíamos. Caminaba de un lado a otro con la boca abierta de asombro. diciéndome "¡Vaya!" Un lujoso automóvil trajo a algunas personalidades que venían en nuestro vuelo, y luego un autobús escolar a los oficiales. A los sorteados les traían como un rebaño en un gran camión de ganado abierto, conduciéndolos exactamente igual que a las ovejas al matadero. Nada glorioso, nada en el género John Wayne; eso era la guerra. Eso es lo que la gente sigue estando hoy tan dispuesta a hacer, y me angustia pensarlo; si todas las madres pudieran ver a sus hijos yendo a la guerra de esa forma, no lo aceptarían. Era un espectáculo deprimente.

En un viaje veías por término medio de 1200 a 1500 chicos,

e incluso ahora, con mi memoria visual, tengo grabados en la mente rostros que puedo recordar en cualquier momento. Los llamo los rostros de Vietnam. Me resultó muy interesante la publicación de un número de *Life* titulado "Los rostros de Vietnam". Se convirtió en un momento decisivo de mi vida como azafata de vuelo que viajaba a la zona bélica. Volábamos de Yokota, Japón, a la base de Travis, con un grupo de soldados que volvían de Vietnam. Yo estaba a cargo de las comidas; cuando era ya muy de noche, acabé mi trabajo y me puse a hojear una revista, y en la portada había un soldado de infantería. *Life* dedicaba ese número al final de la guerra. Así que empecé a mirar, página por página, las caras hasta que una de ellas me resultó familiar. Era un chico con el que había ido a la escuela. Lo miré y pensé: "No puede haber muerto" Empecé a leer los pies de las fotografías Luego me saltó a la vista la noticia de que había muerto... Era el chico cien por cien americano de nuestra localidad. Todas las chicas de la universidad estaban más o menos enamoradas de él. Era presidente del grupo de estudiantes y jugaba como zaguero en el equipo de fútbol; se había graduado. Toda la ciudad le dio una fiesta de despedida cuando marchó a Vietnam... Ellos le enviaron a la guerra. Y cuando murió, lo que sucedió fue horroroso. Su padre se suicidó; a la madre tuvieron que internarla. La gente del pueblo no podía aceptarlo. Le lloraron durante semanas. Cuando vi su fotografía, me sentí conmovida: muchos de los chicos que venían en esos vuelos no volverían a sus casas, muchos de aquellos rostros.

"Aunque fuera terrible lo que yo quería decir, necesitaba hacerlo, pero nadie estaba dispuesto a escuchar."

En un vuelo, nos cruzamos con unos B-52 en misión de bombardeo. A veces se me ocurre que, si pensara más en ese incidente, ahora no estaría aquí; me habrían internado en un manicomio, con toda seguridad. Acabábamos de salir de Da Nang, rumbo a Japón, cargados con soldados que volvían a sus casas. Yo miraba por la ventanilla de la puerta de la cocina trasera, simplemente admirando el paisaje, y me pareció ver algo que pasaba a una velocidad enorme. Y cuando estás en el aire, te sientes algo inquieta por cosas así; no hay bastante espacio allá arriba para que te pase tan cerca tuyo algo que va tan deprisa. Luevo volví a verlo. Miré hacia la cabina central del avión, y toda la gente se agolpaba en las ventillas, señalando alguna cosa. Entonces apareció el capitán y dijo. "Era un bombardero B-52 que volaba junto a nosotros." Al parecer estaban volando por encima nuestro. Iban en misión de bombardeo y mantenían silencio en la radio. Uno de ellos descendió para averiguar qué era el punto que aparecía en su radar, y éramos nosotros. De modo que tuvo que utilizar la cadena de mando para hacer que pararan y nos dejaran pasar. (Esa es mi interpretación de lo sucedido, por lo que pude entender de las explicaciones del capitán.) Recuerdo que fui hasta la proa y vi la expresión de las caras de la gente. Acababan de pasar 12 meses horribles; volvían a casa en un aparato comercial, y se veían sometidos a aquella tensión... ¿Cómo pudo ocurrir una cosa así?

En aquellos años, yo era tres personas diferentes, tenía tres personalidades. Tenía que ser la animadora de los muchachos que iban hacia allá. Luego, en el viaje de vuelta, tenía que hablarles de cosas que no me gustaba decirles. El país ya no recibía a los héroes dandoles la bienvenida con festejos Ellos se sentían tan felices de volver a casa, que no querías entristecerles diciéndoles: "No lo vas a pasar bien. No va a ser como mamá y tus hermanos te escribían en las cartas. Ellas esperan que tú seas el mismo chico que se marchó de allí."

Cuando yo volviera a casa, mis padres me dirían: "Todo está bien ahora, Micki. ¿Por qué no lo olvidas todo y te tomas unas vacaciones?" Aunque fuera terrible lo que yo quería decir, necesitaba hacerlo, pero nadie estaba dispuesto a escuchar. Una vez —la primera vez que sufrí un bombardeo, en la bahía de Cam Ranh— llegué a casa 24 horas más tarde, y mi novio había sacado entradas para la revista *Hair*. Me llamó por teléfono y me dijo: "¿Podrás estar lista en media hora?", y yo le contesté: "No lo creerás, pero acabo de pasar por una experiencia terrible, y me parece que no tengo ganas de ir " Y él me dijo: "Cada vez que haces uno de esos viajes, no paras de hablar de lo mismo. Me he gastado 25 dólares en esas entradas, y te agradecería que te arreglaras deprisa." Y fui tan estúpida que me puse un vestido y le acompañé. Y estaba allí sentada, pensando: "Hace tan sólo 24 horas, estaba metida en un búnker, y ahora estoy

ABAJO. *Chris Noel fue la réplica norteamericana a Hannah de Hanoi Desde Hollywood se dirigió, por medio de cintas grabadas, a Vietnam y a muchos otros lugares de todo el globo.*

viendo una obra antibélica. ¿Qué es lo que hago? ¿Me he vuelto loca?" Y me fui en mitad de la representación.

Y empecé a preguntarme qué demonios estaba haciendo. Volaba allí, me pagaban para ir a la guerra. Y cuando volvía a casa, me iba a Berkeley y desfilaba en las manifestaciones contra la guerra. Y después de leer el periódico *Barras y Estrellas*, que tenía que repartir asiento por asiento en los vuelos de regreso, me parecían increíbles las cosas que publicaban allí. Yo tenía que hacer aquello porque era mi trabajo, pero me consolé cogiendo un paquete entero de esos periódicos y quemándolos en una manifestación. Todo el mundo quemaba sus tarjetas de alistamiento, y yo quemé los periódicos *Barras y Estrellas*. Eso me alivió. Durante tres años estuve representando papeles tan distintos, que me sentía confusa. ¿Por qué? ¿Cómo podía nadie aguantar tanto tiempo? Y ya no era por el dinero. Me refiero a que ni siquiera ahorraba dinero. La culpa que he arrastrado durante los últimos quince años es: ¿Por qué demonios *aguanté* todo aquel tiempo? Bueno, tenía 21 años. Quién puede decir lo que vas a hacer cuando tienes 21 años. Y con respecto a mi trasfondo cultural, soy católica. Recuerdo haber ido a confesarme y callar mis pecados. Me sentía culpable por no haber confesado todos los pecados, de modo que no cumplía la penitencia y al cabo de poco tiempo volvía a cometerlos. Un día lo comenté con unos amigos, y ellos dijeron: "Bueno, ¿y quién no oculta sus pecados?" Nadie creía en la confesión, pero seguían yendo a la iglesia y confesándose. No nos cuestionamos esas cosas. Y yo creía en el presidente, creía que había alguien que se ocupaba de todo. Cuando realmente estuve allí, descubrí que nadie se ocupaba de aquella guerra

"Andábamos escasos de combustible y no podíamos ir a un aeropuerto alternativo. Teníamos que correr el albur mientras aún podíamos hacerlo."

La bahía de Cam Ranh constituía un objetivo bélico porque era una de las principales bases de la artillería, y los vietnamitas lo descubrieron muy rápidamente. Cada vez que entraban nuestros barcos allí, probablemente estaban sentados mirando a través de sus binóculos cómo descargaban la munición y la colocaban en los almacenes y los tinglados de Quonset, alrededor de la bahía de Cam Ranh. Y cuando la operación había concluido, decían: "Adelante," y empezaban a volarlo todo. En un vuelo en particular, estaban bombardeando Cam Ranh cuando aterrizamos; no teníamos opción porque andábamos escasos de combustible y no podíamos ir a un aeropuerto alternativo. Teníamos que correr el albur mientras aún podíamos hacerlo. El capitán nos dijo que la pista de aterrizaje estaba llena de obstáculos de todo tipo; no sabía lo que nos podía suceder.

Hizo un gran aterrizaje de emergencia, y entonces nos quedamos allí sentados. Todas las luces del avión estaban apagadas, el aire acondicionado no funcionaba, todo el mundo sudaba y no podías verles las caras en la oscuridad... Podías sentir que había allí 215 personas... Yo tenía que esperar los seis timbrazos del capitán y abrir la portezuela de emergencia, y entonces se suponía que la rampa de emergencia debería inflarse. Mi puesto de vuelo era el número dos, en el asiento frente a la salida de emergencia, y trataba de oír los timbrazos en medio de aquel "bum-bum". Y todo el avión trepidaba... Y luego, "Uno, dos . creo que oigo..." Finalmente llegaron los seis timbrazos, y cuando salté del asiento, me enganché la pierna de algún modo en los muelles del asiento. Tuve la sensación de que mi vestido estaba prendido, y en aquella situación tan frenética, lo desgarré yo misma y me precipité hacia la puerta. La rampa no se abrió: ¡se oyó un pitido, y eso fue todo! Me entra el pánico, porque veo que todas las demás están desalojando a los chicos. Tengo a 50 muchachos sentados delante mío, en este ataúd oscuro, esperando. A mi lado están tres oficiales, y me dicen: "Hagámoslo a mano." De modo que saltan, forman una especie de cadena para ayudar a bajar a los demás, y cuando la cabina está ya medio vacía, uno me dice: "Es su turno:" Yo le contesto: "Se supone que debo ser la última en salir del avión." Y él me grita: "¡Baje de una vez, señora!", y prácticamente me sacan en volandas. Luego, ya en la pista, me digo: "¿Dónde estoy? ¿Esto es Cam Ranh?" Durante el cursillo de aprendizaje nos habían pasado diapositivas sobre dónde estaban los búnkers en las distintas bases aéreas. Nosotras teníamos esa información, pero los soldados del avión no sabían dónde estaban los búnkers. Decían: "¿Dónde vamos ahora?" y yo pensaba en las diapositivas que había visto en una ocasión... Recordaba que en las diapositivas aparecían al fondo los arrecifes azulados de coral, y pensaba: "Debe ser fácil encontrarlos." Pero todo esto no ocurría a la luz del día, sino en la oscuridad ¿Cómo íbamos a ponernos a buscar arrecifes de coral azulados?

"Vietnam fue un período de mi vida significativo y valioso. Me obsesiona todavía hoy. No lo cambiaría por nada."

Luego alguien señaló en una dirección, y recuerdo que miré hacia atrás, al avión, y vi unos chispazos como si todo el suelo fuera a estallar. . luces, explosiones... Y pensé: "Oh, Micki, la has hecho buena. Tú tenías que haber sido la última en saltar del aparato... Las normas dicen. ." Incluso iba a volver; ya sabes, había visto demasiadas malditas películas de John Wayne, del tipo: "Id vosotros delante, yo me quedo aquí." No me había dado cuenta de que estaba herida. Me había cortado un pie hasta el músculo, y corría con el pie así sobre los cristales y los hierros retorcidos de la pista. Pero lo único que recuerdo cuando corríamos es el olor a azufre por todas partes. Nos metimos en los búnkers y allí estuvimos de pie más de dos horas: todos de pie, porque no cabíamos. Finalmente, nos trasladaron a un almacén, y allí descubrí que tenía el pie herido. Había un médico allí mismo, y me dijo: "Déjeme echarle un vistazo. Tiene las medias cubiertas de sangre." Me miré el pie y casi me desmayo.

Cuando pasó todo, repostaron el avión y los miembros de la tripulación nos reunimos a bordo El médico había informado de mi herida a la jefa de azafatas, y ella escribió el parte Cuando llegamos a Yokote, fui al hospital de la base aérea de Tachikawa, y pasé allí una noche. Luego la compañía nos embarcó para casa, porque nuestro avión estaba averiado y debían repararlo en Japón. Volamos a casa pensando: "Bueno, proba-

DERECHA: *Las bailarinas del show navideño de Bob Hope llevaban al éxtasis a la tropa. La expresión del MP sugiere que preferiría mirar la función, y no al auditorio*

MP

ARRIBA. *La guerra acabó para estos soldados. Un autobús ambulancia traslada a los heridos a un avión para su evacuación desde Tan Son Nhut a los hospitales de Japón*

blemente tendremos un par de semanas de descanso, tal vez una bonificación..." ¡Y nos adjudicaron otro viaje de ida y vuelta! ¡Tenía que volver a Vietnam al cabo de 48 horas! Cualquier excusa que busques a su comportamiento no será lo bastante buena, o lo bastante mala. Les llemé y les dije: "Cielo santo, la noche pasada nos bombardearon en Vietnam. Y realmente no me encuentro bien." Me contestaron: "¿Cuándo cree que podrá reincorporarse?" Era asombroso, para ellos aquello no era nada. Yo no significaba nada para ellos. Por eso, una voz me susurraba por dentro: "Bueno, ¿por qué demonios continúas, Micki?" Viví con esa voz durante años. Continué en parte por mi educación católica, y también porque estaba haciendo algo.

Dada mi formación periodística, yo estaba intrigada. Eso me impulsaba a continuar. Sabía que las discrepancias eran excesivas, y que en mi posición yo podía disponer de una información privilegiada. Podía ir a todas partes con entera libertad, hacer fotografías y hablar con la gente. Podía pedir a cualquier persona que me diera su propia versión de la historia... Era escalofriante... los relatos, la confusión, nada tenía sentido, nada. El valor de todo aquello fue mayor del que nunca podría pagar, y el tiempo que estuve en Vietnam fue un período de mi vida significativo y valioso. Me obsesiona todavía hoy. No lo cambiaría por nada. No salí de allí con heridas que me incapacitaran. No vi morir a mi mejor amigo —u otro montón de desgracias que le ocurrieron allí a mucha gente—, pero cada vez que volaba hacia allá, mi vida pendía de un hilo.

Y tuve que afrontar toda clase de agresiones sexuales. Vi a hombres que se masturbaban continuamente en el avión. Recuerdo que, cuando era novata, otra azafata me dijo: "Nunca levantes la manta de un soldado dormido." Luego, al cabo de un tiempo, alguien de Los Angeles que había olvidado que nos dedicábamos a transportar tropas, tuvo la idea de colocar compresas higiénicas a bordo, de modo que en cada viaje teníamos que inspeccionar los lavabos para hacer desaparecer las compresas. Pero a veces lo olvidábamos, o los muchachos traían las suyas propias. Vertían salsa ketchup en el centro de la compresa, la dejaban tirada en medio del pasillo, y esperaban tu reac-

ción La primera vez que me ocurrió, me sentí realmente confusa. Luego estaba el tipo que se enredaba con el cinturón de seguridad; te pasabas el día ayudándole, y él estaba allí sentado con una gran sonrisa en la cara, mientras toda la gente de alrededor se partía de risa Así que una aprende el arte de la colocación adecuada del cinturón por mando verbal. O bien el chico que te pide una almohada, y cuando te empinas para cogerla, te mete las manos bajo el vestido... Aprendes a no hacer nada impulsivamente. No te creerás este truco: el tipo que sigue hasta los lavabos para ver si no cierras la puerta con pestillo Espera un rato a que te hayas puesto cómoda, y entonces abre de golpe la puerta. de forma que todos los que están colocados junto al pasillo te ven. Ahora, pensando en esas cosas. me parecen increíbles, pero eran mera rutina. Había un montón de manzanas podridas, pero también había chicos que procuraban que te enteraras de que no aprobaban lo que veían que estaba pasando. Muchos venían y te decían: "Siento realmente lo que te ha ocurrido." No todos ellos eran los de más edad; algunos eran chicos muy jóvenes. Veías en seguida quiénes sentían respeto por ti.

Incluso ahora, tengo un sistema para tratar a esa clase de gente... Afortunadamente, no he llegado a odiarles. Conozco a un montón de chicas que acabaron por hacerlo, y les resultaba muy difícil tratar a los hombres en los vuelos. Yo pude trabajar y hablar con los soldados en todo momento; lo que hacía es darles órdenes continuamente A fin de poder sobrevivir, tenía que medirme con ellos En el forcejeo que implicaba siempre ese tipo de relación, si conseguías hablar más fuerte, y en tono más autoritario que ellos, acababan por doblegarse ante ti. Lo descubrí por simple instinto de supervivencia, supongo.

"Reconozco también que la guerra fue un inmenso error. La guerra de Vietnam fue el infierno, para decirlo de una manera suave."

También está la historia de la bomba en nuestro avión. Era una bomba presurizada que, según me dijeron después. estaba conectada para estallar a 7.000 metros de altitud. La colocó uno de los vietnamitas encargados de la limpieza del aparato. Solíamos dar un paseo y bajar a la playa mientras ellos hacían su trabajo... ¡Bueno, aquello se acabó de golpe! Desde aquella ocasión, subían soldados a bordo y apuntaban con los M16 a esa gente, mientras hacían la limpieza.

Yo estaba en la cocina trasera con otra chica que debía sentarse al despegar frente a la cafetera, y cuando el avión se elevó, aquel bulto se desplazó y la golpeó en la cabeza. De hecho, ella lo mantuvo sujeto en su lugar con la parte trasera de la cabeza: un bulto grande y pesado. Empezabamos a empujarlo para colocarlo bien en el estante, y pedimos ayuda a dos chicos que estaban sentados allí cerca. Finalmente llamamos al ingeniero de vuelo, y él se acercó a la parte trasera a inspeccionar. Estábamos todas trabajando por allí, preparando el servicio de comidas, mientras el avión ascendía. El ingeniero de vuelo mira detrás de la cafetera con su linterna, y dice: "¡Oh, Dios mío! ¡Todo el mundo fuera de aquí, inmediatamente!" Vimos cómo aquel muchachote feliz y bromista era presa de un pánico repentino. Dijo: "Hay una bomba aquí." Recuerdo que me quedé rígida. ¡Había estado empujándola, dándole golpes! Y ahora, de repente, era incapaz de moverme; ni siquiera podía caminar para alejarme de aquella cosa

El capitán vino a la parte trasera, discutieron, volvieron a la cabina y hablaron por radio con alguien de Cam Ranh Estaban absolutamente seguros de que se trataba de una bomba presurizada y nos dijeron que mantuviéramos la altura hasta que tuvieran dispuesta allá abajo una escuadra de artificieros. Entonces debíamos regresar. y el capitán tenía que procurar aterrizar con tanta suavidad como fuera posible... y no maniobrar de forma que hubiera cambios bruscos de altitud. . descender poco a poco. El capitán dejó abierta la puerta de la cabina, de forma que todos los que estábamos a bordo pudiéramos oírle. Dejó que escucháramos la comunicación con el equipo de tierra. Bromeaban y discutían abiertamente sobre la situación. Todo el mundo se sintió 100 por 100 mejor, al poder participar de esa manera. Así seguimos hasta que se deslizó hasta Cam Ranh y aterrizó sin problemas ¡Todo el mundo aplaudió! Hubo muchas clases diferentes de héroes en aquella guerra.

Luego vuelves a casa, y todas las noches a la hora de la cena pasan el recuento de bajas. Dicen: "Vietnam del Norte perdió 1 500 hombres, y nosotros 30. ¿No es magnífico?" Sabes, yo creo que perdimos la guerra precisamente así, haciendo el recuento de bajas. Porque la gente estaba sentada viendo las noticias de las seis, y decía: "No van mal las cosas, sólo 30 muertos Ellos han perdido 1.500. Estamos haciendo un buen trabajo " Nadie pensaba en esas treinta personas.. Esos chicos enterrados allí. en alguna parte. Perdimos cincuenta y ocho mil hombres, en ese recuento de bajas. Yo veo las cosas desde los dos puntos de vista. Sigo pensando que todos los que fueron allá estaban convencidos de que daban por su país todo lo que tenían, incluso su vida, pero reconozco también que la guerra fue un inmenso error La guerra de Vietnam fue el infierno, para decirlo de una manera suave; pero a los que fueron allí no se les ha demostrado la menor gratitud. Y se les sigue ignorando. Yo no utilizo Vietnam como excusa las veces en que no rindo bien en mi trabajo, o he padecido de stress, o de lo que fuera. Me ha ocurrido algunas veces. Lo he aceptado y puedo abordar esos problemas de una manera positiva ¿Qué cómo puede ser positivo algo así? Puede darte la fuerza necesaria para mirar de frente las cosas que tienen importancia en tu vida. Creo que la significación de Vietnam *saldrá* a la luz uno de estos días: diría que justamente ahora está empezando a hacerlo

He aprendido en Vietnam muchas valiosas lecciones que me han ayudado en la vida Hablando de ello con una psicóloga, le dije que no guardaba ningún resentimiento. Y ella me dijo: "Micki, sí que estás resentida." Nunca lo había mirado desde ese punto de vista, pero me di cuenta de que mi resentimiento tenía una dirección determinada, y que estaba en la base de mi decisión de posicionarme contra el *establishment* y de no volver a trabajar nunca en un empleo estructurado como aquél. No creo en los Reyes Magos ni en Cenicienta, ni que la vida sea mejor si bebes Coca-Cola Y debido a mi experiencia en Vietnam, descubrí que nadie iba a ocuparse de las cosas por mí. Yo misma tenía que ocuparme de todo.

Esa experiencia me acompañará siempre, pero he llegado al punto en que puedo separar Vietnam de mi propia vida Tal vez cada año lo consiga un poco más. A veces, en mis horas bajas, emerge una palabra trascendental: Vietnam... Luego me digo: "No, Micki, no lo hagas. ¡No es honesto utilizar eso como excusa!" Tengo que proponerme objetivos positivos en la vida, y vivir el momento presente con todas sus consecuencias.

CAMEJA PRESS

ARRIBA: *Corazones y mentes. Los trabajadores voluntarios americanos aparecen rodeados de niños hambrientos de caramelos.* DERECHA: *Una Donut Dolly charla con los soldados.*

Capítulo 3

TRINCHERAS

CAPÍTULO 3 TRINCHERAS

KEITH WALKER

LINDA J. McCLENAHAN

MIEMBRO DEL CUERPO AUXIL. FEMENINO DEL EJÉRCITO
CENTRO DE COMUNICACIONES DEL CUARTEL GENERAL USARV, LONG BINH.
NOV. 1969 - NOV 1970.

Lin vive en San Francisco y es analista de comunicaciones en una importante empresa de ingeniería. En 1984 fue designada por el gobernador para trabajar con ocho varones en una comisión del Memorial de veteranos de Vietnam, destinada a recaudar fondos y seleccionar un cartel dedicado a recordar a los veteranos de Vietnam; ha dado charlas en la universidad y en colegios locales sobre la experiencia de las mujeres en Vietnam.

Soñé una vez que subía a un autobús, y al entrar veía que no había asientos, sino mesas. Estaban llenas de uniformes, botas y cascos. Yo avanzo por el pasillo llevando mis cosas, y de repente me encuentro junto a la puerta trasera vestida con el uniforme de combate completo. La puerta se abre, yo empuño un M16, me apeo del autobús y estoy de vuelta en Vietnam —y además en medio de un tiroteo, en plena batalla— con la gente cayendo a mi alrededor... ¡Y me hieren! Me hieren y caigo al suelo, y aunque es sólo una herida muy pequeña en la frente, siento que la bala me da vueltas y vueltas y me desgarra por dentro. Veo los helicópteros que vienen a recogernos, pero recogen a todos menos a mí. ¡Me han olvidado! Y recuerdo que me pongo a gritar: "¡No me dejéis! Me duele mucho.. ¡No me dejéis! ¡Me duele mucho!"

Había mujeres del WAC (Cuerpo Auxiliar Femenino) trabajando en varios puestos diferentes con la policía militar, en Intendencia y en otras tareas administrativas, en Saigón y en algunas otras grandes zonas tales como Da Nang, pero el destacamento del WAC en Long Binh fue el único grupo organizado de auxiliares femeninos en Vietnam. Éramos unas 100 en las instalaciones, en aquella época. Teníamos vallas muy altas con alambre de espino en la parte superior y una guardia de seguridad, no como protección contra el Vietcong, sino para mantener a distancia a los caballeros, a altas horas de la noche.

> "Había mucho intercambio de cigarrillos y de cantimploras, porque no todo el mundo llevaba agua en su cantimplora."

En nuestras instalaciones contábamos con cinco barracones de dos pisos, y en cada habitación dormíamos de una a cuatro mujeres, según el rango. En el exterior de cada edificio había un búnker, que era un pequeño edificio de color verde con una pesada techumbre de zinc ondulado y un montón de sacos de arena. Dentro había unos bancos bajos de madera en los que podían sentarse con mucha incomodidad hasta 40 personas, pero nunca estuvimos allá dentro más de 25. Cuando nos atacaban, debíamos correr a los búnkers y sentarnos con los cascos puestos, y cada cual con su cantimplora y su máscara de gas Permanecíamos allí una cantidad indeterminada de tiempo, desde cinco minutos hasta varias horas, en función de lo que estuviera sucediendo fuera, y había mucho intercambio de cigarrillos y de cantimploras, porque no todo el mundo llevaba agua en su cantimplora... Bueno, es que algunas de aquellas noches se hacían larguísimas. Por ejemplo, una de las primeras veces que nos atacaron, una de las sargentos se volvió hacia mí y me dijo: "¿Has traído tu cantimplora?" Le dije que sí. Me preguntó: "¿Qué llevas en ella?" Y yo contesté. "Agua." Y ella comentó: "Fantástico, yo llevo whisky Las mezclaremos."

> "No sé lo que esperaba cuando me presenté voluntaria, pero lo que encontré allí era inimaginable."

Por lo que respecta a los dormitorios, disponían del catre básico del Ejército con el colchón de pulgada y media, una alfombrilla, un tocador y un armario normal. Algunas mujeres podían comprar pequeñas neveras y tener algunos alimentos y bebidas a mano. Muchas de nosotras compramos biombos vietnamitas, con estores plegables de bambú tejido y pintado a mano o coloreado. Eran muy bonitos, y lamento no haberme traído el mío a casa. Algunas mujeres, cuando iban de permiso o viajaban a algún lugar, conseguían traerse estéreos e incluso pequeños aparatos de televisión. Por supuesto, eso era despilfarrar el dinero, porque sólo había una cadena de TV, la de las Fuerzas Armadas Pasaban programas de noticias, algunas películas viejas, episodios pasados de la serie "Combate", y recuerdo haber visto también algunos shows de Johnny Carson, normalmente con dos o tres semanas de retraso No estábamos mal instaladas, relativamente hablando Las *mama-sans* llevaban nuestra ropa a una instalación de limpieza en seco, y también teníamos una bañera en cada edificio, que nunca utilizábamos para bañarnos, sino para lavar la ropa. Teníamos duchas, que la mayoría de los días funcionaban con agua caliente.

Como no teníamos comedores propios, las mujeres del 24.º Hospital de Evacuación compartían los suyos con nosotras. Estábamos instaladas justo al lado del hospital, y todo el tiempo llegaban helicópteros cargados de heridos. Conocimos a algunas enfermeras y jugamos a *softball* con ellas, en los raros momentos libres que teníamos unas y otras.

Yo tenía 20 años cuando llegué a Vietnam, y celebré allí mi vigesimoprimer cumpleaños Procedía de un ambiente católico, había cursado 12 años de estudios y tenido una vida bastante protegida —padres del medio oeste—, y no sé lo que esperaba cuando me presenté voluntaria, pero lo que me encontré allí era inimaginable. Creo que aceptaba ver a los soldados heridos, porque ésa era la suerte de los soldados, aunque me figuro que no esperaba que las heridas fueran tan gráficas. Pero no estaba preparada para ver heridos a los inocentes, en especial a los niños. Tuve muchos problemas para afrontar esa realidad.

Bebí mucho allá. Empecé a beber para ocultar mis sentimientos. Yo era una de esas personas que afrontan las cosas por el procedimiento de no afrontarlas, así que me pasaba la mayor parte de mi tiempo empinando el codo y tocando la guitarra, es decir, haciendo cualquier cosa que me permitiera evadirme por un rato . En el club de oficiales había un remolque metido en la parte de atrás de la habitación de la limpieza, y las

UPI/BETTMANN NEWSPHOTOS

mujeres construimos en él con nuestras propias manos un club de oficiales de complemento, con un bar y mesas. El caso es que había un toque de queda, a las 10 de la noche, por lo que la mayoría de los clubs cerraban hacia las 9.30. Muchas de nosotras no estábamos dispuestas a retirarnos tan temprano, de modo que nos construimos ese pequeño club. Allí podíamos continuar la juerga. También teníamos un gran patio con un tejadillo para la lluvia y una pantalla para pasar películas. Había bancos y mesas, y ocasionalmente organizamos allí fiestas con motivos diversos. Recuerdo una gran fiesta que dimos por el 25 aniversario del Cuerpo Femenino del Ejército.

Cada grupo de los que estábamos allí que tenía oportunidad de hacerlo, adoptaba a un huérfano. Una vez al mes íbamos allá a ver a los niños, y llevarles ropas, juguetes y todo lo que nos podían pasar los amigos de casa. En una ocasión decidimos llevar a los niños a nuestras instalaciones, y enviamos autobuses para recoger a tantos como pudieran venir Muchos de esos niños —por supuesto, todos ellos víctimas de la guerra— habían perdido algún miembro; todos tenían el cuerpo cubierto de llagas, infectadas en muchos casos. Pero cuando te ponías a jugar con ellos, eran realmente felices Sonreían e incluso reían a carcajadas, pero, como muchos soldados, tenían ojos muy viejos y tristes Una de las razones por las que les llevamos a nuestras

ARRIBA: *Enfermeras iraníes atienen a una niña vietnamita. Estas enfermeras formaban parte de un gran número de voluntarios que viajaban a Vietnam desde todos los rincones del mundo.*

instalaciones fue que habíamos recibido una remesa de ropas de todo tipo. que nos enviaba una parroquia desde Estados Unidos. Nuestra idea era meter a los niños en la bañera y dejarlos bien limpios, vestirlos con la ropa nueva, y luego darles de comer y jugar con ellos el resto del día. También habíamos pedido a un par de enfermeras y de médicos del 24.º de Evacuación que les hicieran un chequeo

Cuando los llevamos al cuarto de baño. se volvieron locos con los wáteres y no podíamos conseguir que dejaran de tirar de la cadena. Yo intentaba bañarlos en la tina y pasaron un rato espléndido salpicándose unos a otros: ¡cómo cualquier niño en una piscina! Luego una de las mujeres mayores se los llevó, los secó y les puso ropa nueva. Casi en seguida me di cuenta de que un par de ellos volvían al montón de la ropa vieja y se la ponían otra vez, para tener la oportunidad de darse otro baño. Por fin les dimos los juguetes y montamos una gigantesca barbacoa de pollo con refrescos y pasteles. Fue un día espléndido: agotador, pero realmente muy divertido. Es la fiesta que más

recuerdo: resultaba muy preferible a ir de visita a los orfanatos. Allí era difícil entrar, y los horarios eran muy rígidos. No es que hubiera ningún tipo de mala voluntad, pero las monjitas no podían dar más de sí...

Trabajábamos 12 horas al día y seis días a la semana, siete en ocasiones, cuando los acontecimientos se precipitaban. El turno de día duraba de seis a seis, de modo que tenías que levantarte hacia las cinco de la mañana, vestirte, ir a los comedores a desayunar... y no era raro que a esa hora llegaran helicópteros con los heridos de la noche anterior. Después del desayuno cogía el autobús que iba al centro de comunicaciones. Estaba en el edificio del cuartel general, un bloque grande, de dos o tres pisos. Nuestra área era un tanto inusual, porque se trataba de un área de comunicaciones de alta seguridad. No teníamos ventanas, y las fortificaciones eran impresionantes. Dentro teníamos aire acondicionado, porque contábamos con mucho equipo electrónico. De las 60 personas que trabajábamos allí, dos éramos mujeres: una chica, Gail, que trabajaba en el turno de día, y yo, que seguía turnos rotatorios (30 días en el turno de día, y 30 días en el de noche).

"Vi de todo, desde 'tobillo dislocado' hasta 'restos dispersos sin identificar positivamente'."

Long Binh era el centro de comunicaciones principal, al que llegaban mensajes de todo Vietnam para su distribución. Tratábamos de todo un poco: movimientos de tropas, informes de vigilancia, e incluso informes de agendas. Recuerdo que tuvimos allí la agenda de Bob Hope, Operación Hollyhock, que a su debido tiempo fue archivada, por supuesto. Después estaban los informes de bajas: la información llegaba a nuestra área, y nosotros radiábamos el mensaje, que iba al Departamento del Ejército, o de la Marina, o de la Infantería de Marina, según la rama del servicio al que perteneciera la persona. También se enviaba la noticia al cuartel más próximo a la residencia del interesado, para que la familia pudiera ser informada. Cada informe incluía el nombre de la persona, el número de serie, pariente más próximo, dirección y una descripción de las heridas. Vi de todo, desde "tobillo dislocado" hasta "restos dispersos sin identificar positivamente"

Yo era un simple sargento cuando llegué a Vietnam. De hecho fui realmente un buen soldado. Llevaba menos de dos años de servicio cuando me ascendieron a sargento. Me había alistado por tres años, y cuando fui a Vietnam hube de reengancharme por cuatro meses para cumplir el período completo de 12 meses. Entonces me habían nominado para ascenderme a sargento EG, pero descubrieron que no tenía antigüedad suficiente, y tuvieron que archivar la propuesta. Pero lo hacía bien, era una *strac*, y así me apodaban: "Mac, la strac del WAC." De hecho, me volví a casa con una medalla al mérito, del Ejército. Fue una historia divertida. El día de la ceremonia, me dejaron elegir entre condecorarme en el destacamento del WAC o en el centro de comunicaciones, y como yo pasaba más tiempo en el centro de comunicaciones y me sentía realmente próxima a todos aquellos chicos, quise que fuera allí. Tuvimos un pequeño problema en el momento de prender la medalla —el capitán no quería ser él quien la colgara—, y de repente todos los chicos empezaron a presentarse voluntarios: "Yo lo haré. Dejadme ponérsela a mí."

Como era la única mujer del turno, hubo toda clase de comentarios... siempre en esa frontera imprecisa entre la popularidad halagadora y el acoso sexual. Y había ocasiones en las que realmente no podías distinguir entre ambas. Pero aquellos chicos, qué diablos, eran casi como hermanos. Eran buenos amigos, así eran las cosas allí, tal vez por esa razón nos invitaban a todas la fiestas que se celebraban en la ciudad. La pocas mujeres que estábamos allí teníamos que cumplir con los papeles de madres, hermanas, amigas y confidentes; ya sabes, llenar todos los huecos posibles. Y en contra de lo que suele opinarse, la mayoría de nosotras *no* cumplía el papel de amante. En general, los chicos no pedían eso. Y hay otra cosa: los muchachos que estaban en las posiciones más peligrosas, las tropas recién llegadas de los combates del frente para tomarse un descanso, siempre se comportaron como (detesto esta palabra) "perfectos caballeros". ¡No querían hacer nada que pudiera estropear la posibilidad de volver a encontrarnos allí la vez siguiente! Deseaban simplemente charlar y pasear, tener la oportunidad de estar un rato con una mujer de ojos redondos. Los tipos que estaban a salvo en la retaguardia son los que tendían en ocasiones a mostrarse groseros o pesados. Pero los muchachos de la infantería —el 1.º de Caballería, el Americal, el 199.º— siempre se portaron espléndidamente; guardo un recuerdo imborrable de todos ellos.

Sentía que era lo menos que podía hacer... Lo único que *podía* hacer era ir a las fiestas. Estar disponible para charlar con los chicos, bailar y pasear por allí. No podía dejar de ir y al día siguiente hacer la guerra a su lado... Mentiría si dijera que me divertí en la mayoría de aquellas fiestas, pero el caso es que fui a muchas más de las que me apetecían. Apenas tenía tiempo para mí misma, no podía quedarme a descansar en nuestras instalaciones leyendo o escribiendo cartas, o simplemente durmiendo. Es decir, podía hacerlo si no iba a las fiestas. Y tenía que ir...

"Rowdy echó un trago de la botella, me la pasó, y dijo en voz baja: 'Voy a dejar de hacer amigos aquí'."

Muchas de las invitaciones llegaban por conducto oficial, por ejemplo de los Black Cats de Phu Loi. Enviaban una petición formal al capitán, indicando que aterrizarían con algunos helicópteros y nos llevarían a la fiesta. El capitán nos pasaba la novedad y todas las que podían ir a la fiesta se apuntaban. Habría una barbacoa. Bailaríamos, nadaríamos, charlaríamos y beberíamos cerveza. Luego nos devolverían volando a casa. Íbamos a las fiestas del complejo de Long Binh, y también a las de algunas unidades cercanas. Y asimismo a fiestas a las que se suponía que no debíamos ir, como los guateques del 199.º.

Si una mujer salía con uno de los chicos de la infantería, y él llegaba un día diciendo: "Damos un guateque, ¿podrías traerte a algunas mujeres?", nosotras nos metíamos en el camión de los suministros para la unidad; ellos nos echaban una manta por

IZQUIERDA: *La tarde de compras de una marine libre de servicio en Saigón se ve animada por la presencia de dos precoces chiquillos vietnamitas.* PÁGINAS SIGUIENTES: *Una enfermera inglesa vacunando a un huérfano*

ARRIBA: *El uniforme azul de una Donut Dolly destaca en medio del verde oliva de los soldados. Las tropas americanas agradecían esta nota de color en su monótona rutina.*

encima y así salíamos clandestinamente del complejo. Según el viejo adagio, "Si trabajas duro, te diviertes jugando duro también"; quiero decir que aquellos chicos... sabían organizar fiestas, pero era como si siempre pensaran que cada una podía ser su última fiesta... y nadie hablaba de la guerra. Todos hablaban de cosas tales como qué es lo que harían al volver a su casa, qué clase de coche se comprarían, los lugares que querían visitar, el trabajo que les gustaría hacer, etc. Luego, cuando ya conocías a alguno de esos chicos y te dabas cuenta de que no estaba en la siguiente fiesta, no preguntabas: "¿Dónde este Fulano de Tal?" Si no preguntabas, siempre podías imaginarte que le había llegado el turno de volver a casa, pero...

Acababa de cumplir 21 años cuando conocí a un sargento del 199.º. Ski y yo fuimos intimando poco a poco. En el mes de agosto, él, con su amigo Rowdy y otro compañero, vino a buscarnos para una fiesta, y esa noche yo era la única mujer que podía ir. Íbamos los tres en la trasera del camión, bebiendo Wild Turkey y haciendo chistes, cuando Ski dijo que tenía que ir al baño. El camión se detuvo, y él bajó y se metió entre los arbustos. Pisó una mina... y se acabó... Todo lo que pudimos hacer fue seguir nuestro camino e informar: más tarde llegaría alguien con un detector y lo recogería. Recuerdo que volvimos al camión, y Rowdy echó un trago de la botella, me la pasó, y dijo en voz baja: "Voy a dejar de hacer amigos aquí." Yo me sentía culpable; era la única mujer del camión. No se hubiera metido entre los arbustos si yo no hubiera estado allí... Nunca le he hablado de eso a nadie... a nadie. Durante 12 años estuve convencida de que Ski había muerto por culpa mía. Ahora sé que yo no maté a Ski... Le mató la guerra. La guerra también se llevó a Rowdy, más o menos una semana más tarde, durante una patrulla. Excepto para los permisos y para volver a casa, nunca más volví a salir del complejo de Long Binh.

Cuando volví a casa, todo me parecía extraño. Todos mis amigos estaban en la universidad, o no querían saber nada de mí, o deseaban discutir conmigo, lo que era aún peor. Mi familia únicamente quería que yo lo olvidara todo. Yo experimentaba sentimientos que no podía comprender. No conseguía irritarme por el hecho de que el periódico de la mañana llegara con 20 minutos de retraso, por ejemplo. Todo me parecía trivial; era aterrador Cogí mi automóvil e hice un largo viaje por el país, visitando a parientes y amigos. Al volver, decidí: "Muy bien, he sobrevivido a Vietnam y puedo sobrevivir a este. . barullo." Al principio cambié de trabajo, según creo, tres veces en dos años, pero finalmente me asenté en un trabajo estable, de hecho en la compañía en la que sigo actualmente. Llevo 10 años aquí.

"Pero creo que iba camino de una crisis nerviosa. Tuve ideas de suicidio... e ideas homicidas."

Creí que Vietnam había quedado atrás. Periódicamente tenía sueños. pesadillas y cosas así, pero mucha gente los tiene, por lo que pensé que no era nada fuera de lo corriente. Todo fue bien hasta que, hace un par de años, una de las telefonistas se me acercó y me preguntó si yo había estado en el Ejército, y le dije que sí. Me dijo: "He traído este artículo de periódico sobre las mujeres que estuvieron en Vietnam." Le dije que yo había sido una de ellas. Ella se extrañó un poco, pero luego me tendió el artículo. Lo había escrito Linda Devanter. Bueno, empecé a leer el artículo, y a medida que leía me puse a temblar, realmente a temblar... y tenía lágrimas en los ojos. No podía soportar lo que estaba leyendo. Llamé a Linda a Washington, DC, y hablé con ella un rato; y hasta aquel momento no se enteró de que había habido mujeres alistadas, que no eran enfermeras, en Vietnam. Yo era para ella, así, una persona real que quedaba fuera del muro. Hablamos un rato y ella me sugirió que llamara al centro de veteranos. Fuí allí y hablé un par de veces con el director del centro, y no me pareció que me necesitaran. Quiero decir que se trataba de algo organizado para hombres, y aunque hablé con el psicólogo y con el presidente del grupo, decidí: "No, todo marcha perfectamente."

Luego, hace año y medio, empecé a tener otra vez problemas: volvieron las pesadillas, y para decirlo llanamente empecé a beber cada vez más para contrarrestar mis sueños. Había pasado por borracheras esporádicas durante todos los años anteriores,

pero no lo relacionaba con nada en particular: si acaso con el stress del trabajo. Por Navidades fui a ver a mi hermano, su mujer y los niños, y a mi madre Recuerdo muy pocas cosas de aquel viaje; estuve silenciosamente borracha la mayor parte del tiempo. Me limitaba a sentarme en algún rincón, tocar mi guitarra y beber. y no resulté muy sociable. Luego, un día cualquiera del mes de febrero, me desperté en mitad de la noche con otra pesadilla, me senté en la cama ¡y de repente vi como un helicóptero se estrellaba contra el techo de mi habitación...! Y cuando estaba sollozando "¡No, no, no!" me di cuenta de que no habían caído escombros sobre la cama. Miré hacia arriba, y por supuesto al techo no le pasaba nada Me asusté tanto por lo ocurrido que volví a llamar al centro de veteranos. Me pusieron en contacto con una psicológa privada que me incluyó en un grupo de personas con problemas de alcohol. Mi reacción fue la siguiente: "¿Está bromeando? Yo no soy una alcohólica. He tenido algunos problemas con el alcohol porque intentaba superar las pesadillas." Pero me integré en el grupo y desde entonces no he vuelto a emborracharme.

Hacia esa época conocí a Rose Sandecki en el centro de veteranos de Concord y decidí sumarme al grupo de mujeres veteranas de Vietnam que ella estaba formando. Desde que volví a comprometerme en el tema. ha sido muy duro otra vez. Han emergido una serie de sentimientos muy profundos. una angustia muy fuerte y el dolor de tener que volver a examinar cosas sucedidas doce años antes para tratar de encontrarles un sentido.

No sé cuánto tiempo hubiera sobrevivido de no haberme dado finalmente cuenta de que algo me sucedía y haberme dirigido yo misma al centro de veteranos. E ignoro qué es lo que hubiera sucedido exactamente, pero creo que iba camino de una crisis nerviosa o de perder mi empleo... Sé que estaba al borde de aquello; tuve ideas de suicidio. . e ideas homicidas.

Ahora que puedo mirar de nuevo las cosas cara a cara, y volver a sentir y a experimentar algunas de ellas, me siento por fin en casa. He aceptado finalmente el hecho de que las cosas que ocurrieron en la guerra de Vietnam no fueron culpa mía. No podía hacer más de lo que hice para ayudar a las personas a las que pude ayudar. No pude haber hecho nada para cambiar el hecho de que la gente moría .. gente a la que conocía, por la que me ocupaba y a la que amaba, y también extraños .. y durante mucho tiempo seguí pensando que podía haber hecho más.

KEITH WALKER

DORIS I. ALLEN

CUERPO AUXILIAR FEMENINO.
OPERACIONES DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO, LONG BINH.
OCTUBRE 1967 - MARZO 1970.
SAIGÓN
MARZO 1970 - SEPTIEMBRE 1970

Después de servir tres años en Vietnam, Lucki Allen regresó a Estados Unidos como instructora en interrogatorios a prisioneros de guerra, en el Centro y la Escuela de Inteligencia del Ejército en Fort Holabird, Maryland. Trabajó como agente especial tanto en la Inteligencia Militar como en el Servicio de Investigaciones para la Defensa hasta su retiro como CW3, después de 30 años de servicio militar, en junio de 1980.

Doris es actualmente candidata al doctorado en psicología, y estudia en el Instituto Wright, en Berkeley, California, preparando su tesis sobre psicología organizacional, sobre los sistemas de gestión vital en personas con anormalidades ocultas, que se manifiestan periódicamente de forma no previsible. Trabaja como investigadora privada y vive con su familia en Oakland, California.

La historia de mi vida empezó hace 56 años; tengo casi 57. Un viernes 13 del año 1950 entré en el Ejército Había estado enseñando en una escuela, y me fui a Jackson, Mississippi, y les dije que quería ingresar en el Ejército. Al principio pensé en ser oficial, pero luego decidí lo contrario: "No, no seré oficial. Entraré en filas." De cualquier forma, me dejaron alistarme, así es como lo decían: me dejaron.

> "Había cinco hombres en la oficina, todos soldados de primera clase. Yo era mujer, y me llamaba a mí para que vaciara los tinteros."

Después del entrenamiento básico, me preguntaron qué demonios quería ser, y yo quise entrar en la banda de música; sabía tocar bien. De modo que nos enviaron a tres mujeres negras para una audición con la banda del WAC, es decir, la Banda del Cuerpo Auxiliar Femenino. Yo tocaba la trompeta, otra mujer tocaba el clarinete, y la tercera la percusión Me dieron la partitura de la cuarta trompeta, dieron a la otra mujer la partitura del cuarto clarinete, y a la percusionista le dijeron que hiciera cualquier cosa que supiera hacer. Pero, si entiendes algo de música, eran las partes más difíciles Realmente tenías que concentrarte, y saber qué es lo que estabas haciendo con tu *du-pity-du-pity-du* o lo que fuera. Mientras tocábamos, la directora de la banda, la oficiala jefa adjunta Allen —no éramos parientes, puedes creerme— hizo una señal acordada previamente al resto de la banda. Estaba en pie dirigiendo —creo recordar que tocábamos *Bajo el águila doble*—, y a su señal el resto de la banda paró Entonces no se oyó otra cosa que el *du-pity-du* de la cuarta trompeta, el *do-do-do-do-do* del clarinete, y el *um-ba, um-ba* del tambor. Seguimos tocando porque la directora seguía dirigiendo. Se estaba poniendo furiosa, pero seguimos tocando, siguiendo sus instrucciones. Para nosotras aquello se reducía, sabes, a seguir las indicaciones que nos hacía, el ritmo que nos marcaba. Me hubiera gustado que pudieras ver la cara de Miss Allen Después, las componentes de la banda nos felicitaron y nos dijeron: "Chicas, de verdad habéis tocado de primera " Y pensamos que nos admitirían en la banda, ¿no? Pues Miss Allen nos llamó y nos dijo que lo habíamos hecho muy bien, pero que, sintiéndolo mucho, no podían tener negras en la banda. Bueno, aquello fue mi primera experiencia sobre la forma en que te quieren pero no te quieren.

Inmediatamente después de aquella negativa, nos enviaron como "especialistas de espectáculos", que no era ningún empleo concreto, sino que significaba participar en representaciones para los soldados Tuve la suerte de tocar un número con André Previn, precisamente en el Presidio de San Francisco.

Al año de haber ingresado en el Ejército me enviaron a Japón, y al volver estuve destinada en Camp Stoneman, California Mi hermana, Jewel L. Allen, era mi jefa. Aquello nos causó

un montón de problemas, porque creían continuamente que me protegía, o que hacíamos las cosas juntas, o que nos ayudábamos mutuamente, o cosas así. Y cuando cerraron Camp Stoneman, a ella la enviaron a una punta del mundo y a mí a la contraria. Y creo que fue porque, como hermanas, nos queríamos de verdad, pero a la hora de ser soldados, éramos auténticos soldados.

Ah, hubo otro incidente en Stoneman que dejó bien claros los prejuicios de determinada gente. Yo había editado un periódico en Japón. Allí no tenían editor, y como yo era graduada universitaria y hablaba bien el inglés, me dijeron: "Justo lo que necesitamos." De manera que yo, una soldado de primera clase, tenía a un montón de personas de graduación superior trabajando, en cierto sentido, para mí, porque ellos hacían los reportajes y yo la edición. Cuando fui a parar a Stoneman, supuse que trabajaría en el periódico, y le dije al sargento: "Eh, espero que me den algún tipo de trabajo en el periódico." El capitán me llamó a su oficina y me ordenó que "vaciara los tinteros". Estaban en su mesa de despacho, y eran tinteros viejos. Uno tenía tinta roja, el otro verde ¿Por qué me lo mandaba a mí? Yo era cabo. Había cinco hombres en la oficina, todos soldados de primera. Yo era mujer, y me llamaba a mí para que vaciara los tinteros. Los cogí, los llevé fuera vestida con mi uniforme de gala, los lavé cuidando de no ensuciarme, los volví a llevar al despacho, los coloqué encima de la mesa, saludé y salí. Fui directamente al sargento y le dije que había otras personas de menor graduación y sin mi preparación, y que no me había gustado la orden. Creo que fue uno de mis primeros actos de afirmación, hecho con la conciencia de que en el Ejército es correcto afirmarse uno personalmente y decir: "Eh, no quiero hacer eso."

"Le conté lo bien que realmente trabajaba yo, lo bien entrenada que estaba, y que mi madre no había criado ninguna idiota... todo el rollo."

Otra época importante de mi vida, en los 17 años transcurridos antes de ir a Vietnam, fue la de Fort Monmouth, en Nueva Jersey Yo trabajaba en el centro de educación y recogía información pública, y mi jefe me pidió que saliera con él. Yo le contesté: "No, no mezclo los negocios con el placer " De forma que él se preocupó de que no me ascendieran. Aunque entonces no había allí muchos ascensos, estaban lo que llamábamos los galones ensangrentados. Eso quería decir que, si alguien cometía una falta y perdía sus galones, alguna otra persona podía recibirlos si sus jefes la recomendaban. Él nunca me recomendó porque no había querido salir con él. Teníamos una buena relación de trabajo, pero yo... en fin, que durante 12 años no ascendí. Entonces era sargento. Me estaba estancando en aquella situación rutinaria en Fort Monmouth, y me dije: "Bueno, tengo que hacer algo." Pedí hacer un montón de tareas e ir a un montón de sitios, y siempre me contestaban: "No puede ser, tu trabajo aquí es demasiado importante. Es realmente crítico, de forma que no podemos trasladarte."

Finalmente, aunque al parecer a regañadientes, me dejaron ir a la escuela de idiomas. Fui a la escuela de idiomas de Monterrey, en California, a aprender francés Ya no estaba en información pública. Cuando acabé la escuela me convertí en lingüista francesa Pero por esa época el presidente de Gaulle dijo que no quería más americanos en su país, de modo que perdí la oportunidad de ir a Francia.

Fui a Fort Bragg, en Carolina del Norte, y allí de nuevo se presentó el problema de los ascensos. Lo que ocurrió es que un día vi a todos aquellos chicos, 32 para ser exactos, pasando delante de mi mesa de despacho, muy tiesos dentro de sus uniformes clase A, con la cabeza erguida, y les dije: "Vaya, no sabía que teníamos desfile hoy. ¿Cómo es que vais vestidos así?" Y me dijeron: "Vamos al cursillo." "¿A qué cursillo?", les pregunté; y ellos me dijeron: "Vamos al cursillo de promoción " Y yo, en mi ingenuidad —si se puede llamar así—, me dije a mí misma: "Bueno, Lucki, tú tienes a los jefes aquí al lado. Ellos saben lo buen soldado que eres, tu eficiencia y tu profesionalidad Ni siquiera te harán pasar por el cursillo." Pero luego, allí sentada, empecé a pensar y mi complacencia se fue desvaneciendo, y me puse furiosa. Dije al sargento mayor que quería hablar con el coronel. Siempre entraba en su despacho de manera informal, pero en esta ocasión lo hice marcando el paso, me cuadré para saludarle, y volví a marcar el paso al salir 45 minutos más tarde. Mientras estuve allí, le conté lo buena que realmente era yo, lo bien entrenada que estaba, y que mi madre y mi padre no habían creado ninguna idiota.. todo el rollo, se lo expuse con todo respeto, pero por dentro echaba chispas. Cuando se convoca un cursillo de promoción, no vuelve a haber otro hasta el mes siguiente; es una norma invariable. Eso pasó un miércoles. Bueno, no habían pasado cinco minutos desde que salí del despacho del coronel y me senté a mi mesa, cuando él cruzó por mi oficina y salió por la puerta: adónde fue, lo ignoro Al volver, traía una expresión avinagrada. Hizo entrar en su despacho al sargento mayor Y al salir, el sargento mayor vino a mi mesa y me dijo: "Habrá cursillo de promoción para ti, el viernes."

"Y si me cogían, les diría que lo único que hacía era cursar las reclamaciones sobre los M16."

Lo que sucedió en todo aquel asunto —y no es mera imaginación; me enteré luego de lo que había ocurrido— es que, si yo no hubiera dicho nada, si hubiera dejado las cosas tal como estaban, probablemente seguiría hoy con el mismo grado que tenía entonces. Cuando fui al cursillo, quedé quinta sobre 33. Debía haber sido la primera, pero suprimieron todos los puntos de educación para el ascenso cuando vieron que yo tenía la colección completa. Ya sabes, era graduada universitaria, había sido maestra en una escuela, me había apuntado a todo lo que ofrecía el Ejército en materia de cursillos de extensión, había seguido cursos extra de expresión en la universidad, y pocas cosas quedaban que no hubiera hecho. Demasiado. De modo que suprimieron la puntuación. A pesar de todo, quedé quinta. Pero la cuestión es que iban a ascender a todos los demás, sin incluirme a mí, y simplemente se limitaban a no decirme nada Tal vez si lo hubiera dejado correr, el ascenso habría llegado el mes siguiente; pero también podía haber ocurrido lo mismo de

DERECHA: *Tal vez consciente del hecho de que su nombre figura en varias listas del enemigo, Doris 'Lucki ' Allen maneja un lanzagranadas con desenvoltura.*

ARRIBA: *La chica de la Cruz Roja Jiggy Brieimer, miembro de un equipo recreativo de 10 voluntarias de la Cruz Roja asignadas al I Cuerpo del Ejército para entretener a la tropa.*

nuevo Creo que mi voluntad de afirmación fue rentable. De esa forma, al fin conseguí ascender.

Ocurrió otro incidente importante. Cuando se produjo el levantamiento de la República Dominicana, yo estaba destinada en Fort Bragg, Carolina del Norte. Entonces estaba ya en la inteligencia militar: era una experta en el interrogatorio de prisioneros de guerra, lingüista francesa, y además hablaba español. Tenía todas las especializaciones que se necesitaban. Pero por la razón que fuera, no me enviaron a la República Dominicana. No es que yo pidiera que me enviaran, pero con mi curriculum, era una de las personas más calificadas para ir. ¿Por qué no enviarme, entonces? Pues no lo hicieron.

De cualquier forma, en 1967 me presenté voluntaria para ir a Vietnam. Estaba trabajando en inteligencia estratégica en esa época Quería ir porque pensaba que muchas de las cosas que se decían en aquel tiempo debían ser mentiras: todo aquello no podía ser verdad, yo recibía toda la información. Y la información no sólo me llegaba a través de los canales regulares de la inteligencia, sino también por la prensa extranjera y los medios normales de comunicación. Me sentía confusa porque no sabía quién decía la verdad, así que me dije: "Bueno, yo sé lo que sé sobre lo que está pasando allí, pero también puedo ir allí a enterarme. Voy a tomar parte en ese asunto." En lugar de quedarme aquí sentada sabiendo que necesitaban mis especializaciones, decidí que era mejor ir allá. No para luchar, para disparar armas y matar gente, sino porque me parecía que mi trabajo de inteligencia podía salvar vidas, en lugar de tomarlas. Dos meses antes de dejar Fort Bragg, dejé de leer cualquier cosa que se refiriera a Vietnam. No leía informes; no leía periódicos; casi ni siquiera oía las noticias. De alguna manera desconectaba, cuando hablaban de lo que sucedía en Vietnam. La razón de obrar así era que al llegar a Vietnam quería hacerlo con una postura abierta y no manipulada, para trabajar allá desde esa perspectiva.

Cuando llegué a Vietnam, mi paranoia empezó realmente a hacerse visible. No recuerdo el día en que llegué allí, pero fue el 13, el 14 o el 15 de octubre de 1967. En el viaje de ida, era la única mujer del avión, en medio de todos los infantes. Mientras iba en el avión, pasé el tiempo leyendo periódicos y estudiando la disposición de nuestras tropas. Pude hacerlo porque los periódicos daban la localización de todas las unidades americanas. desde los cuarteles generales de las divisiones hasta los pelotones; dónde estaba exactamente cada una de ellas, en todo Vietnam. De modo que empecé a decirme a mí misma. "Estoy sentada en el avión y conozco ya dónde se encuentran todas nuestras tropas." Y en seguida me dije. "¡Dios mío, el enemigo debe saberlo también!" Creo que me volví paranoica leyendo aquel periódico. Pero ya había ideado una cobertura· "Cuando esté en Vietnam, no sabré nada de nada, y si me capturan, todo irá como la seda." La cobertura que había imaginado es que yo era una experta en el M16. Sabía por qué se atascaba, cuándo se atascaba y cuáles eran sus defectos; lo sabía todo sobre él. Ahora no me acuerdo de nada sobre el M16, pero entonces tenía esa arma grabada en mi mente. . Y si me cogían, les diría que lo único que hacía era cursar las reclamaciones sobre los M16. Iba a decirles· "Ya sabéis por vosotros mismos que es un arma horrorosa, y que vuestro AK-47 es muy superior a nuestro M16." ¡Fíjense que fantasía!

"Recuerdo que mientras el general caminaba, nadie, ninguno de los hombres presentes, se atrevía a decirle que llevaba la bragueta abierta."

Cuando llegué a Saigón, al aeropuerto de Tan Son Nhut, vestida con mi bonito uniforme limpio y bien abotonado, tenía un aspecto impecable Iban llamando a todas las unidades y pasando lista, y no oía mi nombre. No importa dónde estés, siempre oyes tu nombre cuando alguien lo dice en voz alta. Yo estaba allí parada, y el aeropuerto iba vaciándose, ¿sabes? Bueno, en realidad no sabía si se vaciaba o no, porque había vuelto la cabeza hacia la valla, y es que al llegar vi a todas esas personas y sabía que eran vietnamitas Por la razón que fuera, sabía que eran vietnamitas, y vi sus cámaras fotográficas, gente que sacaba fotografías, ¿y por qué está esa gente ahí sacando fotografías? Oh, Dios mío. No me acordaba de que es su aeropuerto; no era militar, aunque nosotros hubiéramos aterrizado allí. Estaba de pie con la cara vuelta hacia la valla, diciéndome: "Espero que no me saquen ninguna fotografía. Dios mío." Aquella sensación

pasó, pero fue mi primer contacto con Vietnam. Finalmente encontré a alguien, y le dije: "Escuche, he llegado, ¿sabe?, debe haber alguna plaza reservada para mí." Y no quería decirles que pertenecía a la inteligencia militar... Bueno, en cualquier caso, se trataba de mi propia angustia, no hacía falta que nadie se enterara de lo que me ocurría.

Finalmente averiguaron quién era yo, y me llevaron al lugar al que enviaban a todas las demás mujeres del Ejército, y me dieron una toalla blanca y un albornoz para que pudiera darme una ducha. Y creo que tengo un precioso color moreno, ¿no es cierto? Me metí en la ducha, empecé a enjabonarme, y me dije: "¡Dios mío! ¿Qué es lo que me ocurre?" Mi albornoz, así Dios me ayude, estaba negro, y creí que me estaba volviendo blanca. No sabes el pánico que me entró, es la pura verdad. Casi me pongo a llorar. ¿Te das cuenta de lo sucio y polvoriento que era Vietnam? Y yo llevaba allí nada más unas horas. Imaginate, mi primer día allí, y se me estaba yendo el color moreno.

Al día siguiente empecé a trabajar. Estaba en la inteligencia. Durante mi primer año en Vietnam, trabajé en el Centro de Operaciones del Ejército, cuartel general, United States Army, Vietnam (USARV). Yo era la única especialista-7 que había entonces allí; sólo había 22 especialistas-7 en el Ejército. Estaba en el "Two Shop" del Centro de Operaciones, y era la única mujer allí. Recuerdo que un día, mientras el general caminaba, nadie, ninguno de los hombres presentes, se atrevía a decirle que llevaba la bragueta abierta. Yo le dije que tenía la bragueta desabrochada, y todo el mundo me fulminó con la mirada. Me parece que no les gustó que dijera aquello. El general dijo: "Oops, gracias", y se subió la cremallera.

"Pero mucha gente no quería creer que una mujer pudiera hacer análisis o tomar decisiones... y que fueran correctas."

Otro general, el general de las Fuerzas Aéreas Ryan, del Mando del Pacífico en Hawai, vino en busca de un informe de la situación. Yo fui la encargada de preparar el informe, que incluía un repaso completo a todas las operaciones militares en curso, a lo largo de todo Vietnam. Recuerdo que me sentí algo molesta porque colocaron cinco sillones mullidos para que se sentaran el general y su staff, y yo me decía: "Esto es Vietnam. ¿Por qué traéis sillones mullidos para que se siente nadie? ¡Estoy hablando de la guerra!" Cuando acabé mi exposición, el general Ryan se me acercó y me dijo en voz tan alta que todos los del Centro de Operaciones pudieron oírle: "Llevo en el CINCPAC (los años que fueran) y me han dado un montón de informes sobre Vietnam, y también he estado muchas veces en distintos lugares de Vietnam, y éste es el informe mejor y más honesto que he oído, porque usted se ha limitado a decir sucintamente y con toda exactitud la verdad." Y todo el mundo andaba muy contento con ese comentario. Creo que había mucha expectación por el hecho de que yo era el único espec-7 que había allí. Bien, ser un espec-7 tiene la connotación de que, o bien eres realmente bueno, o eres algo especial. Y ser mujer tenía mucha relación con esa cuestión. Mi credibilidad personal era incuestionable —yo lo veía—, pero mucha gente no podía creer, o no quería creer, que una mujer pudiera hacer análisis o tomar decisiones... y que fueran correctas.

Creo que la primera vez que me vi realmente puesta a prueba fue cuando predije la ofensiva del Tet. Tenía toda una serie de informes y los había estudiado; me había empapado de ellos. Escribí un informe y lo titulé "50.000 chinos". Lo que decía es que debíamos estar preparados porque nos enfrentaríamos a tal cosa, que iba a suceder de tal manera, en tal y tal día, más o menos a tal y tal hora. Nunca había oído la palabra Tet; no formaba parte de mi vocabulario. No sabía que existía una celebración del Tet, del mismo modo que seguramente un montón de personas de países extranjeros ignoran que nosotros celebramos la Pascua o las Navidades. Pero puse una fecha en mi informe y predije lo que iba a ocurrir en torno a esa fecha en particular. Cuando llevé mi informe al G-2, el oficial de inteligencia me dijo: "Bueno, yo no sé nada de todo esto." Y yo le dije: "Es preciso que este informe circule. Necesitamos que la gente lo sepa." De alguna manera lo convencí, y me dijo: "Te diré lo que vamos a hacer. Quiero que lo lleves a Saigón, lo hagas circular allí y veas qué piensan del asunto en el G-2 y el MACV." Estuve de acuerdo, y cogimos mi jeep y nos fuimos a Saigón.

Cuando entramos allá, pensé que tendría que convencer y sufrir los interrogatorios de por lo menos 15 personas. Eso parecía el principio, aunque finalmente fueron nada más cuatro o cinco

ABAJO: *Una enfermera británica en Vietnam. Hubo muchos voluntarios de países no implicados en Vietnam. A menudo trabajaban en áreas sin relación directa con el combate.*

CAPÍTULO 3 TRINCHERAS

Al entrar, se me acercó el sargento y me dijo: "¿Puedo ayudarle en algo?" Y yo le dije: "Sí, quisiera ver al G-2. Traigo algo y etc.. etc." Se acercó el capitán: "¿Qué es lo que trae?" Y yo le digo: "Quisiera ver al G-2 y etc.. etc." "Espere un minuto," contesta él. Llega un comandante, y yo le explico todo al comandante, y él me dice. "Bueno, sólo un minuto " Me devuelve el papel que he escrito, creo que se trataba sólo de un folio y medio, se mete para dentro, vuelve y me dice: "Tal vez será mejor que hable con el coronel." Sale el coronel, toma el informe, se lo lleva dentro, me imagino que lo discuten, y vuelven a salir y me dice· "Bien, realmente no sabemos si esto es .. Es decir, no creo que debamos..." Sé positivamente que sabían que el informe tenía "miga". Ignoro si lo tomaron en cuenta, pero algo debieron hacer, porque demasiada gente dedicó demasiado tiempo a discutirlo, de una u otra forma. Quizá simplemente les pareció lógico, no lo sé Yo lo redacté por lo menos 30 días antes de la fecha prevista para la ofensiva, y creo que tal vez una cosa que les asustó fue que titulara el informe "50.000 chinos", cuando se suponía que no había un solo chino en el país; se suponía que todos eran vietnamitas, Vietcong o Ejército de Vietnam del Norte, ¿verdad? Tal vez el llamarles chinos hizo aquel informe inaceptable para nuestro cuartel general. En cualquier caso, llegó la fecha y se demostró que yo tenía razón... pero el Tet, créeme, ya es historia. Bien, no soy de esas personas del "yo lo había avisado", pero me sentí realmente muy satisfecha por haber al menos intentado alertar a nuestro mando, aunque pese a todo tuviéramos tantas pérdidas; sentí que había hecho lo que se suponía que debía hacer.

Otro incidente. Llegó la orden de enviar un convoy a Song Be, y yo previne al coronel que no debían hacerlo por la posibilidad de una emboscada. Señalé la localización de las tropas enemigas y el lugar de la posible emboscada. "Bien, lo siento pero de todas formas lo vamos a enviar." Y enviamos el convoy. Volaron cinco camiones con remolque y tuvimos tres muertos y 19 heridos Sabes que cuando hablamos de remolques, se trata de cantidades y cantidades de munición que se desperdicia por

ABAJO: *Chicas del USO de Qui Nhon visitan a las tropas en el frente. Están entregándoles regalos de Navidad donados por personas de Estados Unidos.*

caer en una emboscada. Y yo había acertado incluso el lugar exacto de la emboscada. Más o menos dos días más tarde, en el momento de enviar otro convoy, el coronel se me acercó y me preguntó: "Oye, a propósito, ¿crees que deberíamos mandar hoy ese convoy?" En esos temas ocurría que de una forma u otra se cuestionaba mi credibilidad. Y no es que yo necesitara demostrar más cosas en ese terreno. En lo que me concernía, yo estaba haciendo un trabajo sincero, concienzudo, muy profesional. Por tanto, no era yo quien debía probar mi credibilidad; eran ellos quienes debían aprender a escuchar.

Creo que lo que realmente me dolía en Vietnam es saber que realmente estaba proporcionándoles una información fiable y válida, pero que sus prejuicios la convertían en sospechosa. Conmigo los prejuidios se multiplicaban. Era una especialista, pero al mismo tiempo era tan sólo un sargento. Era negra, en lugar de ser algo más. Había ingresado como soldado raso en lugar de seguir los cursos de oficial; y eso en un medio en el que únicamente había dos personas procedentes de las clases de tropa, y yo era una de las dos. El otro era un sargento mayor; los 28 restantes eran oficiales. ¡Y para colmo, era una WAC! Ya sabes: "Las mujeres no tienen nada que hacer aquí, especialmente las WAC."

Dos incidentes más; los relataré brevemente. Uno se refiere a un explosivo químico (en los proyectiles de un mortero de 82 mm) del que oí hablar. Un amigo de Tay Ninh me llamó y me dijo: "Tenemos algo diferente por aquí." Averigüé que se trataba de un explosivo químico, y era la primera vez que veíamos algo parecido en Vietnam. Hice un par de llamadas telefónicas y un poco de "calistenia", y tuve una charla con el individuo que había desactivado el proyectil. Me lo traje al cuartel general, nos sentamos y me contó todo lo que sabía sobre el tema. Yo puse todo eso por escrito, explicando exactamente qué es lo que se podía esperar si se encontraba en alguna parte un proyectil de mortero de 82 mm "sin explosionar". Lo publiqué en una circular titulada "Estimaciones semanales actualizadas de la Inteligencia", que se envió por todo Vietnam. A veces la gente no lee esas cosas, se limita a tirarlas al cesto de los papeles; pero por fortuna también hay gente que las lee.

"Estaba furiosa cuando salí de allí. Estaba furiosa porque sabía de lo que estaba hablando, y ellos no me escuchaban."

Ocurrió que un comandante de Marines de Qua Viet, en la 3.ª Aérea MAF, más arriba de la Zona Desmilitarizada, leyó la circular, como se suponía que todo el mundo debía hacerlo. Leyó aquel artículo un miércoles, y el viernes hubo un ataque. El enemigo utilizaba el explosivo químico. El dijo: "No toquen eso", y la gente no lo tocó. Más tarde comprobaron que efectivamente se trataba del explosivo químico. El comandante de la 3.ª MAF llamó al USARV y preguntó: "¿Quién pasó esa información sobre el explosivo químico? Creo que, sea quien sea, debe agradecérsele el haber salvado 101 vidas y se merece por lo menos la Legión al Mérito." Bueno, mi coronel hizo lo que pudo, pero al cabo del tiempo el asunto se olvidó, y no recuerdo que me dieran siquiera las gracias. Yo me di a mí misma una gran felicitación por haber hecho algo realmente productivo otra vez. Más tarde me contaron que no podían darme la Legión al Mérito porque, uno, era una mujer; dos, no era oficial; y tres, no estaba en un puesto de combate, jugándome la vida.

Otro incidente que ocurrió. . Hum, creo que fue algunos años más tarde . por el Tet de 1969. Me enteré a través de mis fuentes de que estaban colocando cohetes en el exterior del perímetro de nuestras instalaciones de Long Binh. Utilizaban cohetes de 122 mm. Lo que hacían era depositarlos en el suelo y cubrirlos con una capa de tierra. Pretendían utilizar los terraplenes de tierra como rampas de lanzamiento. Los colocaban allí, los tapaban y no podían verse desde el aire. Nos llegó esa información, teníamos agentes nuestros fuera: por así decirlo, había leñadores que trabajaban para nosotros, de la misma forma que otros lo hacían para ellos. Yo fui acumulando esa información en mi mesa de despacho y hablando con todos los amigos que me llamaban por la línea caliente —que yo no estaba autorizada a tener en mi puesto de trabajo— y me decían: "Eh, a propósito, ¿has oído algo de tal cosa y tal otra?" Y la razón por la que me lo contaban a mí es que si hablaban con alguna otra persona, nadie quería saber nada de nada. Yo escribí en un informe que había al menos 500 cohetes escondidos alrededor de nuestro perímetro. Cuando lo hube hecho, me dije: "Por Dios, esto ha de saberse de inmediato." Me fui al centro de operaciones de la II Field Force —yo era la única mujer que normalmente entraba allí— y empecé a contarle al sargento mayor de la entrada lo que ocurría, y él dijo: "Espere un minuto." Entonces apareció un teniente. No sé por qué siempre hacían lo mismo conmigo; tenía que pasar por un montón de grados jerárquicos. Y les dije: "Muchachos, ¿qué piensan hacer con ese asunto?" "Ah, pero es que ahí no hay nada", fue la respuesta. Y seguí ascendiendo por el escalafón. Sale el coronel y me pregunta "¿Tiene confirmación del Servicio de Inteligencia?" Y yo le contesto: "No, pero no estoy hablando de confirmaciones sino de lo que está ocurriendo ahora exactamente aquí." Y él me dice: "Lo siento, pero no podemos hablar con usted de estas cuestiones. No hay nada que hacer."

Para entonces yo estaba realmente preocupada: esos cohetes apuntaban a nuestras instalaciones. Siempre he pensado que si he de cuidar de mí misma y hay más personas conmigo, he de cuidar también de ellas. Si yo estoy a salvo, tú también lo estás. Fue la primera vez en Vietnam que me puse a llorar de verdad. Estaba furiosa cuando salí de allí. Estaba furiosa porque sabía de lo que estaba hablando, y ellos no me escuchaban. Eso ocurrió el día ocho del mes que fuera. El día 10 dispararon un par de andanadas con las piezas de 40 mm, y se produjeron dos explosiones secundarias. A la noche siguiente, hicieron un vuelo de reconocimiento por la zona, dejaron caer algunos explosivos de prueba, y hubo cuatro explosiones secundarias más, ¿vale? El día 12 ya no sé qué demonios hicieron, pero consiguieron hasta 117 explosiones secundarias de 30 metros de altura en la zona que yo les había indicado. Y otra vez me sentí listísima y descargada de un peso enorme, y di gracias a Dios de que no hubieran podido hacerlo de nuevo, de que no tuviéramos un nuevo Tet cogidos por sorpresa. Creo que podía haber muerto un montón de gente. Las cosas que yo hice no fueron importantes en un sentido, pero si yo no me hubiera propuesto afirmarme a mí misma en lo que estaba diciendo —y no pretendo decir que no hubiera muchas otras personas que podían llegar a las mismas conclusiones—, no sé realmente lo que hubiera podido pasar. Lo que quiero decir es que una persona debe tener la suficiente confianza en sí misma para decir. "¡Hagan algo

ARRIBA: *Penni Evans (derecha) y Margi Ness en el Muro, el Memorial norteamericano a sus caídos en la guerra. Sigue constituyendo un foco emocional para los veteranos de Vietnam*

sobre este asunto, por favor!", e incluso estar dispuesta a decir. "No me importa lo que hagan con esa información, pero aquí la tienen." Si 50 millones de personas consiguen de ese modo credibilidad, para mí es suficiente.

En fin, estuve en Vietnam tres años. Volví a casa en un par de ocasiones, durante ese período. Cuando estuve en casa de permiso, lo pasé maravillosamente. No quiero dar la impresión de que todo el tiempo en Vietnam lo pasaba... bueno, que trabajaba continuamente. Pasé muchos buenos ratos disfrutando de la camaradería de los que me rodeaban. En Vietnam había una compenetración que no te puedes imaginar; la mayor parte de los prejuicios quedaban olvidados temporalmente, allá. Aunque los negros se saludaran con el signo del *black power* y algunos blancos tuvieran banderas confederadas, había entre todos nosotros una compenetración tal que creo que sólo es posible en épocas de peligro, si se me permite esa observación.

"Me estaba volviendo asustadiza, nerviosa, y podía volarle la cabeza a alguien."

Empecé a recibir órdenes de marchar a Fort Bragg, Carolina del Norte. Me enviaron cinco ejemplares de órdenes de traslado a Fort Bragg mientras estuve en Vietnam. Yo les decía en cada ocasión: "No voy a ir a Fort Bragg. Me quedo aquí." Viví en un hotel de Saigón durante los últimos seis o siete meses, y tenía que ir caminando al trabajo. Era toda una aventura, un paseo por el frente literalmente, el caminar arriba y abajo por las calles de Saigón. Las cosas se pusieron tan mal que yo solía... No querían que lleváramos armas en Vietnam; las mujeres no podíamos llevar armas. Pero Doris I Allen llevaba un arma. No te confundas, llevaba un revólver del 45. Otras amigas mías también llevaban armas. Aquel 45 era mío, me gustaba, y te voy a decir una cosa: aún lo tengo. Solía llevarlo amartillado a la espalda; tal vez me estaba volviendo asustadiza, o algo por el estilo. Había visto citado mi nombre en documentos enemigos que capturamos, como una de las personas a las que había que eliminar, y eso es algo que asusta. La primera vez que me dijeron que habían encontrado mi nombre en un documento, se trataba de una lista de personal de la inteligencia al que había que eliminar. Me sentí de alguna forma, bueno, importante, ya sabes: "Eh, cuéntales a los amigos lo importante que eres." La segunda vez, vi realmente mi nombre escrito. Se trataba de un documento enemigo capturado. La tercera vez que lo vi estaba destinada en la sección de traductores, como encargada de la sección de intérpretes en el Centro de explotación de documentos combinados (CDEC) de Saigón. Y uno de mis supervisores me dijo: "Venga aquí, señora Allen," y me puso en las manos el documento capturado Dos meses y medio más tarde le dije que me volvía a casa. Realmente estaba asustada. Es como cuando se colocan a tu altura unos cowboys montados en motocicletas e intentan llevarse tu bolso de un tirón, y piensas que ya es hora de volverte a tu casa. Me estaba volviendo asustadiza, nerviosa, y podía volarle la cabeza a alguien.

"No me gusta la vulgaridad, no soy dada a procacidades, pero creo que ya he pasado bastante tiempo en el infierno."

De cualquier forma, por fin me llevaron de vuelta a Fort Bragg. Ya sabes. cuando la gente te reclama, acaba por conseguirte. Al volver. me puse mi uniforme nuevo y me paseé con él, y tenía un aspecto excelente: era una flamante oficiala de complemento, WO-1. Llevaba tres barras de buen paño aquí, sobre el pecho —ya sabes, esos preciosos galones de cinco centavos que se colocan en el pecho, a este lado—, y otros tres galones en la manga.

Fui a la oficina, y el coronel estaba sentado a su mesa, y en la oficina estaban sentados cinco coroneles más. Él me dice: "Tenemos un puesto apropiado para usted. Vamos a destinarla al CONTIC." ¡El mismo trabajo en el que estaba antes! Le digo: "Un momento, señor," y él: "¿Sí?" "Sólo deseo decirle esto: no me gusta la vulgaridad, ni soy dada a procacidades, pero creo que ya he pasado bastante tiempo en el infierno." Y él dice: "¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?" Y le contesto: "Acabo de volver de Vietnam, y he pasado allí tres años. Antes de ir a Vietnam pasé cuatro años en Fort Bragg, Carolina del Norte, y me parece que ya son suficientes todos esos años de infierno." Y él dice: "Ejem. De acuerdo, ¿adonde quiere usted ir?" En fin, ese fue otro ejemplo de "si no se lo dices, no lo hará." No pretendo decir que otras mujeres no hayan dicho lo que querían, ¿sabes?, y no hayan sido lo bastante afirmativas, pero por lo que a mí respecta, de no haber actuado de esa manera, estaba lista. Y creo que esa es una de las razones por las que he podido pasar 30 años en el Ejército; si no hubiera sido capaz de hablar por mí misma y sin tener miedo de las consecuencias, creo que sencillamente no hubiera podido sobrevivir.

Al regresar de Vietnam, creo que no tuve los problemas por los que han pasado otras personas. Tal vez haya sido porque, como te dije, mi hermana había sido la oficiala que me mandaba directamente en Camp Stoneman, y las dos estamos muy compenetradas. Yo me convertí en instructora en la escuela de Inteligencia en Fort Holabird, Maryland. Aproximadamente un año más tarde trasladaron la escuela de la Inteligencia a Fort Huachuca, Arizona, y más o menos un año después me convertí en agente especial a plena dedicación. De manera que mi vida, al regresar, estuvo dedicada al trabajo, y nunca me encontré en la calle —arrojada para pasto de los buitres, para decirlo de alguna forma— y abandonada a merced de personas a las que los veteranos de Vietnam no les gustan, como pasa con tanta frecuencia en este estado de California. En otros lugares la gente volvió a sus casas y los recibieron como héroes, pero no querían ser tratados como héroes sino sencillamente regresar a sus hogares y poder decir: "Por favor, hacedme un sitio aquí. Vengo de muy lejos." Creo que para mí las cosas fueron más fáciles, gracias a mi hermana por una parte, y por otra a que realmente tenía un trabajo.

En realidad, uno de los mayores contratiempos que tuve consistió en que disponía de menos dinero Al mes de regresar de Vietnam me ascendieron a oficiala de complemento. Como especialista-7 y con la antigüedad en el servicio que yo tenía, ganaba más dinero que como oficiala recién ascendida. De modo que salí perdiendo dinero. También había cobrado pluses de combate y por la especialidad de interrogadora, de modo que al regresar me dije: "¡Dios mío, estoy en la ruina!" Tampoco comía tan bien, allá había unos filetes realmente buenos. Sin bromas, comí muy bien en Vietnam Y en cuanto al calor que

ABAJO: *Las Donut Dollies alternan con los soldados. Su papel abarcaba cualquier cosa, desde primeros auxilios hasta una partida de damas con los infantes.*

PHOTRI

hacía, yo tenía aire acondicionado en mi habitación. Trabajé duro y me divertí mucho. Tuve un amigo muy, muy simpático, que entendía mi forma de ser y yo entendía la suya. Todos los días me traía una botella de cuarto de litro de Crown Royal. Normalmente no me la bebía toda en un día, a menos que tuviera que ir al búnker

"No me he dado a mí misma la oportunidad de caer... Vietnam sigue estando presente en mi mente, pero no ha llegado nunca a obsesionarme, ¿de acuerdo?"

Pero era una época distinta... Podías volverte loca allí. Cuando volvías a casa, notabas que habías perdido un montón de camaradería. Nadie mencionaba siquiera esos temas, y entonces las cosas empezaban a bailarte en la cabeza. Una buena amiga mía, una enfermera, me dijo que cuando regresó y vio que no era bien recibida, internalizó el problema y empezó a decirse a sí misma: "La única razón por la que siento estas cosas es por haber dejado en la estacada a aquel chico, y todo se resolverá si vuelvo allá y cuido de él." Creo que muchos veteranos de Vietnam no han sabido ventilar sus problemas y hablar de lo que les ocurría. También en este caso he tenido la suerte de contar con mi hermana, que, incluso ahora, cuando empiezo a comportarme de una forma rara por la razón que sea, me dice: "Vamos, échalo fuera", o "Eh, qué es lo que te pasa." Creo que en muchas ocasiones eso es todo lo que necesitamos.

Cuando me retiré en 1980, nunca tuve que salir a la calle en busca de trabajo. Un amigo me llamó un mes antes de que me marchara. Me dijo: "Mis felicitaciones por tu retiro." Tuvimos una conversación muy agradable, y al final me dijo: "A propósito, para lo que te llamaba en realidad era para preguntarte si te gustaría venir a trabajar conmigo." Y así me hice investigadora privada en su compañía, y esta es la hora en que seguimos trabajando juntos La otra cosa que realmente me ha ayudado es que estoy trabajando para conseguir el doctorado. Y eso es lo que he estado haciendo: trabajar. No me he dado a mí misma la oportunidad de caer. . Vietnam sigue estando presente en mi mente, pero nunca ha llegado realmente a obsesionarme, ¿de acuerdo? Como digo, no he parado de trabajar, y como espero doctorarme el año que viene, tendré que encontrar alguna cosa nueva que hacer, algo que me permita seguir. Una cosa que nunca me ha gustado es hacer cola para conseguir un trabajo, pero quizá será cuestión de empezar a probarlo alguna vez.

Y esa es la historia de mi vida, de toda mi vida.

ABAJO: *Una enfermera trabajando en el 24.° Hospital de Evacuación, en Long Binh. El valor y los inagotables recursos de estas mujeres no pueden ponerse en duda.*